

Mariposas para
los muertos
DIANE WEI LIANG

Siruela/ Policiaca



DIANE WEI LIANG

**Mariposas para
los muertos**



Ediciones Siruela

Índice

Cubierta
Prólogo
Primera parte
Segunda parte
Post scríptum
Notas
Créditos

Diane Wei Liang

Mariposas para los muertos

Traducción del inglés de
Lola Diez

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Mariposas para los muertos

Una vez más, a mi madre,
y a Andreas, Alexander y Elisabeth

Prólogo

Campo de Lao Gai Viento del Este
Provincia de Gansú, China
Diciembre de 1989

Siguieron adelante, cantando «El comunismo es el farol rojo de mi corazón», sus voces remontando el viento gélido. Machacaban con los pies la hierba seca y el suelo pelado. Llevaban el paso con los brazos, manteniendo la frente alta, cada cual con los ojos clavados en la cabeza rapada del de delante. Cantaban con ahínco, con fuerza. Llevaban dos palabras, *lao gai*¹ (trabajo y reforma), estampadas en blanco en las chaquetas grises guateadas. Detrás de ellos, el cielo estaba del color de la arena, blanco el sol.

Nada ofrecían esos campos salvo viento áspero y seca tierra amarilla. Bajo la bóveda del cielo, las montañas de cumbres nevadas se alzaban como indeseables cargas del pasado. Aquélla era la provincia donde terminaba la Gran Muralla, donde la Ruta de la Seda se había abierto camino; ambas habían pasado los últimos mil años en el olvido.

Los guardias abrieron el portón para que entrasen los reclusos. Sobre el alto muro, cinco caracteres rojos, «Campo de Lao Gai Viento del Este», les hacían frente.

—¡Alto!

Los prisioneros se pararon. La canción terminó bruscamente.

—¡Vista al frente!

El funcionario Yao el Saltamontes, alto, con hombros de perchero, pasaba lista. Una estrella roja, pequeña pero muy reluciente, brillaba en la piel de su gorro.

—Doce treinta y uno.

—*Dao* —el prisionero gritó «sí».

—Cincuenta y seis treinta y cuatro.

—*Dao*.

Una racha repentina llenó el aire de arena como un camión que estuviera descargando en una obra, y 3424 cerró los ojos. Era un hombre joven: las líneas de su cara eran las de un niño, la piel aún sin curtir, el cuerpo aún por hacerse.

El guardia enarboló su porra y el prisionero cayó al suelo chorreando sangre, el hermoso rostro destrozado.

—¡Responde, Lin, cerdo antirrevolucionario y anti-Partido!

—Ha sido el viento, la arena —farfulló Lin, la sangre centelleante escapándosele entre los dedos. No levantó la vista. Estaba tratando de descubrir de dónde le venía el dolor. Cuando se tocó la brecha de la mejilla, soltó un aullido.

Ahora el guardia le pateaba las costillas. Lin gritó y se encogió sobre sí mismo en el suelo.

—¡Silencio! ¡Estás aquí para reformarte! —bramó el guardia—. Lo primero que vas a aprender es respeto. Responderás cuando se te pregunte. Si desafías al Pueblo, el Pueblo te aplastará. ¿Está claro?

—¡Sí, señor! —gritaron al unísono las filas de prisioneros.

El Campo de Lao Gai Viento del Este consistía en una hilera tras otra de barracones. Los convictos, normalmente de dos en dos, compartían pequeñas celdas en cada bloque. Los bloques eran de techo bajo, con bombillas que deslumbraban desde las pantallas en forma de cono. Los suelos eran de piedra, de la cantera local. En cada celda había dos petates, dos palanganas, dos toallas y un cubo a modo de orinal.

Lin tosió, y le supo a sangre. Por encima de la brecha, el ojo izquierdo se le había hinchado. Su compañero de celda, el Recluta, intentó limpiarle la herida, pero Lin le quitó la toalla:

—Ya lo hago yo —dijo. Tenía el corte abierto, y resoplaba al tocárselo.

El Recluta se acuclilló lo más lejos que pudo del cubo que hacía de orinal.

—Te está haciendo pagar por lo de ayer. No puedes enfrentarte con Yao el Saltamontes.

Lin escupió sangre.

—¿Cuánto le puede durar?

—Hasta que tú te rindas. Muérdete la lengua y no intentes ponerte a su altura. Entonces se cansará y seguirá con cualquier otro.

—Yo estaré aquí por el delito que sea que haya cometido, pero él no tiene derecho a pegarme. Pienso reclamar a las autoridades.

—¿Reclamar? No vas a llegar a ningún lado escribiendo cartas. Mira al viejo Tang. Lo metieron en un pequeño calabozo sin luz durante un año. ¿Y el Lisiado? No estaba lisiado cuando entró. Los bestias del Número Dos le hicieron un estropicio. Fue idea del guardia, según dicen —el Recluta se mordió las uñas—. Universitario, no hagas nada... o lograrás que te maten. Déjalo estar. No puedes cambiar nada.

La cena venía en platos de aluminio, la misma todos los días: duros *wotou*, bollos de maíz, con verdura.

—Treinta y cuatro veinticuatro, hoy no has cumplido tu cuota. Media ración para ti —había un solo *wotou*, del tamaño del puño de Lin, en su plato.

Se acuclillaron para comer.

—Tienes que cumplir la cuota, Lin —el Recluta tragó—. Tienes las manos como las de una niña, pero no por mucho tiempo, trabajando en los hornos de cal —le enseñó a Lin sus manos, que estaban curtidas y encallecidas—. Éstas son manos de obrero. Yo hago mi

cuota y no me hago notar. Dos años más y entonces me iré a casa con mi madre. Se acabó el contrabando. Encontraré una mujer y seré feliz.

–¿Sabe tu madre dónde estás?

–Puede ser. Nos cogieron en Mongolia Interior con nuestros mulos. Mi hermano era nuestro jefe. Le metieron una bala en la nuca. Mamá tuvo que pagar la bala, me lo dijo. No la he visto desde que me metieron a empujones en un camión para venir aquí. No me dijeron adónde iba.

–¿Te ha llegado alguna carta suya?

–No sabe escribir. Un hombre de nuestro pueblo escribe cartas para todo el mundo, pero de mi madre no.

–Yo tampoco he sabido nada de mi abuelo. Seguro que no sabe dónde estoy, porque si no me habría escrito. No creo que nadie sepa dónde estoy.

El *wotou* era duro de morder y aún más duro de tragar.

–Estará esperándote. Mi madre me está esperando, lo sé –el Recluta se golpeó el pecho.

–Él puede que haya muerto. Tenía setenta y dos años cuando me detuvieron. Pienso en él todos los días. Ojalá pudiera escribirle unas pocas líneas. No quiero que se preocupe.

–No hagas nada, ¿entiendes?

–Si algún día consigo salir de aquí, juro que... lo haré –Lin apretó los puños.

–Se te ha vuelto a abrir el corte –el Recluta agarró la toalla y se la tendió a Lin–. Apriétate fuerte.

Por la noche, Lin estaba tumbado en su petate, el olor del orinal desbordándose. El Recluta roncaba. Por el ventanuco que había en lo alto de la pared, veía el cielo de la noche clara y una estrella.

Recordó las estrellas de las noches de verano en Pekín, el perfume de las uvas y la fresca sombra del emparrado. El abuelo y él estaban sentados en el umbral de la puerta, abanicándose. Hacía demasiado calor para dormir. Los mosquitos flotaban en el aire por manadas.

El abuelo le contaba historias: Guan Yin y Liu Hui, la *Leyenda de los tres reinos*; el rey Mono y el monje Tangseng; la saga de los Caballeros del Kong Fu.

–Son historias para chicos, para ti –le había dicho el abuelo–. Los chicos tienen que aprender la fe y la lealtad.

Durante veinte años, el abuelo lo había observado crecer. Ahí fueron la escuela elemental, las primeras peleas, su primera bicicleta, el primer Premio a las Tres Virtudes, el fútbol, la caza de libélulas en el foso municipal, las noches estudiando hasta tarde. Y ya el umbral estaba gastado, erosionado por el centro.

Dejó al abuelo para ir a la universidad. Lin nunca había visto el océano, pero quería estudiar oceanografía. Le gustaba la idea de recorrer el mar en su inmensidad. Quería

aprender más de los animales marinos sobre los que había leído y que había visto en la televisión en programas sobre la naturaleza. Cuando Lin estaba en el instituto, sus vecinos los Chen habían comprado un aparato y él había ido a la casa de al lado a verlo siempre que ponían algún programa sobre la naturaleza. Se había criado con el hijo de los Chen, a quien todos siguieron llamando Gordi incluso cuando se hubo convertido en un joven delgado.

–Vete –le había dicho el abuelo, sentado en su cama con las piernas cruzadas–. El buen hijo debe surcar los cuatro mares. Tu padre y tu madre estarían orgullosos de ti. Por mí no te preocupes. Soy de huesos fuertes. Además, tengo a los vecinos. No me va a pasar nada.

Lin escribió a su abuelo desde la universidad. Escribió sobre el mar que por fin había visto, reluciente a la luz del amanecer. Le contó a su abuelo que nunca había visto nada más bonito. «El sonido del mar, abuelo», recordaba haber escrito, «es como una canción. Algunos lo oyen, algunos lo sienten; muchos lo recuerdan».

Fue junto al mar donde la vio a ella por primera vez, como una canción que no pudo olvidar. Su piel clara, su sonrisa abierta y sus grandes ojos castaños tuvieron para él el mismo hechizo que el mar.

El día en que ella le dijo que le quería, él fue el hombre más feliz del mundo. Iban andando por la playa y Venus lanzaba destellos en el cielo, como si estuviera enviando un mensaje secreto a los enamorados de abajo. El aire sabía a sal y ellos estaban pletóricos de deseo y de amor. Las olas lamían suavemente la orilla.

Lin se levantó. Le dolía el cuerpo de las doce horas en el horno de cal. Sentía la brecha de la cara como si fuera obra de cien cuchillos y no de un puño. La sensación de ella se desvaneció. Alrededor de su cabeza, el jergón estaba mojado.

Se frotó deliberadamente la herida hasta que se le abrió otra vez. Rechinó los dientes. «Recuerda este dolor, esta noche, y cada día de *lao gai*», se ordenó a sí mismo. «Recuerda a tus enemigos. No olvides nunca.»

Primera parte

1

Faltaban dos semanas para el Año Nuevo Chino, la Fiesta de la Primavera, que celebra el fin del invierno. Es la principal festividad del año, con festejos que duran siete días. Había carteles rojos de la suerte pegados en las puertas de todas las casas. Se hacía carne en adobo y se compraba vino de arroz del fuerte: *ju*. Las familias concertaban visitas, y se preparaban banquetes. En Pekín millones de personas se agolpaban en los mercadillos de los templos para completar sus compras navideñas.

El mayor *miaohui* era el del parque Ditan. Allí el ruido era ensordecedor. Los tambores redoblaban, los platillos entrechocaban y las trompetas tronaban en el aire frío. Los dueños de los puestos pregonaban sus artículos y los clientes gritaban para que no se les rezagaran los niños.

Arrastrada por la muchedumbre, Mei andaba junto a su hermana, cuyo humor se había ensombrecido.

–¿Por qué tenemos que venir aquí todos los años? –se quejó Lu–. Con toda esta gente empujándose..., ¿y dónde está mamá?

–Ha dicho que quería comprar una cosa –Mei se puso de puntillas para buscarla pero no logró verla. Faroles rojos se mecían bajo el arco de piedra blanca del Altar del Sacrificio, donde el emperador ofrecía sacrificios a la Tierra en el solsticio de verano; y, detrás de él, más multitudes y puestecillos.

–¡Petardos! ¡Cohetes para la Fiesta de la Primavera!

–¡Carteles de la suerte para recibir la primavera y echar a los fantasmas!

Al final de la calle aparecieron bailarines con zancos, acompañados de trompetas y tambores. La mujer iba de satén rojo y hacía ondear inmensos abanicos rosas. Los hombres llevaban largas túnicas azules y sombreros abombados sobre las caras profusamente maquilladas con línea gruesa en los ojos y colorete en las mejillas. Dos niños corrían por delante de ellos, haciendo que alguno se tambaleara. En aquel momento Mei vio a su madre abriéndose paso entre la multitud con dos calabazas de peregrino.

–¿*Hulu*? –Lu frunció el ceño, y descruzó los brazos para coger la calabaza.

–Para que nos traiga suerte... y un nieto pronto –dijo Ling Bai.

–¡Mamá! –protestó Lu. Su rubor avergonzado era enternecedor.

–Y a ti –Ling Bai se volvió hacia Mei– te protegerá de los demonios.

–No me hace falta.

Ling Bai clavó la vista en su hija mayor:

–¿Treinta y un años y sin novio? A ti te hace falta un amuleto.

Lu le dio un codazo a Mei.

–Tú cógelo –le susurró.

–El *hulu* es muy poderoso. Mirad las curvas. Son el Cielo y la Tierra unidos, en verdadera armonía. Especialmente favorable para la mujer –afirmó Ling Bai.

Subieron los escalones de piedra hasta el Altar del Sacrificio, donde había un «teatro de *jiaozi*» en plena agitación, los músicos tocando, de forma exagerada, trompetas, tambores, címbalos y un *erhu*, un instrumento de cuerda chino. Cuatro hombres bailaban al tiempo que bamboleaban un palanquín –el *jiaozi*– con una actriz dentro.

–«¿Dónde vas, joven esposa?» –rugieron los hombres.

–«Vuelvo a casa de mi madre» –cantó la actriz.

–«¿Y dónde está tu marido?»

–«En casita, con su mami, como un niño.»

El público se reía, pero Lu permanecía rígida y miraba con disgusto el espectáculo. Detestaba la danza folklórica. Mei le echó una mirada a su madre, que estaba sonriente, disfrutando de la representación. Tenía la cara arrugada, y mechones de pelo gris le revoloteaban alrededor al viento. Mei se estremeció; de frío y de culpa. Pero ¿cómo iba a amar a su madre si no podía perdonarla? Se había enterado de su participación en la muerte de su padre, y eso la había separado de ella tan profundamente como si se hubiera levantado una muralla entre las dos².

Sacudió la cabeza como para despejársela. Deseó poder confiarse a alguien para compartir su carga.

–¿Vamos a buscar unos *bingtang hulu*? –preguntó Ling Bai. Las brochetas de frutos de espino albar confitados eran una apreciada exquisitez invernal que todo el mundo andaba masticando en el *miaohui*.

–Para mí no, gracias –dijo Lu–. ¿Cómo te puedes comer una cosa que lleva horas tirada en medio de este polvo?

Las Wang se abrieron camino hacia la Puerta del Norte, Ling Bai buscando un puesto de *bingtang hulu*.

–La gente te está mirando –le susurró Mei a su hermana.

–¿Ah, sí? –Lu sonaba indiferente, y Mei sabía por qué. Su hermana era de una belleza impresionante, pero nunca pensaba en ello; sólo a los demás les interesaba.

Ling Bai compró dos *bingtang hulu*, uno para Mei y otro para sí misma. Se los fueron comiendo mientras andaban. El camino que llevaba a la Puerta del Norte estaba hasta arriba de puestos. Un hombre servía el té de una gran tetera de cobre con el pitorro muy largo. De las parrillas de kebab se elevaba humo, llenando el aire de perfume de comino y guindilla. Giraban coloridos molinillos, y se balanceaban faroles rojos, como frutas gigantescas, de las ramas sin hojas.

Un tobogán de hielo se erguía en mitad de la plaza de la Puerta del Norte: niños y

adultos que chillaban y reían al caer resbalando. Una larga cola serpeaba alrededor de la taquilla. Había vistosos carteles que exhibían *miyu*, adivinanzas, colgados de unos árboles donde se había congregado una gran multitud.

A Ling Bai y a Mei les gustaban las *miyu*. Algunos años antes, cuando Mei todavía era una niña, habían concursado en la Fiesta Nacional, y ganaron premios.

–Ahí hay una –dijo Mei, leyendo en alto–. «Buen principio, moneda extranjera» –pensó un instante–. La respuesta es *mei yuan*, «el dólar». *Mei*, además de «estadounidense», significa «bello, estupendo», y *yuan* puede significar «moneda» y «principio» –le susurró a Ling Bai.

–Ay, sí –exclamó su madre–. Escríbelo, que vamos a ganar un premio.

–Con una no vamos a ningún lado. Tendríamos que resolver por lo menos diez para ganar algo que valga la pena.

–Tenemos tiempo de sobra –le echó una mirada a su hija Lu.

–Yo estoy cansada de estar por ahí de pie con este frío –dijo melosamente Lu. No era una queja–. Hace ya horas que hemos salido.

–Puede que tengas razón –dijo Ling Bai, apretando su bolsa de compras.

Lu le cogió el brazo a su madre.

–Todos los años es lo mismo.

Oyeron un redoble de tambor procedente del Altar del Sacrificio y alguien gritó:

–¡La danza del león!

La muchedumbre se desbordó.

Mei, Lu y Ling Bai anduvieron hasta la salida de la Puerta del Norte, donde los taxis estaban despachando jaraneros a la feria. Lu encontró uno libre y se metió dentro, su madre tras ella. Mei se sentó junto al conductor.

–¿Adónde? –preguntó él jovialmente.

–Al Gran Hotel –dijo Lu.

Él arrancó el motor y encendió el taxímetro.

–¿Por qué camino vamos? En el paseo de Chang'an hay retenciones.

–Por donde sea más rápido –dijo Lu con un deje de impaciencia.

En el Gran Hotel se sentaron a una mesa con mantel de hilo en la cafetería Gran Muralla. La camarera les trajo té en tetera de plata, y al dejarlo en la mesa tintineó la porcelana. Se fue, y volvió con un capuchino para Lu.

La cafetería tenía el techo alto, lámparas de cristal y una escalera de caracol con una enredadera que crecía hacia arriba por la barandilla. Las plantas en macetas y las ventanas panorámicas daban una impresión de exuberante invernadero. Un camarero trajo pasteles a la occidental en un carrito, tan perfectos que habrían podido ser de plástico.

–Demasiado bonitos para comérselos –dijo Ling Bai echándoles un vistazo. Mei pidió

uno amarillo glaseado. Esperaba que fuera de tarta de queso, porque ya la había probado una vez y le había gustado.

Lu revolvió el café.

–Estaban diciendo que va a nevar mañana.

–No me sorprende. Ahora es el Gran Frío, las dos semanas más frías del año –dijo Ling Bai.

Sentada en el café, a Mei se le hacía difícil creerlo. Allí estaban aisladas del mundo exterior.

Lu sacó su teléfono móvil.

–Li-ning está comiendo en el Club de China. A lo mejor puede venir si han terminado.

Mei y Ling Bai dieron sorbitos a sus tés, incómodas de estar la una con la otra ahora que Lu tenía la atención puesta en otra parte. Mei miraba fijamente por una ventana, con su nariz poderosa y su boca firme afilándole el perfil. El cielo estaba más oscuro, las nubes, espesas, y el tráfico, denso como puro barro, parado en el paseo de Chang'an. Se estiró intentando atisbar la plaza de Tian'anmen, que no estaba lejos, pero no alcanzó a verla.

–¿No puedes venir sólo unos minutos? –dijo Lu, al teléfono. Sonaba molesta.

–¿Cuándo os vais a Canadá? –le preguntó Mei a su madre, aunque sabía la fecha. Le estaba dando vergüenza ver cómo tendía la oreja para enterarse de la conversación de Lu.

–Dentro de una semana, creo –dijo Ling Bai, taciturna–. ¿Podré verte antes de irme?

–Ya sabes que Gupin, mi ayudante, vuelve a casa por la Fiesta de la Primavera. Me temo que voy a estar demasiado ocupada –le dijo Mei más a su taza de té que a su madre.

Ling Bai suspiró.

–Deberías pensar en buscarte otro ayudante. Creía que te estaba yendo bien. ¿Por qué vas a seguir teniendo a un trabajador de provincias en la oficina, y más siendo un hombre? Qué va a decir la gente.

–Me da igual lo que digan. Gupin hace bien su trabajo. Al contrario que algunos, tiene el graduado escolar y asiste a clases nocturnas en la universidad –de repente se estaba imaginando el rostro cincelado de Gupin y sus hombros musculosos. Se preguntó qué pensaría hacer ese fin de semana. Puede que estuviera todavía trabajando en el caso del niño que había muerto en el hospital durante una operación de poca importancia. Puede que hubiera ido de compras para su madre enferma... que hubiera estado incluso en el *miaohui*, comprando exquisiteces pekinesas para llevar a su tierra. Ese pensamiento la hizo sonreír.

Lu cerró el teléfono.

–Lo siento. Li-ning no va a poder venir, por más que quiera. Está de camino al campo de entrenamiento con el gran jefe Dong.

–Siempre está ocupado –Mei se acordó de la última cena a la que Li-ning no había

podido ir.

–Todo el mundo quiere colaborar con él en sus proyectos o convencerle para que invierta. Es duro ser un magnate.

–Claro...

–A mí no me importa. Yo sé lo que cuesta el éxito. Él tiene que dedicar un montón de tiempo y esfuerzo a hacerse contactos, y eso implica algunos sacrificios en nuestra vida personal. A mí me pasa lo mismo con mi programa –dijo Lu. Ella presentaba en Telepekín un programa en el que hacía entrevistas y daba consejos a gente que tenía problemas tales como relaciones adúlteras o suegras difíciles. Estaba comprobado que tenía mucha audiencia, y durante un tiempo se habló de hacerlo de difusión nacional.

–Trabajáis tanto las dos que apenas os veo –dijo Ling Bai, mirando primero a Lu y luego a Mei–. Sobre todo a ti.

–Mamá, ya sabes que todo el mundo quiere que le resuelvan su caso ya mismo.

–¡Las oportunidades! Están por todas partes. Si tú no las aprovechas, lo hará otro –Lu levantó una mano para callar a Mei, que estaba a punto de interrumpirla–. No sé cuánto sacas tú, Mei, por pillar a maridos mentirosos, pero a nosotros una ocasión perdida nos puede costar millones. Así que no paramos de trabajar, intentando mantenernos a la altura. Li-ning y yo sabemos que no estamos siendo justos con nuestra familia y nuestros amigos –apoyó cariñosamente la mano en la de su madre–, y por eso estas Fiestas de la Primavera nos vamos a llevar a mamá a Vancouver, a ver a la familia de Li-ning –se volvió hacia Mei–. Me ha dicho mamá que no has vuelto a ir a verla desde que salió del hospital.

–Mira quién fue a hablar –Mei, molesta, miró de reojo a Ling Bai.

–Yo estoy ocupada. Tengo el programa, doy conferencias y a veces viajo al extranjero con mi marido. Y *yichuo*..., ¿ni te imaginas! Cenas, comidas, fiestas, ir al teatro y a la ópera con los contactos del trabajo... Si no dijéramos que no de vez en cuando, estaríamos trabajando veinticuatro horas al día. Pero mamá ha estado en casa cenando. Hemos ido juntas de compras –Lu le echó una mirada a Ling Bai–. Nos hemos acercado más desde que le dio la embolia. Lo que ocurrió la primavera pasada me hizo comprender que no se puede dar nada por descontado. Un día la perderemos y entonces desearemos haberla cuidado como correspondía.

Mei no pudo contradecirla, pero tampoco podía explicarse. Estaba callada, haciendo girar el té en el fondo de su taza.

–¿Os habéis enterado? –dijo Ling Bai, deseosa de rebajar la tensión–. Han soltado a Hu Bin.

–¿No era uno de los cabecillas de los estudiantes en Tian'anmen?

Ling Bai asintió.

–Mei lo conoció en la universidad, ¿verdad, Mei?

–Nos cruzamos un par de veces por el campus –dijo Mei. Lo había visto en letra pequeña en la página veintiuno del *Diario de Pekín* de ese día. Hu Bin había sido

condenado a doce años por encabezar la protesta estudiantil en 1989. Su puesta en libertad, cuando aún le faltaban tres años, podía significar que estaba enfermo.

La puesta en libertad de Hu Bin le trajo incómodos recuerdos. Ella ya estaba trabajando en el cuartel general de la policía (el Ministerio de Seguridad Pública) cuando los estudiantes tomaron las calles en la primavera de 1989. Todos los días leía con avidez las noticias sobre la protesta en la plaza, pero, a diferencia de otros trabajadores de oficinas y fábricas de la ciudad, no había salido a unirse a ella. Se había quedado sentada tras su escritorio del ministerio, apoltronada en el otro bando: el bando que finalmente se volvió contra los estudiantes. Llevaba desde entonces reprochándose. El sentimiento de culpa por no haber estado con quienes le importaban se le había alojado como una piedra en el corazón. Pero ¿cómo podía ella saber que la cosa iba a acabar en un baño de sangre? ¿Que iba a morir gente, y que amigos como Hu Bin iban a estar tanto tiempo en la cárcel?

Mucho era lo que podía reprocharse. Ella había sido en realidad, reflexionó, quien le había quitado la vida a su padre. Su madre lo había denunciado por criticar los métodos de Mao en la Revolución Cultural; era la única forma de salvar a sus hijas del campo de trabajo. Su testimonio había contribuido a enviarlo a la prisión donde murió joven. Cuando Mei se tropezó con la verdad el año anterior, mientras desentrañaba el caso de un antiguo jade perdido desde la Revolución Cultural, al principio se había enfadado, pero luego le había dado pena. El odio amenazaba acabar con su amor por su madre. Mei habría querido ser capaz de perdonar a la mujer que había hecho tan enormes sacrificios y que a ella le había dado la vida dos veces.

La voz de su madre la hizo volver a la cafetería Gran Muralla.

—Me figuro que lo de soltarlo antes de las fiestas es un gesto de buena voluntad.

—Estoy segura de que sí —dijo Lu terminándose el café—. Ya va siendo hora. Una historia tan antigua. Lo mejor para las dos partes es olvidarla.

—Sólo han pasado nueve años —replicó Mei.

—Exacto. Historia antigua —Lu se echó la melena por encima del hombro y rió—. Querida hermana, vives demasiado en el pasado, y el resto del mundo sigue adelante. ¿Cómo era ese viejo proverbio? «El presente es oro.»

En ese momento, el camarero les trajo los pasteles. Por un momento contemplaron, intimidadas y en silencio, las obras de arte que había en sus platos. Luego Mei tomó un bocado del suyo y se estremeció: era de lima, no de tarta de queso, y a ella la lima no le gustaba.

—Lu tiene razón —le dijo Ling Bai a Mei a través del millojas del que tenía la boca llena—. Tienes que olvidar el pasado y seguir adelante. No andes con eso a cuestras. Aprende a perdonar.

A Mei el corazón le dio un brinco. ¿Acaso su madre sabía que había averiguado lo que le pasó a su padre?

—¿Vas a volver con Ya-ping?

Mei suspiró.

–Pero si a ti no te gustaba... no querías que me casara con él.

–Eso era hace años, cuando sólo era un estudiante de provincias. Ahora es un próspero ejecutivo que vive en Chicago.

–Pero está divorciado.

–Como Li-ning –Ling Bai contempló orgullosa a su hija menor–. Puede que eso lo convierta en un marido mejor.

Mei le dio otro mordisco a su pastel.

–Cuando un vaso se ha roto, ya no tiene arreglo.

–Será porque tú no quieres que se arregle –dijo Lu–. Él te rompió el corazón, vale, pero eso es otra historia antigua. Vive en el presente. Ésa es la clave de la felicidad.

–Y tú déjame que sea yo quien se ocupe de mi vida amorosa –¿y si ella no podía aprender a perdonar y olvidar?

Lu le pidió por señas la cuenta al camarero y luego le dijo a Mei:

–Pues sí que me preocupo por ti, porque eres mi hermana. Mañana te va a llamar un amigo mío: el señor Peng. Es el presidente de la compañía discográfica Guanghai. A lo mejor tiene un caso para ti... podría ser algo importante.

–Gracias –dijo Mei. Su hermana la había irritado con esos consejos que no le había pedido, pero acababa de hacerse perdonar.

2

Ocho meses antes

–Tienes que agradecerérselo al Partido Comunista –dijo el delegado Yao.

Ya nadie le llamaba Saltamontes. Su delgadez había dejado paso a la amplitud de la edad madura. Ya no pegaba a los prisioneros. Al contrario, hablaba de trato humanitario y modernización. Igual que el resto del país, los campos de *lao gai* estaban siendo sometidos a reforma. El delegado Chen no creía en la retórica. Algunas veces dejaba pasar una paliza sin amonestación; los guardias jóvenes sólo estaban deseosos de hacerlo lo mejor posible, le decía a su jefe del ministerio. Pero él tenía aspiraciones, así que cumplía las órdenes del Partido.

Se sentó a su mesa más tieso que un lápiz. Su mirada no había cambiado: seguía siendo tan escalofriante como siempre.

Lin estaba sentado en un pequeño taburete de madera, encogido, la cabeza gacha.

–Has perdido tus buenos años por haberte puesto en contra del Pueblo.

–Lo sé –Lin apretaba un pequeño hatillo como si de un bebé se tratara. Tenía la mirada vacía, la cara curtida y enrojecida del viento del desierto.

–El Partido te va a dar una segunda oportunidad para servir al Pueblo –dijo el delegado Yao–. Pero recuerda: uno nunca termina de reformarse. Tienes que continuar cuando te hayas ido. Llevas muy dentro el sentimiento antirrevolucionario, por más que hayas cumplido entera tu condena. Contra eso tienes que luchar siempre.

–*Shi* –respondió Lin.

–Ahora puedes irte.

–Gracias.

–No me las des a mí; dáselas al Partido.

Lin se levantó. Le habían dado una chaqueta a lo Mao y un par de pantalones de campesino: ropa que no le quedaba bien. Un guardia de la edad que tenía Lin cuando lo detuvieron lo condujo a través de los barracones. Los presos se habían ido a trabajar al horno de cal, las celdas estaban vacías, las sábanas cuidadosamente dobladas.

Lin iba dando traspies como un anciano, intentando mantener el paso. El silencio era aterrador. Desde que le habían dicho que lo iban a dejar libre tenía la sensación de que algo horrible estaba a punto de ocurrir y de que no llegaría a salir del campo. Mientras estuvo extrayendo terrones de cal del fondo del horno, había temido que se le viniera encima, como le ocurrió al Recluta. Temía que la cal le salpicase los ojos, no por la

ceguera que le produciría sino por el dolor. No podía quitarse de la cabeza la imagen de Hu Wei rodando por el suelo, gritando, intentando salir por sí mismo cuando fue a él a quien le ocurrió.

El guardia abrió la puerta y Lin entró solo en el patio.

El aire le abrasaba la cara. Se sintió mareado. Le pareció que el suelo se movía bajo sus pies. Estaba rodeado de altos muros y vallas de alambrada. Intentó serenarse. Se sentía como si estuviera en un lugar distinto, un sitio que no conocía, por más que todo en él le resultara familiar. Dio un paso hacia delante, dos pasos, tres.

El guardia abrió la verja. Lin bajó la cabeza. En cualquier momento vendría alguien por detrás y lo arrastraría otra vez adentro, lo sabía. Iba contando los pasos: ...ciento sesenta y ocho, ciento sesenta y nueve, ciento setenta... Había pasado el portón... Doscientos uno... trescientos dos... Estaba en campo abierto.

Cuatrocientos. Se detuvo y se dio la vuelta. La verja se había cerrado. Se quedó mirando los altos muros y el alambre de espino que se achicharraban al sol. La reverberación le quemaba los ojos.

–¡Eh! –gritó alguien.

Giró sobre sí mismo y vio un carro tirado por un burro.

–¡Eh! –volvió a llamar el conductor–. ¿O es que piensa irse andando?

Lin apretó su hatillo y entornó los ojos. ¿Qué hacía ese hombre ahí? ¿Y por qué le estaba hablando? Miró a su alrededor. No había nada más que el sol y el árido paisaje.

Entonces lo entendió. El carro con el burro había venido para recogerle. Se trepó a él. El conductor escupió, fustigó al burro con su látigo y gritó: «*Jia*». Se alejaron.

–¿Cuántos años? –preguntó el conductor. Era un joven campesino de piel morena y brazos fornidos. El ala de su sombrero de paja estaba raída.

–Ocho –Lin se quitó la chaqueta Mao y la dobló con cuidado. Tenía el cuerpo, bajo una vieja camiseta a la que le había hecho muchos remiendos, duro y fuerte de los años de trabajo.

–Mucho tiempo –observó el conductor–. ¿Qué había hecho?

Lin no respondió. Clavó la vista en la tierra que se extendía ante él, yerma, montañosa.

–Las cosas han cambiado –dijo el conductor al cabo de un rato–. Andas quinientos *li* y ves extranjeros en Jiayuguan. La gente de la ciudad me cuenta que vienen grandes autocares japoneses. Son altos como casas y por dentro llevan aire frío.

–Hum –Lin no tenía ni idea de lo que le estaba contando el conductor.

–Un día voy a ir a verlo. Teníamos un autobús interurbano, pero se rompió. Nadie sabe cuándo se podrá arreglar. ¿Le llevo a la estación de tren?, ¿sí? –hizo una pausa–. ¿Va a venir su familia a recogerle?

–No creo.

–¿Y cómo piensa irse?

–Ya encontraré la forma.

—¿Dónde está su casa?

—En Pekín.

El conductor miró a Lin y su hatillo.

—No llegará hasta allí.

El carro siguió adelante. El burro resoplaba. Las ruedas chirriaban. Lin no se molestó en preguntarle por qué había dicho eso. Hacía mucho que había dejado de preocuparse de lo que dijeran los demás.

—¿Conoce a mi hermano? —preguntó el conductor.

Lin negó con la cabeza.

—Era su cocinero. Él me ayudó a conseguir este carro. Es el único de la comarca. Sabemos que la gente quiere irse. Por aquí no encuentran nada. La cantera no vale la pena, nunca la ha valido. No para de morir gente, de perder una pierna o un ojo. Es un trabajo duro por el que no pagan casi nada. No da para hacerse una casa ni para comprarse una novia. La Comuna Popular tampoco es mejor. El Partido Comunista dice: «La voluntad del Pueblo está por encima del Cielo». Pero, claro, un brazo no puede echar un pulso contra una pierna. No se puede cultivar la arena. El horno de cal estaba bien... hasta que construyeron el campo de *lao gai* y pusieron a los presos a trabajar en él gratis. Pero al final el campo de *lao gai* nos ha venido bien. Ellos me pagan por llevarme a la gente con mi carro y mi burro. Puede que pronto junte suficiente para una novia.

Li escuchaba, pero sólo oía una palabra aquí, una frase allá. Tenía los oídos, los ojos y la garganta entumecidos.

—No es usted de mucho hablar, ¿eh? —el conductor se le quedó mirando.

Lin se levantó el borde de la camiseta para enjugarse el sudor de la cara.

—¿Qué edad tiene? —le preguntó el conductor, tendiéndole una vieja cantimplora.

—Veintiocho.

—¿Tiene mujer?

—No.

Lin tragó agua. Olía a metal y estaba demasiado caliente. Miró hacia atrás. A lo lejos, el campo de *lao gai* parecía el castillo de arena de un niño. Lin enroscó con fuerza el tapón de la cantimplora. Frente a él veía a lo lejos más montañas, y soñaba con una sombra.

La estación de tren estaba desierta, una caseta y una sola vía. Parecía que el calor le hubiera succionado la vida a todo lo que la rodeaba. Junto a la vía la hierba estaba seca, y la mena de hierro se oxidaba en la grava caliente.

El jefe de estación, un hombre cuarentón, de labios fruncidos y bigote negro, estaba sentado a una mesa con una baraja de naipes. Llevaba, igual que Lin, una camiseta blanca; la suya tenía dos agujeros, cada uno del tamaño de una moneda. Dejó las cartas

en la mesa y miró a Lin. Su mirada se dirigió primero a la cabeza rapada, luego a la cara, el cuerpo de arriba abajo, sus zapatos nuevos y su hatillo.

–¿Qué haces aquí?

–Quiero coger el tren.

–De aquí no sale ningún tren de pasajeros; sólo de mercancías.

–Me ha traído el tipo del carro y el burro. Me ha dicho que el autobús interurbano está estropeado.

–El muy imbécil. No ha hecho un solo trabajo decente en toda su vida... No va a la cantera porque es demasiado duro. Pues bien que van todos los demás. Allí me destrocé yo la pierna. Una roca me cortó el muslo –sacudió la cabeza–. Hay gente que no piensa más que en el dinero, como él y su hermano. ¿Traerte aquí para coger el tren? Te ha engañado.

Lin dejó caer el hatillo y se acuclilló, hundiendo la cara en las manos. El aire parecía cola arábiga.

–¿Qué tengo que hacer? ¿Cómo puedo salir de aquí?

En el momento de salir del Campo de Lao Gai Viento del Este, Lin había tenido miedo. La visión del campo, los chillidos de los cuervos, la sombra de las nubes, todo le había sobresaltado. Temía que los guardias fueran tras él y volvieran a llevárselo. Sus nervios, igual que su libertad –ganada con tanto esfuerzo–, eran delicados.

–O te esperas a que arreglen el autobús o te vas andando hasta Yumen, que está a ciento veinte kilómetros –el jefe de estación se calló un instante; luego dijo–: ¿Por qué te encerraron? ¿No será por violación? No aguanto a los violadores –se trabajó la nariz con un dedo, barrenando a fondo, poniéndose bizco y arrugando la frente.

«Vaya alma de cántaro», pensó Lin. Si él hubiera sido un violador, no estaría hablando con el jefe de estación. Lo habrían ejecutado.

Lo único que Lin quería era alejarse lo más posible de aquel lugar maldito. Pensó en sobornar al hombre. Pero ¿con qué? No tenía pertenencia alguna. Al final se levantó, sacó un fajo de papeles, apartó su certificado de excarcelación y cogió un billete de diez yuanes. No tenía ni idea de si era mucho o poco lo que se podía comprar con eso. Sólo le habían dado cincuenta yuanes.

–Ayúdeme, por favor –dijo tendiendo el dinero.

–¿Y eso para qué es? No has aprendido gran cosa en el campo, ¿eh? ¿Es que te has creído que yo soy como ese sinvergüenza del burro o como esos tipos con los que estabas preso? Delincuente fuiste y delincuente serás. ¡Fuera! –el jefe de estación se puso de pie y señaló la puerta abierta.

Lin cogió su hatillo y salió. Volvió a meterse el dinero en el pantalón y se puso en cuclillas en el lado de la caseta donde había sombra. El calor lo devoraba. Dondequiera que mirase, sólo veía el resplandor blanco del sol, sin ningún refugio. Le dolía la cabeza.

Tenía jaquecas frecuentes. A veces el médico del campo decía que eso era «del viento caliente», a veces que «del viento frío». Lin sospechaba que no sabía lo que tenía. El

dolor, cuando le venía, le escindía la cabeza como un cuchillo, haciéndole sentir vahídos. El médico le daba aspirina, pero eso no le aliviaba. Los dolores de cabeza no contaban como enfermedad en el campo de *lao gai*: los guardias le pegaron las veces que se desplomó en el horno de cal, rompiéndose la nariz, los dientes y una vez el codo, y luego lo encerraron en el «cuarto oscuro» por escaquearse del trabajo.

A lo lejos, oyó un tenue silbido. Levantó la vista; una columna de vapor blanco se elevaba desde detrás de unos montes.

El jefe de estación salió de su caseta. Echó una mirada al tren que llegaba, luego otra a Lin.

–No quiero tu dinero, pero tampoco quiero que hagas nada ilegal.

–Lo siento. No pretendía ofenderle. Me he pasado ocho años en el campo y sólo quiero irme a casa.

–El tren viene por la cantera y el horno de cal. Para y carga. No te cueles en un vagón como hacen los campesinos. Va contra la ley; y no está bien viajar sin pagar. Pero habla con el conductor, explícale lo del autobús. Puede que quiera llevarte en la cabina con él.

Lin se levantó de un salto, con el corazón latiéndole rápido.

–Gracias.

–Todavía no estás en el tren –le recordó el jefe de estación.

3

Por una vez el pronóstico del tiempo había acertado. La nevada, la quinta de ese invierno, llegó antes del amanecer, y para por la mañana ya había cubierto con un grueso manto blanco la ciudad. Las bicicletas aparcadas en las aceras desaparecieron. Las quitanieves, exhaustos ya sus conductores antes de la hora punta de la mañana, se paraban en los arcenes. Los pocos autobuses que circulaban iban abarrotados. Camiones y coches patinaban descontrolados. Algunos se quedaban varados, otros se averiaban.

A Mei le pareció un milagro que su pequeño Mitsubishi rojo lograra abrirse camino. Llegó a su oficina poco después de las diez y preparó una tetera de té Wulong. Luego observó la pila de papeles que había en la mesa de Gupin y volvió a impacientarse por sus vacaciones. Todavía había mucho trabajo por hacer en el caso del niño que había muerto en el hospital. Había que examinar apuntes de entrevistas y partes médicos, comprobar hechos y hacer deducciones.

Habría querido llamar a Gupin al busca, pero sabía que no iba a servir de nada. Puede que estuviera atascado en un autobús. Se llevó los papeles a su escritorio. Gupin había puesto flechas y signos de interrogación en una de las hojas impresas en el ordenador. Se preguntó qué significarían.

Sonó el teléfono y ella se lanzó a coger el auricular. No era Gupin.

–Me llamo Peng Datong –dijo una voz desconocida–. Soy amigo de su hermana Lu. Usted y yo nos conocimos en su boda. Soy el presidente de la compañía discográfica Guanghai. Necesito su ayuda. Lu me ha dicho que es usted una de las mejores detectives de Pekín. ¿Puede venir a mi oficina?

–¿Ahora?

–Sí. Es urgente. Mando a mi chófer a recogerla.

–¿Cuál es el problema?

–Por teléfono no. Mi secretaria la esperará en el portal de nuestro edificio y la traerá hasta mi oficina. Dese prisa, por favor.

Mei colgó y se puso a dar paseos por su oficina, intentando pensar. El tono del señor Peng la había dejado inquieta. Sabía que no podía decirle que no a un hombre como él (eso él lo había dejado claro), pero no le hacía ninguna gracia.

«¿Dónde estará Gupin?» Miró su reloj de pulsera. Eran casi las once. Entonces llamó a Gupin al busca y le dejó el número de su móvil a la chica de la centralita.

La secretaria del señor Peng no saludó a Mei. Ni siquiera la miró. Era una mujer rolliza de veintipocos años, estrechamente embutida en un traje rosa. Condujo a Mei por los brillantes pasillos con sus altos tacones rosas. Las puertas se iban abriendo y cerrando de golpe. La gente pasaba junto a ellas a toda velocidad, saludándose unos a otros o gritando, con pósters o cintas de vídeo en la mano o empujando carritos cargados de revistas. Algunos les dijeron hola. La Señorita de Rosa no dijo nada.

En sus lóbulos, un par de pendientes de perlas se movían como peces que saltaran fuera del agua, atrayendo la atención de Mei. Mei le veía el cuello, blanco como la porcelana. Se preguntó qué se sentiría al tocarlo.

El ascensor las elevó veintidós pisos hasta el último. Las puertas se abrieron y ellas entraron en una oficina. Dos lámparas con pantalla de seda brillaban sobre un escritorio tras el cual se alzaban unos archivadores y una butaca de cuero. Mei supuso que aquél era el asiento de la Señorita de Rosa.

La Señorita de Rosa la condujo, por una puerta forrada de cuero, a una enorme sala con ventanales del suelo al techo y un gran escritorio de caoba.

—Un té negro. Bien cargado —dijo una voz cansada. Un alto sillón de cuero se dio la vuelta lentamente. Había un hombre de rostro anguloso, con una tupida maraña de pelo, camisa blanca y traje oscuro, sentado en él.

—Sí, señor —oyó Mei que decía la Señorita de Rosa. Que fuera capaz de hablar, y con esa dulzura, casi la sorprendió.

El señor Peng tenía los ojos rojos y la mirada perdida.

—Gracias por venir.

Mei tomó asiento frente al escritorio. La tapicería de cuero parecía nueva y flexible.

Durante un instante permanecieron en silencio; esperando, según le pareció a Mei, a que el señor Peng se despertara.

La Señorita de Rosa volvió con el té en una bandeja. La posó sobre el escritorio del señor Peng y sirvió dos tazas. El señor Peng cogió la suya.

—Nada más —le dijo a la secretaria. Los labios largos y delgados se le rizaban hacia abajo al hablar. Sus miradas se encontraron. Mei vio cómo los ojos de la Señorita de Rosa se iluminaban. Le tendió la segunda taza a Mei y salió taconeando.

El señor Peng cogió un mando a distancia que había sobre la mesa y encendió el televisor. Apareció un vídeo musical, imágenes de ríos, montañas, un bosque de bambú en un vendaval. Una lucha a espada hacía un fundido con una mujer que cantaba, bonita, nostálgica, llorosa.

—¿Es guapa, verdad? —dijo el señor Peng—. Poco convencional, quizá, pero te puede dejar hecho añicos con esos ojos. Y esa voz... ¡extraordinaria!

Mei no dijo nada.

—No sabe usted quién es, ¿verdad? —el señor Peng le dio algunos sorbos al té.

—No.

—Es Kaili, la última estrella que hemos lanzado. La canción la tiene que haber oído. Es

la banda sonora de la película *Caballeros celestiales*.

–Lo siento –Mei no había visto la película. De hecho, hacía mucho tiempo que no iba al cine.

Los bosques de bambú y un río dejaron paso a una boda; luego, una travesía, nieve, y Kaili con una voz como de fuego. El señor Peng apagó el vídeo.

–En este momento Kaili es nuestra estrella más importante. Algún día podría llegar a ser tan grande como Tian Tian –el señor Peng hizo una pausa–. Pero ha desaparecido.

–¿Qué quiere decir?

–No logramos encontrarla. Ha faltado a compromisos. No ha pasado por su apartamento. Nadie la ha visto ni ha sabido de ella. Estamos sufriendo un bombardeo de llamadas de periodistas que preguntan qué le ha pasado. ¡Y está contratada para actuar en la gala de las Fiestas de la Primavera dentro de dos semanas! Tenemos que encontrarla.

–¿Cuánto tiempo hace de esto?

–Cuatro días.

–¿Por qué ha esperado hasta ahora para ponerse en contacto conmigo?

–Al principio pensamos que era otra de las tuyas. Al ver que no aparecía, su ayudante preguntó en los balnearios y las salas de fiesta a los que suele ir, habló con gente que ella conoce, y yo fui a su apartamento.

–Cuando dice «otra de las tuyas», ¿a qué se refiere?

–Ya había ocurrido antes... alguna vez. Desaparecía sin decir palabra, a veces un día o dos, a veces más tiempo.

–¿Qué ocurrió aquellas veces?

–O la encontramos o volvió a aparecer ella sin más. Ya sabe cómo son estas estrellas del pop, con sus caprichos y sus cambios de humor. Kaili es una buena cantante, con mucho carisma... y con temperamento artístico; pero hace un año la encontramos en el hospital de Xiehe, con una sobredosis.

–¿Es drogadicta?

–Consume drogas, unas veces más que otras. No siempre es culpa suya. Hay demasiadas malas influencias a su alrededor –el señor Peng sacó una cajetilla y un mechero dorado–. El miércoles pasado Kaili dio un concierto en el Estadio de la Capital. Manyu, su ayudante, la pondrá al tanto de los detalles. Después de eso, desapareció.

–¿Qué hay de su familia? Puede que ellos sepan dónde está.

–Sus padres viven en Hangzhou y no se trata con ellos –el señor Peng le lanzó un pedazo de papel doblado por encima de la mesa–. Aun así les envié un telegrama por si sabían algo. Pero no; esto es lo que han respondido.

Mei lo recogió. Había sido expedido el día anterior a las cuatro y cuarto, dirigido al señor Datong Peng, director ejecutivo, compañía discográfica Guanghai, paseo de Fuchang, 356, Pekín. Decía:

NO SABEMOS DÓNDE ESTA KAILI STOP
HAY ALGÚN PROBLEMA INTERROGACIÓN
GANG KANG.

El señor Peng encendió un pitillo.

—A mí no me sorprende. Llevan años sin hablarse. Sus padres renegaron de ella cuando dejó la universidad. Cuando yo la conocí, vivía en Pekín con un empresario.

—¿Ha dado usted parte a la policía?

—¡Desde luego que no! ¡No puedo permitir que se sepa que he perdido a una de mis mayores estrellas!

Sonó el teléfono. El señor Peng frunció el ceño. Esperó a que parara de sonar, pero al ver que no paraba agarró el auricular:

—¡He dicho que no quiero llamadas! —explotó—. Dile que estoy ocupado... di que estoy en una reunión... ¡maldita sea, es que lo estoy! —daba la impresión de que quería colgar de un golpe: le temblaban las manos de puras ganas de hacerlo. Pero algo le hizo contenerse. Cogió un bolígrafo y tamborileó con él en la mesa—. Está bien, pásame con ella. Hola, mi amor, ¿qué te pasa? —dijo con calma, una sonrisa flotándole en la cara—. ¿Cómo es que no estás en el cole?

Mei se sintió incómoda de estar escuchando una conversación privada. Pero el señor Peng parecía haberse olvidado de su presencia. Se había repantingado en su asiento y le daba vueltas a una estilográfica de oro, contemplando el reflejo de luz que despedía.

—¿Que mamá está llorando? ¿Por qué? Déjame que hable con ella.

Mei miró por la ventana. Seguía nevando. Oyó al señor Peng decir:

—No te preocupes, mi amor. Mamá tiene un agujerito en el corazón; no puede respirar si se le dan disgustos. He estado trabajando, cielo. Siempre estamos muy ocupados en esta época del año. Mamá lo sabe. Entiendes por qué lo hago, ¿verdad? Por ti y por mamá. Te voy a hacer un regalo muy especial por las Fiestas de la Primavera... No, aún mejor que eso... Vas a tener que esperar. Ahora vete al colegio, y yo intentaré ir a casa esta noche... No puedo prometértelo, pero lo intentaré. Habla con mamá. A lo mejor podéis ir las dos a Hong Kong la semana que viene, a hacer algunas compras para las fiestas.

El señor Peng colgó y dejó caer la pluma sobre su mesa.

—Mi hija. Es una chica inteligente, va a cumplir los catorce. Lástima que no vaya bien en el colegio. Su madre no se ocupa de ella. ¡Esa mujer! Le he dado todo lo que haya podido desear: un piso grande, una casa en el campo, un coche, un conductor y tres criadas... pero está todo el tiempo haciéndose la enferma. Que si tiene jaqueca, que si le cuesta respirar, lo del corazón... Se ha sometido a todo tipo de tratamientos: medicina china, acupuntura, ventosas. Una de las criadas se pasa casi todo el día preparándole infusiones de hierbas. ¿Se acuerda de esas bebidas de hongos que hicieron furor el año pasado, que los cultivabas en una especie de brebaje y al final te bebías el caldillo? Mi

mujer tenía tantos tarros de éstos que el piso estaba invadido. Parecía un laboratorio lleno de medusas en peceras. Está mal de la cabeza, y es una mala influencia para mi hija. ¿Pero qué le voy a hacer? Yo estoy siempre en el trabajo. ¿Cree usted que debería meter a mi hija en un internado? Hay gente que me dice que debería hacerlo.

El señor Peng se puso de pie y anduvo hacia el ventanal. Era bajo pero perfectamente proporcionado. Tenía la cara bien dibujada y plana. Sus ojos eran pequeños pero no apagados. La combinación de estos elementos, sin embargo, resultaba anodina, como si quienquiera que los hubiese ensamblado los hubiera escogido al azar. Parecía que nada estaba en su sitio. La espesa mata de pelo, que en otro podría haber resultado juvenil, en él sólo sugería desenfreno.

El señor Peng contempló la nieve como si no la hubiera visto nunca antes. Finalmente dijo, en tono grave:

–Señorita Wang, necesito que encuentre usted a Kaili. Estoy preocupado. Esto ya no es propio de ella, y no hay noticia de que nadie la haya visto. Para una persona como ella, eso es casi imposible.

–¿Sabe mucha gente que ha desaparecido?

–De la empresa, sólo Manyu y yo. Puede que otros se hayan dado cuenta de que algo no marcha bien.

–¿Y qué hay de sus amigos?

–No tiene amigos. Tiene un par de rémoras que viven a su costa, pero ella los odia.

El señor Peng volvió a su escritorio. Abrió un cajón.

–Aquí tiene una llave del apartamento de Kaili. Y quiero que vea a su ayudante. Con su ayuda sabrá por dónde empezar.

Mei la cogió.

Él llamó por teléfono a su secretaria.

–La señorita Wang se va. Por favor, llévela a donde Manyu.

Se quedó mirando a Mei.

–Encuéntrela, por favor. Llámeme por teléfono en cuanto sepa algo.

La puerta se abrió y allí estaba otra vez la Señorita de Rosa.

4

El señor Zhang, conductor de trenes de mercancías, llevaba veintidós años recorriendo de punta a punta aquel ramal del ferrocarril.

–Me llaman el Viejo del Ferrocarril (Lao Tielu). Lo he visto todo. La gran tormenta de nieve de 1982: nos quedamos tirados durante cinco días. Creí que nos moríamos –el señor Zhang tenía una toalla alrededor del cuello y fumaba de una pipa llena de tabaco. Llevaba puesta una gorra de ferroviario incluso cuando se quitó la camisa y se quedó a pecho descubierto. Hacía calor en la cabina. Dio unas caladas a su pipa, contempló cómo Lin alimentaba la caldera, y siguió hablando:

–El ferrocarril de Gansú se construyó en los años cincuenta y sesenta. Lo bautizaron «Descubrimiento y Desarrollo del Oeste». Mi padre fue uno de los que acudieron a la llamada del Partido; él era de Hangzhou, ingeniero. Un proyecto impresionante... Decían que era la Nueva Ruta de la Seda.

El señor Zhang comprobó el nivel del agua y el termómetro. Se asomó por fuera de la cabina para ver por dónde iban.

–Deja de echar carbón –le dijo a Lin–. Ya es momento de ir frenando.

»Hace tres años, mi padre volvió a su pueblo de visita. Dijo que todo estaba cambiado. En todas las casas había nevera y televisor en color. Yo no me lo podía creer. Y los ricos de verdad tenían coche. Es difícil hacerse rico aquí en Gansú, donde sólo hay arena y piedras. ¿Es fácil hacerse rico en Pekín? Me imagino que ya debe de ser rico todo el mundo, con todos los peces gordos esos. Yo nunca he estado en Pekín, pero mi padre fue una vez, a un congreso del ferrocarril. Se pasó años presumiendo de aquello. Contaba que Pekín es tan grande que se puede andar en cualquier dirección sin llegar nunca a las afueras. Que las avenidas eran tan anchas que habrían cabido cinco autobuses juntos. Igual voy yo algún día, aunque sólo sea para verlo con mis propios ojos.

Caía el crepúsculo mientras de los campos se elevaba la niebla, al principio despacio, y luego ya estaba oscuro. Por fin llegaron a su destino: un depósito de mercancías. Lin se apoyó en el fondo de la cabina, mirando cómo el fuego se iba extinguendo en la caldera. Tenía la cara cubierta de sudor, los brazos y la camiseta tiznados de negro. Se frotó las palmas de las manos, buscándose el color de la piel.

–Yo paso aquí la noche y salgo otra vez por la mañana –le dijo el señor Zhang–. No puedo llevarte más lejos. De aquí a Lanzhou, la policía de ferrocarriles está al acecho.

Yumen está a unos ocho kilómetros, no muy lejos. Vete allí y coge un tren de pasajeros para Lanzhou.

Se dijeron adiós entre una locomotora y una ristra de vagones de carbón.

Lin no supo si debía echarse a andar hacia Yumen directamente o esperar a que se hiciera de día. Se puso a deambular sin objetivo por el depósito de mercancías. Ni siquiera sabía por dónde se iba a Yumen.

Dos luces que se movían de un lado a otro se aproximaron; las llevaban un hombre y una mujer con uniformes ferroviarios.

—¿Qué está haciendo aquí? —la mujer apuntó con su farol a la cara de Lin.

—No está permitido el paso a la estación de mercancías —añadió el hombre.

Lin volvió la cara hacia un lado.

—Ésta no es la estación de pasajeros —la mujer tenía la cara redonda y el pelo corto y liso.

Esta vez fue el hombre quien dirigió su luz hacia Lin:

—Éste no quiere pagar como todo el mundo. Maldito campesino— le arrancó a Lin su hatillo—. ¡Dame eso! —se lo destripó entero—. Hermana Mayor, éste no es pobre. Mira esto —desplegó la chaqueta Mao nueva que le habían dado en el campo de *lao gai*.

—Fuera de aquí —le instó la mujer—. Si no se va, le va a coger la policía de la estación de mercancías.

—Es un delincuente. Mírale la cabeza rapada; se ha escapado de la cárcel. O peor aún, puede que sea un saboteador. Deberíamos entregarlo a las autoridades.

—Ése no es nuestro trabajo —la mujer le tiró de la manga—. Vamos a terminar de colocar los faroles y nos volvemos a casa. Tú déjaselo a la policía.

El hombre arrojó el hatillo a los pies de Lin y ladró:

—¡Fuera de la estación!

La mujer volvió a darle un tirón en la manga y se fueron, balanceando sus faroles para que otros trabajadores pudieran saber dónde estaban.

Lin recogió su hatillo y avanzó en sentido opuesto, pasando junto a monstruosos vagones negros con caracteres blancos, como el ojo del mal, en los costados. Iba tropezando en la grava y en la accidentada vía. Las piedras afiladas se le clavaban en las suelas de esparto de los zapatos. Cruzó una vía y corrió junto a una hilera de vagones de carga. Oyó a los trabajadores gritar a cierta distancia. El brillo de un foco apareció justo delante; buscó un resquicio entre los vagones y luego cruzó al otro lado.

No podía dejar que le cogiera la policía de la estación de mercancías. Lo encerrarían otra vez. Un preso reformado seguía siendo un delincuente.

Quería salir de la estación, donde había luces, ahora por todas partes, y voces.

Lin tiró de la puerta de un vagón, pero estaba cerrada con llave. Los focos y las voces estaban más cerca. Probó con otro: se movió un poco. Tiró con todas sus fuerzas y la puerta se abrió deslizándose. Arrojó su hatillo dentro y trepó tras él.

Cerró la puerta y tanteó el camino hasta una esquina. Cuando los ojos se le hubieron

acostumbrado a la oscuridad, vio debajo de la puerta una luz tenue, que se fue haciendo más intensa y más nítida mientras la observaba. Lin se puso tenso.

Poco a poco la luz fue atenuándose hasta dejarlo sumido en la oscuridad. Sintió un escalofrío. Sacó toda la ropa que llevaba en el hatillo y se la puso, con la chaqueta Mao bien ceñida encima. Decidió quedarse donde estaba hasta que se hiciera de día, y buscar entonces el camino de Yumen.

Se enroscó en la esquina, escuchando. Oyó el grito de un búho, el chirriar de las vías al correr los trenes sobre ellas, sonidos amortiguados que podían ser pasos de hombres o de animales silvestres.

El vagón estaba vacío, pero persistía el olor a mena de hierro. Le recordaba una estación de tren de hacía mucho tiempo, cuando él era joven y estaba recién llegado al océano, cuando viajaba a casa desde la universidad, cuando le dijo adiós a ella, cuando se sentó frente al tren en aquella fatídica noche en que el verano había llegado demasiado pronto...

Cuando Lin se despertó todavía estaba oscuro, pero el tren se movía, las ruedas martilleando a ritmo lento. Intentó levantarse, pero se le habían dormido los pies. Se desplazó hacia la puerta, buscándola con las manos, encontró la palanca y empujó. La puerta se deslizó a un lado revelando un paisaje lunar; distinguió vallas, los mojones de piedra blanca de las vías y, a lo lejos, alguna choza de vez en cuando, más allá de la cual las escarpadas montañas se elevaban hasta el cielo.

Un viento de hielo le golpeó como un tiro en el corazón, y cayó de rodillas.

Era libre. Estaba volviendo a casa, a la ciudad de sus recuerdos de infancia, a los estrechos callejones y el aroma de los picatostes en las mañanas de verano, al portón que se desmoronaba y el anciano arce; él había escondido pequeños tesoros en sus grietas.

Se agarró a la puerta, los dientes castañeteándole. El tren estaba doblando una curva, la locomotora resoplaba nubes blancas. Lin se quedó mirando a lo lejos mientras el horizonte palidecía. Una mañana nueva.

5

La ayudante de Kaili, Manyu, tenía un despacho en la cuarta planta del edificio de la compañía discográfica Guanghai. Era un cuarto pequeño con una ventana que daba a la calle. Las paredes estaban desnudas y había un biombo chino en una esquina.

Cuando la Señorita de Rosa y Mei llegaron, Manyu estaba al teléfono. Sonrió al micrófono y les dijo por señas que entraran.

–Debería ponerse mejor en un par de días... ¿Por qué iba yo a mentirle...? Por supuesto, prometido –colgó y su sonrisa se desvaneció–. La prensa –dijo.

La Señorita de Rosa presentó a Mei:

–Ésta es la señorita Wang.

Manyu se puso de pie. Era de aspecto corriente, de unos veintimuchos o treinta y pocos años. Una pequeña nariz le salía de la cara lo mismo que los pechos le brotaban del cuerpo. Llevaba un jersey amplio con una camisa de cuadros y pantalones grises. Tenía una sonrisa cálida pero que no la ayudaba, como a la mayoría de las mujeres, a parecer más atractiva.

–La estaba esperando.

Señaló las dos sillas que había frente a su mesa.

–Yo me vuelvo arriba –dijo la Señorita de Rosa. Puede que su observación fuera en parte para Manyu, pero no la miró–. Cualquier cosa que necesite, señorita Wang, llámeme, por favor –le hizo a Mei un gesto afirmativo, dio media vuelta y salió: repique de tacones rosas.

–Gracias –le gritó Manyu. Pero la Señorita de Rosa había desaparecido–. No sé qué le habrá contado el señor Peng –dijo Manyu sentándose.

–Poca cosa.

Manyu asintió sin mirar a Mei a los ojos.

–En ese caso será mejor que empiece por el principio. La semana pasada, la Asociación de Trabajadores de China preparó una Celebración de Excedentes de Producción y Bienvenida a las Fiestas de la Primavera. Había un montón de famosos allí: Tian Tian, Chen Jung, que acababa de ganar un premio de cantes populares en Budapest, Tontín y Tontón y el Grupo de Danza del Ejército de Liberación Popular. Kaili era la novedad de este año, una de las estrellas. Es muy conocida, aunque sólo sea porque canta la canción de *Caballeros celestiales*. Después del espectáculo fui a su camerino. Le llevé té de miel y tabaco. No me quedé a charlar; después de las actuaciones está

agotada y prefiere no hablar. Puede llegar a ser complicado, pero yo tengo que estar preparada para atenderla esté ella del humor que esté. La dejé para ir a mirar la entrada de artistas. A Kaili le gusta saber cuánta gente hay ahí esperando para verla; le gustan ese tipo de cosas. Luego fui a avisar al conductor. Es probable que estuviera lejos de ella una media hora.

–Eso parece mucho tiempo.

–Bueno, me tropecé con gente que conocía. En la industria de la música todo el mundo se conoce, sobre todo los ayudantes y los relaciones públicas –Manyu titubeó.

Sonó el teléfono. Manyu esperó a que parara, luego le preguntó a Mei si podían ir a algún otro sitio.

–Me temo que habrá más llamadas; todo el mundo pregunta por Kaili. Podríamos bajar a la cafetería, si quiere.

Mei estuvo de acuerdo. Manyu se levantó y desapareció tras el biombo. Emergió con dos grandes dietarios.

–Yo me ocupo de que se cumpla el programa de Kaili y le hago los recados. Éstas son las anotaciones.

La cafetería estaba en un patio de techo de cristal, con una fuente de roca en el centro, palmeras y hiedra. Mesas de tapa de cristal con soporte negro salpicaban el suelo de color melocotón.

–Los árboles son de plástico –explicó Manyu.

Un fotógrafo, un maquillador y algunas modelos pululaban por entre el verdor sintético. Parecía que estaban haciendo un reportaje de moda.

Un alto camarero con camisa blanca y pantalón negro se acercó a ellas.

–¿Qué les puedo traer? –preguntó inclinándose levemente.

Mei pidió café con leche y Manyu leche de coco. Continuaron por donde lo habían dejado.

–¿Qué pasó cuando usted volvió? –preguntó Mei.

–Esperé a la entrada de su camerino –Manyu apiló los dietarios sobre la mesa, alineándolos con precisión.

–¿Es normal que no entrara a ver cómo estaba ella?

–Pues no; yo no soy su guardaespaldas. A veces entro, a veces espero a que me llame. ¿Cómo iba yo a saber que iba a desaparecer? No había nada en ella o en su entorno que pudiera haberme puesto sobre aviso. Yo hacía mi trabajo como llevo dos años haciéndolo. Soy una buena ayudante, concienzuda, trabajadora y organizada. Kaili se lo diría si pudiera preguntarle a ella.

–Pero no estamos hablando de usted.

–Pues da la impresión de que sí. Usted sospecha algo de mí. El señor Peng piensa que no he hecho correctamente mi trabajo. Pero los últimos meses han sido una locura. Kaili tenía un montón de actuaciones, compromisos y entrevistas con la prensa. Yo tenía que encargarme de muchas cosas, y el caos no se me da bien.

De la sesión fotográfica llegó un grito, luego hubo un revuelo.

–¿Ha estado alguna vez entre bastidores en una actuación? –Manyu la miró como si estuviera justificándose—. Es desquiciante: el atrezzo, los trajes, con tanto ruido y tanta gente... Yo tengo que lograr que todo esté preparado: la ropa de Kaili, bastoncillos de algodón, caramelos de limón, tabaco, pastillas... Tiene que tomarse el té a la temperatura exacta: templado, no caliente.

–¿Es difícil Kaili para trabajar con ella?

–No. Me gusta mi trabajo y el sueldo es bueno. He aprendido muchísimo de este negocio, he conocido a muchísima gente interesante. Kaili no es una persona fácil, pero los famosos no lo son nunca. Les gusta que las cosas se hagan a su manera.

El camarero les trajo lo que habían pedido, luego volvió a dejarlas solas.

–¿Cuándo te diste cuenta de que Kaili se había ido? –preguntó Mei.

–Cuando se hubo marchado toda aquella gente, me imagino, alrededor de medianoche. No la había visto y estaba preocupada, así que fui a llamar a su puerta. No hubo respuesta. No estaba segura de si debía entrar, pero al final entré y ella no estaba. Primero pensé que quizá hubiera ido a hablar con alguien, pero casi todo el mundo se había marchado y los camerinos estaban vacíos. Entonces pensé que podía haberse ido sin mí, pero el coche seguía ahí. Nuestro conductor se había quedado dormido apoyado en el volante.

–¿Estás segura de que estuviste todo el tiempo a la puerta de su camerino?

–Sí; para que pudiera encontrarme si me necesitaba.

–Entonces es imposible que se fuera sin que tú la vieras.

–No necesariamente, si lo que quería era escabullirse. Pero los porteros de la entrada de artistas tampoco la vieron salir. Yo pensé que a lo mejor se había ido con alguien, pero en ese caso los porteros se habrían dado cuenta.

–¿Podría llevarme al Estadio de la Capital? Me gustaría echar un ojo entre bastidores.

–¿Hoy?

–Cuanto antes mejor.

6

Lin salió del vagón en cuanto se detuvo el tren. Fuera hacía calor. Empezó a andar, mirando hacia atrás a cada pocos pasos, pero no le estaba persiguiendo nadie. El tren parecía haberse parado sin causa alguna. No se estaba cargando ni descargando nada. Al resplandor del sol, parecía un rosario de gigantescas cuentas negras.

Al cabo de unos tres kilómetros llegó a una estación consistente en un andén y una sola ventanilla de venta de billetes. Un cartel abollado rezaba: «Valleseco». Había dos jornaleros de piel morena acucillados junto a unos sacos, fumando tabaco de liar, y una mujer de edad imprecisa sentada en un taburete, a sus pies una cesta de huevos duros, su cabeza envuelta en una toalla. Junto a ella, un niño pequeño de cara grande y ojos rasgados; llevaba sólo un par de pantalones de algodón con agujeros en las rodillas que le estaban grandes. De cuando en cuando soltaba una risilla. A ratos hacía sonidos que parecían palabras pero resultaban incomprensibles.

Lin compró un billete para el siguiente tren de pasajeros, un tren lento que iba hacia el este. El hombre de la ventanilla bufó al ver su certificado de dispensa de *lao gai*, el documento de identidad que había que enseñar para comprar billetes de tren, pero puede que estuviera demasiado cansado o que tuviera demasiado calor para retenerle. O que le trajera sin cuidado.

Lin compró un huevo, lo limpió frotándoselo en la camiseta, tiró la cáscara al lado del andén y se lo comió. Entonces se dio cuenta del hambre que tenía y compró otro. La mujer se sacó de la espalda una cantimplora militar de aluminio. Sonrió, enseñando sus dientes picados, y se la ofreció a Lin.

–¿Qué provincia es ésta? –le preguntó él.

–Gansú –respondió la mujer.

«Aún en las montañas», maldijo Lin. La tierra era como una mano gigantesca que en cualquier momento podía cerrarse de golpe, atrapándolo.

Se sentó sobre su hatillo cerca de los jornaleros, que continuaban fumando y pasándose el tabaco el uno al otro sin decir esta boca es mía. El niño se había trepado al regazo de la mujer de los huevos y estaba mamando de su pecho. Lin contempló el conjunto que formaban la madre y el niño medio desnudo. Daba la impresión de que no existían como cuerpos independientes, sino como parte de la tierra y el aire.

Las cigarras cantaban en los arbustos secos. Un buitre que había estado planeando por

encima desapareció, probablemente porque encontró presa. A cada bocanada de aire, Lin sentía que el calor lo reseca.

Por fin el tren llegó y él se subió. Los vagones estaban casi vacíos y tenían bancos de madera por asientos. Por la ventana contempló la puesta de sol: un disco abrasado hundiéndose en la tierra gris. Al llegar la noche se recostó, haciéndose almohada con su hatillo, pero el sueño fue ligero y duró poco. Los estrechos listones del asiento le herían los huesos.

Sus sueños, cuando los tuvo, fueron entrecortados y horripilantes. Allí estaban la negrura de la celda de aislamiento y el infecto olor de los desechos. Cuando el tren se detuvo, las luces de la estación lo despertaron. Volvía a sentirse asustado, y confundido. Vio al Recluta retorciéndose, la cara ensangrentada, el horror de la muerte de su amigo el día en que el horno de cal se desplomó.

Sintió primero frío, luego calor. Tiritó en la oscuridad y a la luz del día.

Al final del segundo día, el paisaje había cambiado. La tierra era ahora amarilla con altiplanos dentados y arenosos riscos. El tren estaba atravesando la comarca del río Amarillo. Por un instante fugaz, Lin sintió amor por su país. Le vino a la mente un tropel de poemas sobre el imponente río, aunque sólo se acordaba de fragmentos. «Juventud», pensó con nostalgia: «qué bella palabra. Pero ¿de qué sirven las palabras cuando no se tiene ni amor ni esperanza?».

A la mañana siguiente Lin se despertó hambriento, con rayos de sol derramándose por la ventana. El tren iba otra vez por las montañas, pero esta vez había escarpadas laderas verdes, y por debajo un paisaje abierto de maizales y trigo. Casas de adobe de oscuros tejados entrelazados se erguían en la orilla de los campos.

Cuando el sol salió, apareció un pueblo y el tren redujo la marcha. Una carretera corría paralela a los raíles. Los campesinos porteaban pesadas cargas en *bian dian* (pértigas de bambú cruzadas sobre los hombros) y andaban bamboleándose; los carros tirados por burros los adelantaban. Niños desnudos jugaban a la puerta de sus casas. Cuando vieron el tren, pararon de jugar y gritaron: «*Houche! Houche!*» («¡Coches de fuego!»). Dos o tres de ellos corrieron junto al tren, con los traseros de un blanco deslumbrante al sol.

El tren pasó junto a más casas en las que había mujeres tendiendo sus coladas, y luego paró en una estación. Lin se apeó. Había llegado todo lo lejos que su billete le permitía, hasta el final de la línea. Se tocó la cinturilla del pantalón y sintió el crujir del dinero: sus últimos diez yuanes. Se echó el hatillo al hombro e inspiró una profunda bocanada de aire cálido.

El Estadio de la Capital se vislumbraba entre los remolinos de nieve. Mei entornó los ojos. Sólo logró distinguir las banderas rojas del tejado. Desde que podía recordar, el Estadio de la Capital era donde se había celebrado todo: el campeonato mundial de ping-pong, los aniversarios del Partido Comunista, la Fiesta de Mayo y el Día de la Nación y, por supuesto, la gala nocturna de las Fiestas de la Primavera.

Era tradición que las familias se reunieran la noche del Año Nuevo chino para darse un festín y ver por televisión la gala nocturna de las Fiestas de la Primavera. En el campo, donde pocas familias poseían un televisor, los aldeanos y sus familias viajaban kilómetros para ver ese concierto, en el que actuaban los actores y los cantantes más famosos del país. Los máximos cargos del Partido asistían siempre, así como estrellas especialmente invitadas de Hong Kong o de Japón.

Algunos años antes, cuando trabajaba en el Ministerio de Seguridad Pública, Mei había asistido a la gala. Un casamentero le había presentado a Yuan Yuan, el menor de los hijos de una familia revolucionaria de toda la vida, los Chou, que asistían a la gala todos los años. Invitaron a Mei a ir con ellos y la sentaron entre los padres. El general Chou apenas dijo palabra, ni a ella ni a nadie. Se aplicaba a estar sentado en su butaca con la misma intensidad con que habría dirigido una batalla campal. Yuan Yuan estaba sentado al otro lado de su madre, aburrido. A veces aplaudía para hacer ver que se lo estaba pasando tan bien con el espectáculo como todos los demás. La señora Chou, en cambio, no paró de hablar. Quería saberlo todo de Mei: su trabajo, sus amigos, sus valores, sus opiniones sobre la política del Partido, su madre, su hermana, y el tipo de esposa que sería.

Más adelante Mei se quejó ante su hermana de aquel interrogatorio, pero Lu sólo dijo:

–Es evidente que te tienen que hacer todas esas preguntas. Necesitan estar seguros de que eres apropiada para Yuan Yuan y su familia. Míralo por el lado positivo.

Mei se preguntó qué habría sido de Yuan Yuan. Había dejado de llamarla cuando ella se negó a ser amante del ministro y renunció a su cargo.

Mei y Manyu cruzaron con paso rápido la plaza que había ante el Estadio de la Capital. Por delante de ellas, una sombra se movía en la ventisca. Al ir acercándose vieron que era un joven con una lanza. Sólo llevaba un chándal, sin gorro. Iba moviendo la lanza, y la borla de la punta revoloteaba de aquí para allá. Manyu le echó una mirada a Mei. Sus ojos parecían preguntar: «¿Por qué?». Mei también se lo preguntaba. ¿Quién

iba a practicar el kung fu en mitad de una tormenta de nieve? Puede que el tiempo estuviera volviendo loca a la gente.

Siguieron adelante y continuaron hablando. Mei recordó la llave del apartamento de Kaili que le había dado el señor Peng y preguntó qué relación tenía con él la cantante.

Manyu se asomó fuera de su capucha. Parecía un pajarillo.

–¿En qué sentido?

–Ya sabe lo que quiero decir. ¿Era una relación íntima?

–No lo sé. Pero el señor Peng se ha involucrado en la carrera de Kaili, lo cual es bueno para ella. Él tiene mucho poder, es un fabricante de estrellas. Al fin y al cabo, fue él quien descubrió a Tian Tian.

Mei pensó que una ayudante personal debería estar al corriente de la vida amorosa de su jefa. Manyu no estaba diciendo la verdad.

–¿Le tienes miedo al señor Peng? –le preguntó de pronto.

La nieve caía entre ellas. Manyu apartó la mirada.

–Hago mi trabajo y nada más.

Rodearon el estadio hasta la parte de atrás, que estaba cubierta de andamios. Había pilas de ladrillos, vigas de madera y largas formas envueltas en plásticos azules dentro de una zona circundada por una verja de plástico verde. Un vigilante con chaleco de seguridad permanecía acuclillado sobre un montón de postes de hierro, tiritando. Obreros con abrigo guateado de invierno y casco se debatían en la nieve, empujando carretillas.

Esperaron junto a la puerta de artistas al encargado del recinto, que iba a dejarlas entrar.

–Cuéntame más de Kaili. ¿Bebe? –Mei se caló el gorro de lana hasta las orejas.

–A veces, en las fiestas. Y a veces ella sola.

–¿Mucho?

–Depende. Bueno, algunas fiestas se descontrolan. En realidad una no puede... A veces... Ella tiene sus cambios de humor...

–¿Y drogas?

–No –Manyu fue rápida y enérgica–. Kaili no está metida en drogas.

Recordando lo que el señor Peng le había contado sobre el pasado de problemas con la droga de Kaili, Mei tuvo ahora la certeza de que Manyu no estaba siendo sincera. Pero ¿por qué? ¿Tenía miedo? ¿Sería culpable de algo? ¿Qué estaba ocultando?

Se abrió la puerta de artistas. Un hombre con chaqueta oscura y corbata, carpetilla en mano, las condujo al interior. Se presentó a sí mismo como Huang, gerente del recinto.

–Me han dicho que la lleve a los camerinos, ¿no es eso? ¿Qué quiere usted ver?

–Todavía no lo sé –dijo Mei.

Mei y Manyu se quitaron las chaquetas guateadas, los gorros y los guantes. Mei sacudió el suelo con los pies para que se le desprendiera la nieve de las botas, produciendo sonoras resonancias.

El señor Huang las condujo a un largo pasillo donde unos albañiles estaban enyesando

y pintando las paredes mientras un capataz, con los brazos en jarras, daba instrucciones a gritos.

–Renovación –dijo el señor Huang–. El edificio tiene ya cuarenta años. Necesita un montón de remiendos. El año que viene van a rehacer este sitio entero, lo cual significa que tendremos que cerrar por un tiempo.

Había un grupo de cinco o seis hombres jóvenes en cuclillas junto a la pared, comiendo arroz y tallarines en sus tarteras. Dejaron de hablar para observar a los visitantes. Más allá, unos electricistas tiraban de los cables y pedían a gritos herramientas mientras trabajaban en las luces.

–¿Hoy no ha venido nadie más que vosotros? –le ladró el señor Huang a uno–. ¿Y ya comiendo? ¡Pues no os podéis marchar hasta que esté acabado el trabajo!

El hombre se puso de pie.

–Es por el tiempo que hace. Muchos viven lejos.

–Os voy a recortar la paga como no terminéis a tiempo para la gala de la Fiesta de la Primavera.

Al minuto siguiente, Mei oyó al capataz metiendo prisa a los hombres para que volvieran al trabajo.

–¿De dónde saca usted los albañiles? –le preguntó Mei al señor Huang.

–Vienen de todas partes. Los electricistas son de Pekín, algunos de pueblos de las afueras, de Chang Ping o de Ping Gu. Otros son trabajadores de provincias, jornaleros. Cobran poco y trabajan mucho. Pero tanto pagas, tanto te llevas. La calidad es un problema –escupió–. El trabajo en la construcción solía ser una profesión respetada, empleo estatal, con buen sueldo... Ya no. En estos tiempos, a todo el mundo se le ha ocurrido una manera mejor de ganar dinero y nadie tiene ganas de sudar y dar el callo. Yo fui un día obrero veterano. Sabíamos cómo hacer las cosas.

El pasillo se hizo más estrecho y más oscuro. Las pocas ventanas que había estaban cubiertas con paneles sucios, y había tablones de madera apilados al pie del muro. Mei contempló a los trabajadores de provincias, que lijaban, martilleaban y pintaban. Volvió a pensar en Gupin. Él había trabajado en la construcción cuando llegó a Pekín por primera vez. Se imaginó entonces que era uno de aquellos hombres, el sudor goteando de su frente. La recorrió un escalofrío. Gupin nunca llegaba tarde; y todavía no se había puesto en contacto con ella; podía haberle ocurrido algo malo esa mañana.

Doblaron por un pasillo desnudo, oscuro. Algunos accesorios de teatro, dos mesas plegables, una escalera, dos fregonas y un cubo se habían quedado por allí tirados. El señor Huang tiró de una cuerda que pendía del techo. Unos tubos de neón parpadearon y se iluminaron.

–Los camerinos –el señor Huang señaló con la mano la fila de puertas.

–Éste era el de Kaili –Manyu señaló uno.

Mei entró y encendió la luz. No había ventanas. El cuarto estaba vacío salvo por una

camisa blanca colgada en un gancho de la pared. Mei la descolgó. Era de hombre, talla grande, deshilachada por el cuello y el dobladillo. La etiqueta decía: «Gran Belleza».

–¿Cuándo ha sido la última función? –gritó hacia el señor Huang.

–Ayer.

Mei se llevó la camisa a la nariz pero no olía a nada en especial. La devolvió al gancho.

–Los camerinos se acaban de limpiar –añadió él.

Las lámparas del techo proyectaban un resplandor suave. En el aire persistía un olor a cerrado. Estaba claro que sólo había una forma de entrar y salir de aquel sitio: por la puerta. ¿Cómo había podido Kaili salir sin que la vieran? Mei se lo preguntó a sí misma, mirando a su reflejo en el espejo.

Un débil martilleo la distrajo. Salió del cuarto y anduvo por el pasillo adelante.

–¡Pero si el escenario está por allí! –la llamó Manyu.

Mei siguió andando hacia el lugar de donde venía el ruido. Al fondo, el pasillo había sido cerrado con un tabique provisional y un cartel: «En obras. No pasar». Escuchó, pero no oyó nada del otro lado de la mampara.

8

La aldea, Nanguan, tenía una calle principal. En ella las casas eran de adobe, quitando el Salón del Comité Revolucionario de la Aldea y de Seguridad de la Aldea, que era de ladrillo. Había unas pocas tiendas: un almacén, una tienda de ultramarinos, una carnicería, un herbolario, una repostería con comercio de té y dos casetas que vendían tortitas de cebollino y *wotou*.

Era día de mercado. Los campesinos andaban deprisa, con cestos de verduras colgados de sus *bian dian*. Las mujeres llevaban alforjas de bambú en brazos o sobre la cabeza. Carros tirados por burros o por bueyes transportaban cerdos, gallinas y personas. A cada diez metros, un nuevo grupo se apiñaba sobre las bicicletas y los carros de burros, intentando arreglar cadenas y neumáticos. Un viejo autobús se había averiado ante el Salón. El conductor tenía el capó levantado y estaba hurgando en el motor. Un grupo de hombres lo rodeaba, mirando algunos, otros dando consejos.

Lin compró el almuerzo en un puesto de comida: dos *wotou* y un gran cuenco de *pao mo* (pan desmigado en caldo). Los *wotou* no se parecían a los que comía en el campo de *lao gai*. Estaban calientes y hechos de harina fresca de maíz. Mientras comía, Lin contempló a los transeúntes. Pasaban grupos de hombres jóvenes con sus mejores camisas y pantalón de poliéster. Las chicas iban de la mano y soltaban risitas nerviosas. Dos campesinas de largas trenzas pasaban en un carro tirado por un burro. Aparentaban unos dieciséis años, la silueta de los pechos se vislumbraba bajo las blusas ligeras. Sintió que se le despertaba una lujuria melancólica.

Al otro lado de la calle, sentado en una silla plegable, un barbero ambulante esperaba clientes. Lin cruzó.

–¿Cuánto?

–Afeitar, cortar y lavar, cinco yuanes.

Lin aceptó asintiendo con la cabeza. El barbero desocupó la silla plegable para que él se sentara.

–Deja el hatillo en el suelo –le dijo afilando una navaja de afeitar en un trozo de cuero–. Yo te lo miro.

Pero Lin siguió agarrado a sus pertenencias.

–¿Vienes de muy lejos, hermano? –le preguntó el barbero.

–Sí.

–¿De dónde, y adónde vas?

Lin se lo pensó.

–De Gansú.

–No tienes acento de Gansú.

–Gansú no es mi *laojia* –admitió rápidamente Lin–. Mi tierra está más al oeste, en el altiplano de Qinghai.

El barbero le humedeció la cara con una toalla. Tenía los ojos muy separados y aún se le estiraban más hacia atrás cuando sonreía.

–¿Y qué te trae por aquí?

–Necesito trabajo.

–¿De qué tipo?

–Da lo mismo. Sólo quiero ganar dinero suficiente para un billete de tren a Pekín.

–Todos los jóvenes quieren ir a la ciudad –dijo el barbero mientras le enjabonaba a Lin la barba–. No se lo reprocho: los ricos viven en las ciudades, los pobres en el campo. Uno no llega a hacerse rico trabajando en el campo, con los cupos, los otros cupos, los impuestos generales y los aranceles comarcales. Cuando tienes un buen año, te endilgan una «tasa por excedentes», y como el tiempo no acompañe, estás apañado: no puedes dar de comer a los viejos y a los niños. No es fácil ganarse la vida cuando uno depende del tiempo que haga. Échate hacia atrás, hermano. Si yo fuera joven como tú, me iría también. No te muevas, que tienes la navaja encima. ¿Qué clase de trabajo hacías en tu tierra?

–Trabajaba en hornos de cal.

–Aquí no hay hornos de cal, sólo granjas. Doy gracias al cielo por no trabajar en los campos. Tengo este modesto oficio. No espero hacerme rico, pero mientras tenga mi navaja puedo dar de comer a mi familia. Tengo dos niños –levantó dos dedos–. Una niña y un niño. Cuando mi mujer tuvo al segundo, nos pusieron una multa de cuatro mil yuanes por contravenir la norma del hijo único. Mi oficio será modesto, pero allí me fui a tirarles el dinero a la cara. Tengo un hijo: eso es lo único que me importa. ¡La llama de mis antepasados va a seguir ardiendo!

Cuando hubo terminado, el barbero sacó una polvera rosa, la abrió y sostuvo el espejo delante de Lin, que se acariciaba la barbilla. Se la notó lisa y suave. Se quedó mirando el extraño rostro del espejo: casi llegó a ver al joven que había sido.

El barbero estaba lavando la navaja en un cubo de madera cuando Lin le tendió el dinero; levantó la vista entornando los ojos.

–Muchos jóvenes se han marchado a las ciudades. Ahora, en época de cosecha, hay demasiado trabajo para las mujeres y los viejos. Si no te echa para atrás el trabajo duro, en los campos hay un montón. Pero no te van a pagar mucho.

El consejo del barbero le iba resonando a Lin en los oídos mientras deambulaba entre la clientela del mercado. Pensó en buscar trabajo en alguna de las tiendas; al fin y al cabo, había ido a la universidad. Pero puede que tuviera que enseñarles el certificado de excarcelación, y entonces no encontraría trabajo de ningún tipo.

La multitud mantenía a los tenderos ocupados. Sus mercancías estaban dispuestas sobre esteras de paja, como tesoros: modernos bolsos de cuero y cinturones, cosméticos y horquillas de muchos colores y formas de las provincias costeras.

Las dos chicas del carro tirado por un burro estaban mirando pañuelos para el cuello.

–El rojo te quedaría bien –dijo Lin. Aquellos pañuelos le hicieron acordarse de su casa. Recordó que había mujeres que los llevaban en Pekín.

La chica se volvió. Era menuda y morena, de barbilla aguda y mirada agreste.

–Me parece que es así como hay que ponérselo –le dio la vuelta de modo que el dibujo mostrara sus verdaderos colores y se lo anudó a la chica en el cuello.

–Ya lo sé –ella se desprendió de un tirón.

Su amiga, más grande y más rolliza, sonrió a Lin. Tenía una expresión inocente como la de un niño y parecía decir: «Ella es así siempre».

–Veinte yuanes –dijo el vendedor.

–¿Cuánto? –chilló la chica guapa, pero sin quitarse el pañuelo.

–Es importado. Mira la etiqueta: de Corea. Un estampado como éste no lo encuentras en China.

–Diez.

–Yo me tengo que ir hasta Chengdú para comprarlos, y en cualquier caso son caros. Si tú no lo quieres, otra lo querrá.

–Es demasiado –dijo en un murmullo su amiga.

Pero, como si estuviera bajo el efecto de un hechizo, la chica no podía soltar el pañuelo.

–¡Pero si es la hermanita Xue! –aparecieron tres chicos, uno de ellos con un niqui de muchos colores y gafas oscuras de aviador. Sus compañeros eran más bajos y más delgados. El menor de ellos tenía los ojos inyectados en sangre: había estado bebiendo.

–¿Pero tú puedes pagar eso? –el tipo de las gafas oscuras le tiró del pañuelo a la chica. Tenía los brazos musculosos y la nuca roja.

–¡Eso no es asunto tuyo! –ella trató de liberarse, pero él la sujetaba.

–¡Como se rompa me lo pagas tú! –bramó el dueño.

–Quizá debería comprártelo –tiró de ella hacia él y pegó su cara a la suya.

La chica regordeta gritó:

–¡Déjala! –intentó acudir al rescate de su amiga, pero los otros tipos la sujetaron. Ojos Inyectados soltó un extraño resoplido.

La chica menuda se debatió, retorciéndose violentamente. Tenía el brazo derecho a la espalda, inmovilizado, pero con la mano libre le lanzaba golpes a su atacante, acertándole en el hombro y en la cara. A él se le cayeron las gafas de sol. Se reía. Apretó su cara contra la de ella, y ella le escupió en los ojos.

–¡Putas! ¡Con otros bien que te abres de piernas, y a mí no me das ni un beso! –se secó la cara con el dorso de la mano, luego apretó un puño y lo proyectó contra ella, que puso los ojos como platos y se echó hacia atrás; era como un caballo que sabe que le va

a caer un golpe porque está acostumbrado a las palizas. Por un instante se vio en su rostro una tristeza que la hizo parecer diez años mayor y una belleza que partía el alma.

Lin se acercó como un soplo de viento, el puño duro como una piedra. De un solo golpe derribó al hombre, que cayó sobre un muestrario de horquillas y cajas de cosméticos, aplastándolos con su peso. El tendero gritó y las chicas también. Los otros dos hombres se le echaron a Lin encima. Ojos Inyectados saltó sobre él y lo mantuvo sujeto mientras el otro tipo le sacudía en la cara. Los dientes se le cerraron de golpe y oyó un chasquido.

Agarró a Ojos Inyectados y lo tiró al suelo. Le atizó al otro hombre, que soltó un grito y cayó de rodillas; entonces lo pateó. Ojos Inyectados se levantó y pegó a Lin por la espalda, pero Lin apenas sentía los golpes. Lo único que veía era al cobarde que estaba a sus pies. De pronto sintió un deseo irrefrenable de matarlo. El pensamiento de extraerle la vida con sus propias manos lo llenó de excitación. Lo machacó repetidamente con los puños, cada vez más fuerte.

–¡Quieto! ¡Que lo vas a matar! –gritó el tendero. Las chicas se apretaron una contra otra, pidiendo ayuda. Ahora la gente corría hacia el jaleo: «¡Una pelea, una pelea!». Creció la multitud. Otros intervinieron en la reyerta y pronto estuvieron todos enredados pegándose con todos.

–¡Llamad a los guardias! –rugió alguien.

Las sillas rodaron por el suelo. Los pañuelos volaron por el aire como pájaros exóticos. Lin había olvidado contra quién peleaba y por qué. Entonces oyó la voz de ella:

–¡Vete! –sintió sus manos sobre él–. ¡Deprisa! ¡Corre a la montaña!

Lin salió de la refriega abriéndose camino a puñetazos y para allá se fue. La gente corría hacia él.

–¿Qué ha pasado? –le preguntaban.

Él no respondió, sólo siguió adelante, lo más rápido que pudo, saliendo del mercado y de la aldea. Cuando encontró un camino, lo siguió. Ante él se extendían el campo abierto y los sembrados amarillos. Volvía a ser un hombre sin hogar y sin pertenencias.

9

Mei salió del coche e inspeccionó los bloques de apartamentos que tenía enfrente. La noche estaba oscura. Nevaba rápido y fuerte. Comprobó una vez más la dirección, desconcertada. Habría esperado de Kaili que viviera en un recinto cerrado vigilado por personal de seguridad uniformado. Pero en lugar de eso se encontró en un vecindario de clase media, con pocas comodidades.

Mei subió en ascensor hasta el duodécimo piso del Edificio número 4. El pasillo olía a moho, a bebé y a guisos. Encontró la puerta que buscaba y la abrió con la llave que el señor Peng le había dado. Las lámparas del pasillo proyectaron su sombra dentro del oscuro apartamento.

Encendió la luz. Las paredes estaban forradas de fotos de Kaili de tamaño natural. El apartamento estaba en silencio, y eso hizo que la sensibilidad de Mei se aguzara. Sus oídos se esforzaron en captar el más mínimo ruido; sus ojos, el más ligero movimiento. El corazón le latía casi demasiado rápido para poder respirar y tenía el cuerpo en tensión. Se adentró con movimientos cuidadosos por un sombrío pasillo hacia los dormitorios. En las paredes, más fotos de Kaili se mofaban de ella, pero al mismo tiempo la incitaban a continuar. Cada puerta cerrada escondía el peligro. A cada paso que daba, su miedo se hacía más intenso. El pasillo parecía estrecharse, los muros se iban cerrando sobre ella.

Estaba cerca. La puerta del fondo se abrió de golpe y una silueta salió corriendo.

Mei se dio con la cabeza contra pared, la vista se le nubló y le zumbaron los oídos. Mientras caía al suelo alargó una mano y atrapó algo. Se oyó un grito y la sombra se desplomó. Mei se arrojó encima de ella. Lucharon. Un largo arañazo hizo que a Mei le ardiera la cara, y un codo agudo se hundió en su pecho; le faltó el aire, pero no soltó su presa.

Al final dejaron de debatirse y se sentaron en el suelo, jadeando.

–¿Qué está haciendo usted aquí? –resopló Mei. El pelo perfectamente recogido de la Señorita de Rosa se había desmoronado. Tenía el maquillaje corrido. La chica miró a Mei con aversión:

–Nada que a usted le incumba.

–Le incumbe al señor Peng –Mei le tendió la mano a la Señorita de Rosa, que se la cogió para volver a ponerse de pie.

–¡Mire lo que le ha hecho a mi traje! –examinó un desgarrón que tenía en la falda.

Por lo que ahora se veía Mei, al caer, se había agarrado a la correa del bolso de la

Señorita de Rosa: lo tenía todavía en la mano. La Señorita de Rosa lo vio y se lanzó a por él, pero Mei fue más rápida. Se dirigió al salón y volcó el contenido encima de una mesa: carmines, llaves, cosméticos, una cartera, una agenda rosa, unos cuantos bolígrafos, un mechero, un paquete de Virginia Slims y algunas cartas cayeron sobre la superficie de cristal. Mei las cogió:

–¿Qué tenemos aquí?

La Señorita de Rosa se mordió los labios:

–No tengo por qué decirle nada.

Mei recogió de la mesa una llave. Era igual que la que el señor Peng le había dado a ella.

–¿De dónde ha sacado esto?

La Señorita de Rosa alargó la mano hacia sus pitillos, sacó uno del paquete y se lo encendió.

–Es mía.

–¿Qué quiere decir con eso?

–Este apartamento es mío. Lo compró él para mí –dio una larga calada–. Solía hacerme todo tipo de regalos, joyas de oro, perlas... Le encanta que sus mujeres lleven perlas. Un día me dijo que me había comprado un apartamento. Pero entonces conoció a Kaili. A él le gustan los sitios corrientes. Que no atraigan la atención sobre él. ¿No le parece que éste es el refugio perfecto para una amante? Además, a él le gusta lo barato... por más dinero que tenga, no es capaz de resistirse a un chollo. Puede que fuera eso lo que le llevó hasta Kaili, un viejo zapato demasiado usado. Ella estaba de ocasión –la Señorita de Rosa soltó una risa desagradable y maliciosa. Un tufillo a tabaco salió de sus almohadillados labios–. ¿Piensa usted que fui una idiota al creer que entre él y yo había algo especial? Yo sabía que él no me iba a ser fiel. Pero no me importaba. Míreme... Tampoco puedo ser demasiado exigente, ¿no le parece? Entré directamente en la compañía discográfica Guanghua al terminar la escuela de secretariado. Trabajábamos hasta tarde en la oficina. Pasamos las crisis juntos. Él dijo que no habría podido hacerlo sin mí. Ésa es la verdad.

–Pero si el señor Peng le dio este apartamento a Kaili, ¿por qué tiene usted la llave?

–Me hice una copia de la que él le ha dado a usted –la Señorita de Rosa cruzó las piernas–. Al principio no hice mucho caso de los rumores. Kaili es una de esas mujeres desquiciadas, una devoradora de hombres, un alma de zorra. A veces desaparece varios días. Hay quien dice que se encierra en este agujero para pincharse. Pero cuando apareció usted por la oficina comprendí que había pasado algo más serio –la Señorita de Rosa suspiró–. Estoy enamorada, señorita Wang. ¿Puede usted imaginarse lo dolida que estoy? Le escribí cartas anónimas. La odio. Pero no creo que a Kaili le preocuparan demasiado, o si le importaban no lo demostraba. Nunca la he oído hablar con nadie de eso. Por lo que yo sé, es probable que ella se deshiciera de las cartas. Pero si no lo hizo, prefiero que no las encuentre la policía.

Mei abrió una y le echó una ojeada. Se sintió desconcertada.

–Son cartas de amor.

–Las estaba clasificando cuando ha llegado usted, y he pensado que más valía llevarme todo lo que hubiera. En cualquier caso ya estaba cansada de leérmelas. A esa mujer no le importa nadie. Se come a los hombres y escupe los huesos. Me alegro de que haya desaparecido. Ojalá esté muerta.

–Usted sabe que si la policía interviene tendré que contarles la verdad.

–¿La verdad? –la Señorita de Rosa soltó una risita amarga–. Espero que llegue a encontrarla.

Recogió sus cosas una por una y las volvió a poner, despacio y con cuidado, en su bolso de mano. El pitillo debía de haberla relajado. Cuando lo hubo guardado todo, se dirigió a la puerta, repiqueteo de tacones rosas, bamboleo de caderas, y se marchó sin añadir palabra. Había parecido que recobraba la compostura, pero se la había visto dañada, igual que su traje roto.

Mei entró primero en el dormitorio, el cuarto más importante de la casa para cualquier mujer. Una gran cama de latón ocupaba la mayor parte del espacio. A un lado había una mesilla, y al otro un tocador. Al parecer no había nada fuera de su sitio. Si la Señorita de Rosa había registrado esa habitación, luego había vuelto a ponerlo todo donde estaba.

Se puso un par de guantes de goma y abrió el ropero. Estaba hasta arriba de ropa, vestidos largos, faldas cortas, pieles y cueros, la mayoría negros. Había también unas pocas prendas de ropa de hombre, entre ellas un batín de seda. En el estante más bajo encontró zapatos apilados en montones, y en el de arriba bolsos de Chanel, Louis Vuitton y Gucci.

El tocador estaba en desorden. Había maquillaje, frascos de perfume, paquetes de tabaco y botes de pastillas esparcidos por encima. Mei comprobó las etiquetas: analgésicos, pastillas para dormir... algunas sin identificar. Le dio pena de la mujer que vivía allí.

En la mesilla ninguno de los cajones estaba cerrado con llave. Abrió el primero y encontró billetes, recibos, carnés de identidad, anotaciones de citas y libretas de banco amontonados juntos al buen tuntún. Extrajo las libretas de banco y las hojeó. Al parecer Kaili no había empezado a tener dinero hasta hacía poco, y había sacado grandes cantidades unas cuantas veces; Mei anotó las fechas y el importe retirado, luego devolvió las libretas de ahorros al cajón. Los dos cajones siguientes contenían joyas, sartas de perlas y piedras preciosas tiradas todas juntas de cualquier modo dentro de cajas.

Parecía que a aquella mujer nada le importaba, puede que viviera su vida día a día.

Al final del pasadizo estaba el despacho, más ordenado, con trofeos, premios, álbumes de fotos y libros de recortes de prensa en una vitrina. En ella se apoyaban dos guitarras, con partituras y cuadernos a su lado en el suelo. La puerta de la vitrina estaba abierta, y había una caja en el suelo delante de ella. La Señorita de Rosa la estaba revisando

cuando Mei entró; algunas cartas las había abierto y leído, y desechado luego a un lado de la caja: más cartas de amor.

Mei levantó la caja y la llevó al escritorio. Encendió la lámpara y fue sacando una cosa tras otra: un Cupido de porcelana en miniatura, un collar hecho de conchas diminutas, un *ei* (una piedra con un mensaje de amor grabado), pañuelos, una hoja de arce prensada que crujió al cogerla ella. Recuerdos de amor, probablemente.

Qué vanidad, pensó Mei. Los trata sin el menor cuidado, como meros trofeos de sus conquistas. Se preguntó si Kaili los miraría alguna vez, si leería una o dos líneas de alguna carta. ¿Recordaría los momentos tiernos, o sólo para regodearse? A lo mejor los guardaba a modo de archivo, sin volver nunca sobre ellos una vez que habían ido a parar a la caja.

Entonces, desconcertada, Mei sacó las cosas y las examinó. Estaba tratando de encontrar algo, lo que fuera, que pudiera darle una pista. Sentía una inexplicable fascinación por Kaili. Pensó que bajo aquella superficie se escondía una mujer distinta, y ella tenía que encontrarla.

Por fin llegó al fondo de la caja. Allí, para su sorpresa, había más cartas, escritas en un papel de cartas pasado de moda, que hacía mucho que ya no se usaba. Parecía que no se habían tocado en bastante tiempo, olvidadas quizá... En los lugares por donde el papel estaba doblado había ya surcos hondos. Mei las cogió, tres en total, y las extendió cuidadosamente sobre la mesa.

10

Lin siguió el empinado camino que subía a las montañas y llegó a un pueblo con un arco de cerámica en la entrada. Atardecía, y los ancianos del pueblo estaban sentados en taburetes y en leños fumando sus pipas bajo una espesa fronda de hojas de roble. Puede que llevaran ahí todo el día. Cuando Lin se aproximó, pararon de conversar.

Lin sonrió y se acercó a una enorme piedra que había fuera de la sombra del árbol. Se sentó. El tejadillo de madera oscura de un pozo atrajo su mirada a la luz del crepúsculo. Parecía un templo. Lin levantó la vista hacia las montañas. El pueblo, según vio, se extendía ladera arriba del monte, con casas y vallas de adobe. Había un candil de aceite de brillo vacilante en una ventana. El viento soplaba montaña abajo, trayendo consigo un olor a guisos. Lin imaginó dulces *wotou* amarillos que siseaban al cocerlos al vapor, carne bien entreverada de grasa hirviendo y tallarines que caían en una olla de sopa.

Un grupo de figuras apareció en lo alto del monte, algunas con faroles. Su número fue aumentando igual que el hambre de Lin. Oía sus voces acercándose. Pensó en la chaqueta Mao, todavía doblada dentro de su hatillo. Habría sido agradable ponerse algo encima en ese momento.

–¡Ahí está! –los niños bajaban el monte corriendo todo lo rápido que les permitían sus piernas. Otros vecinos del pueblo, hombres y mujeres que volvían de los campos o del mercado, les seguían. Parecía que todo el mundo se había enterado de que allí había un forastero.

El tropel se detuvo a medio metro de Lin y se quedó mirándolo, calibrándolo.

–¿Qué está haciendo aquí? –le gritó un hombre.

–¿De dónde viene? –una mujer alzó su candil para alumbrar con él la cara de Lin.

–Estoy buscando trabajo. ¿Necesitan ayuda para la cosecha?

–¡Llamad al jefe!

–¿Le ha visto alguien?

–El trabajo del campo es duro –dijo un hombre medio calvo.

–A eso estoy acostumbrado –dijo Lin.

–¡Viene el jefe! –la multitud fue recorrida por un murmullo como el viento que cruza un campo de cebada, y se dividió para abrirle camino al jefe: tenía unos cuarenta años, era fornido, de andar medido y mirada firme. Iba fumando con la pipa en la comisura de la boca. Parecía el tipo de persona que nunca haría nada con prisas.

–¿Qué pasa? –se había parado delante de Lin, pero estaba mirando a los del pueblo.

–El forastero dice que busca trabajo –dijo el campesino joven que había sido el primero en dirigirse a Lin.

–¿Se sabe de dónde es?

–No lo ha dicho –informó el joven.

–¿Sabéis cómo se llama?

–No.

–¿Y por qué no se lo habéis preguntado? –el jefe fumó de su pipa; luego le preguntó–: ¿Cómo te llamas?

–Lin –respondió él. Le gustaba el olor del tabaco del jefe, una áspera variedad de aquella zona.

–Necesito ver tus papeles. Tampoco es que cojamos al primero que pase por aquí. Ven conmigo.

Lin se puso de pie. La multitud retrocedió unos pasos.

–Ya está –les dijo el jefe–. Ahora os podéis ir a casa. Ya no hay nada más que mirar.

Despacio, las mujeres se fueron hacia el roble a recoger a sus ancianos. A los niños se les dijo que corrieran a casa; a algunos hubo que llevárselos a rastras. El jefe se fue monte arriba a paso tranquilo, con Lin y los demás siguiéndolo como un enjambre de abejas.

Una chica gorda salió corriendo de una casa. Lin la reconoció, del mercado.

–*Ba*, ¿qué pasa? –llamó al jefe.

–Nada. Te había dicho que no salieras. ¿Está ya la cena? Dile a tu *ma* que no voy a tardar.

La chica gorda no se movió. Tenía la mirada fija en Lin.

–¿Adónde lo llevas?

–A la oficina del Comité, por supuesto. ¡Métete en casa!

La procesión siguió su marcha.

Cuando Lin se volvió a mirar atrás, la chica gorda estaba sola en la ladera, el monte desapareciendo bajo sus pies. Ya estaba demasiado oscuro para verle la cara, pero Lin se la imaginó llena de ansiedad, igual que en el mercado.

Luego se imaginó a su amiga llamándolo, alzándose con la voz por encima del mundo: «¡Corre a la montaña!».

La oficina municipal era una casa de adobe con patio. Por fuera, un gran cartel blanco decía: «Comité Revolucionario de la Aldea». La multitud se dispersó y se fue a casa, a excepción de tres jóvenes que se habían nombrado a sí mismos centinelas y se quedaron a la puerta.

En el interior de la casa del Comité, el jefe descolgó un candil de aceite de un gancho de la pared y lo prendió. Sombras oscuras flotaron entrelazándose de forma amenazante.

El jefe se sentó en una silla y se metió la pipa en la comisura de la boca.

–Soy el único funcionario que hay aquí: jefe de aldea, secretario del Partido,

presidente del Comité Revolucionario... Pozos Gemelos, que así se llama nuestra aldea, es pequeño, unas treinta o cuarenta familias, dependiendo de cómo cuente uno los parientes. Somos pobres. No me reconocen la desgravación por jefe de aldea. A fin de año tengo que entregar la misma mies que todo hijo de vecino. Si te portas bien, puedes quedarte. Últimamente la Comuna Popular es una armazón vacía. Cada familia tiene que producir su cuota de cereales. La cosecha es un momento difícil. Si no te portas bien, te vas. ¿Entendido? Mi palabra es ley.

En un póster, el presidente Mao tendía la mirada enigmáticamente hacia una distancia media. ¿Qué estaría mirando? Lin no tenía ni idea. A cada lado del póster pendía un *chun lian* rojo que decía: «Enhorabuena por hacerse ricos». Seguro que los habían puesto seis meses antes, por las últimas Fiestas de la Primavera. El color se había desvaído.

—¿Has tenido algún problema con la policía?

Lin se lo pensó. Lo de esconderse en el tren de mercancías, la pelea en el mercado... podrían volver a meterle entre rejas mañana mismo.

—Hoy en día no es difícil tenerlos —dijo.

—Ándate con ojo, jovencito.

—No, señor. No he tenido problemas.

—¿Y qué hay de la herida que tienes en la cabeza? Es nueva.

—No fue culpa mía.

—Un hombre cabal no pelea.

—Un hombre cabal no afloja.

—¿De dónde eres? —preguntó el jefe.

—De muy lejos.

—¿Quieres trabajar, o no?

—Soy de las montañas de Qinghai. Nuestra *ma* está enferma y necesita dinero. Todo el mundo dice que por aquí pagan bien.

El jefe sacudió la cabeza:

—Me estás mintiendo, y al hombre cabal la mentira se lo lleva. Déjame ver tu carné de miembro de la Comuna Popular.

—He perdido mi documentación, y mi hatillo, y el dinero.

—No me digas que te lo han robado.

—No. Me metí en una pelea y tuve que salir corriendo.

—Entonces te tengo que mandar que te vayas —dijo el jefe—. La cosecha va a ser dura para muchas familias, pero no podemos tener con nosotros a alguien en quien no confiamos.

Salieron al patio. Uno de los tres jóvenes, que había estado intentando oír la conversación, salió corriendo a divulgar las novedades.

Justo en ese momento apareció una chica.

—*Ba*, no puedes decirle que se vaya. ¿Adónde va a ir en la oscuridad? —jadeó la hija

del jefe.

–Gordita, tú no te metas –ladró su padre.

Y entonces Lin vio a la otra amiga, con una camiseta ajustada rosa y pantalones anchos negros. Se había quedado parada en la entrada, con un candil de aceite en la mano, la llama bailando y reflejándose en sus ojos.

–*Ba*, le conocemos del mercado. Es un hombre cabal. Nos ayudó a Xiao Hua y a mí –dijo Gordita, las palabras saliéndole a borbotones rápidos pero inconexos–. Ya conoces a Du el Chulo, de la aldea de los Du; él y sus amigos nos atacaron. Este hombre nos defendió.

El jefe se volvió hacia la otra chica:

–¿Es eso cierto, Xiao Hua?

Ella asintió.

–¿Por qué no me lo habías contado antes? –dijo el jefe a su hija–. ¿Lo sabe tu madre?

Gordita le agarró el brazo a su padre:

–¡*Ba*!

Él dudó.

–Lo mejor va a ser que entréis las dos –dijo al final.

Los tres entraron en la casa y cerraron la puerta. Unos minutos más tarde salieron, las dos chicas de la mano y sonriendo.

–He comprobado lo que me has dicho de la pelea y de tu hatillo –le dijo el jefe a Lin–, y puedes quedarte. Dormirás en el establo.

–Gracias... ¿Podría comer algo? Tengo mucha hambre.

–Venga a nuestra casa –dijo Gordita con emoción–. *Ma* ha hecho carne. Yo me llamo Li Yun Yun, pero todo el mundo me llama Gordita.

–Ya basta –le dijo el jefe a su hija–. Vete a decirle a tu madre que ponga un plato más.

Después de la cena, el jefe acompañó a Lin al establo. Llevó un candil de aceite y una manta de guata enrollada. Las estrellas habían salido y titilaban por el cielo. Anduvieron hasta el límite de la aldea.

La noche estaba fresca. Lin oía el revolotear de las hojas a la brisa suave.

–Te he dejado quedarte. Eso no significa que confíe en ti.

–No daré problemas –le aseguró Lin.

–Mantente apartado de Xiao Hua –le previno el jefe.

Dentro de los bosques, un zorro lanzaba su llamada. La media luna brillaba por encima de los árboles.

El jefe tiró la manta sobre el heno.

–Salimos temprano mañana.

Cuando se hubo ido, Lin se metió entre el heno y cayó en un sueño sin sueños. Por un tiempo su pasado desapareció.

11

El papel, que de tan fino era casi transparente, hizo un ruido suave cuando Mei lo desdoblaba. La letra escrita a mano, caligrafía casi, era exquisita.

8 de febrero de 1989

Querida Kaili:

Llevo ya tres semanas en casa y pienso en ti todos los días. Hace muchísimo frío, porque son las Fiestas de la Primavera y la temporada del Gran Frío. Ha nevado un día antes de la Nochevieja china.

Cada vez que vuelvo a casa encuentro al abuelo más viejo. Se mueve despacio y a veces olvida cosas, pero sigue trabajando en mi antiguo instituto, el Instituto Número 7 del Distrito Oeste (¡es el conserje desde hace veinte años!). Piensa que con eso se mantendrá vivo y ágil los próximos años, pero yo estoy preocupado. Al fin y al cabo tiene ahora setenta y un años y no hay nadie que se ocupe de él cuando yo estoy en la universidad.

Me alegro de haber vuelto al terminar el curso. Le he comprado más carbón al abuelo para que pueda mantener la calefacción encendida hasta la primavera. Le llevé a uno de los nuevos centros comerciales de Pekín. Compramos *chun lian* para pegarlos en nuestra puerta... El abuelo estaba desconcertado con tanta variedad. Él sólo compra en los *hutong*, en nuestro estrecho vecindario de callejones. Compramos petardos y papel para hacer recortes. Al abuelo eso se le da muy bien... tenemos dos fénix y una flor de loto de filigrana pegados en la ventana.

Fuimos a casa de Gordi en la Nochevieja china. Cenamos juntos y vimos la gala de las Fiestas de la Primavera en su televisor.

Gordi ha vuelto de la academia de policía por las fiestas. Algún día lo conocerás. En tres años de entrenamiento policial se ha puesto fuerte y delgado. Ahora parece más un adulto y también está más serio, pero seguimos siendo los mejores amigos, por más que pasemos meses enteros sin vernos. Cuando volvemos a encontrarnos, empezamos otra vez por donde lo habíamos dejado.

Gordi y yo fuimos al *miaohui* del parque Ditan a comprar cosas para las fiestas. El abuelo no quiso venir porque no le gustan las aglomeraciones. Puede que pensara que yo lo iba a pasar mejor si iba solo con Gordi. Y es verdad que lo pasamos bien. A Gordi le encantan los viejos aperitivos pekineses, así que comimos sopa de flor de loto, bastoncillos de masa de judías verdes, tallarines en salsa de carne, batido de alubias rojas...

Gordi no iba bien en el colegio, sus padres sufrieron una desilusión cuando se metió en la academia de policía porque no era una facultad propiamente dicha. Pero lo ha hecho bien allí. Ha entrado en el Partido y fue miembro modelo el año pasado. Los instructores le han dicho que tiene un futuro prometedor. Su perspectiva de la vida ha cambiado. Ahora habla de sueños y aspiraciones.

Le conté de ti, que tienes dieciocho años, que eres inteligente, guapa y atrevida. Le hablé de una vez que salimos con los pescadores. Tú nunca habías estado antes en el mar y yo sólo había ido una vez en nuestro barco de investigación. La barca de pesca era mucho más pequeña que nuestro pesado barco cargado de instrumentos científicos. Se bandeaba de un lado para otro, a merced de las olas. Era ya otoño, pero el sol calentaba. Cuando los pescadores hubieron lanzado al agua sus redes, nos sentamos en la barca, hablando y esperando. Lo siguiente que supe fue que habías saltado al agua y estabas nadando como un pez, riéndote y metiéndote con los jóvenes pescadores. Alguno te había desafiado a hacerlo.

Le conté a Gordi que les impresionaste. Le ha parecido que debes de estar un poquito loca... pero viniendo

de él eso es un cumplido. Quería ver una foto tuya. No pude satisfacerle.

No le puedo pedir al abuelo que me compre una cámara. Tal como estamos ya no nos alcanza el dinero. Ni tampoco quiero hablarle de ti. Él piensa que soy demasiado joven para tener novia. Pero voy a cumplir veinte años el verano próximo. A veces siento que nadie se ha dado cuenta de que me he hecho mayor. Todo el mundo me sigue tratando como si fuera un niño. Los padres de Gordi están tan encima de mí como cuando volví de la escuela con el Premio a las Tres Virtudes. Y Liu el Padrino, el barbero ambulante que lleva viviendo en el *hutong* tanto tiempo como mi familia, me dice que debería cortarme el pelo con él, y no en el elegante salón de belleza nuevo.

«Siempre te he cortado yo el pelo, ¿por qué no?», se burlaba.

De todas formas el peor problema es el del abuelo. A veces se pasa la noche entera hablando del pasado, de cuando vivían mis padres. Siempre le ha gustado hablar de los viejos tiempos, pero ahora que yo he estado fuera y he vuelto, da la impresión de que vive en el pasado. Me pregunto si pensará todo el rato en mí cuando no estoy. No se lo reprocho, pero yo quiero hablarle del futuro, de ti, y no puedo.

Así que estuvo bien ir a casa de Gordi a ver la gala nocturna de las Fiestas de la Primavera. Hablamos de nuestro futuro inmediato. Gordi dijo que cuando se ponga a trabajar va a ahorrar para una motocicleta. Sus padres dicen que no va a poder pagarla nunca, por lo menos con un sueldo de policía.

«No estoy hablando de una Honda o una Yamaha. Me conseguiré una vieja moto del ejército», dijo Gordi. «Tenemos unas cuantas en la academia. Cuando esté casado y con un niño, le puedo añadir un asiento al sidecar.»

Sus padres me decían que estaba soñando.

«¡Qué tontería! Nuestro hijo nunca ha hecho bien nada. Es bochornoso, viejo vecino», le dijo su madre al abuelo. «Su Lin es tan inteligente...»

Al abuelo le gustó oír eso. Está orgulloso de haberme criado él solo.

Les dije a los padres de Gordi que debían tener confianza en su hijo.

«Con lo bien que lo está haciendo en la academia... ¿Quién les dice que no va a tener un futuro brillante?»

Dijeron que eso lo creerían cuando ocurriera.

Los padres, y los abuelos... tienen formas extrañas de demostrarnos su amor.

A Gordi no le gustó lo que habían dicho sus padres. Se quedó un rato callado, pero después de la comida volvió a ser el que era. Quería saber lo que traería el nuevo año. Sabes, el abuelo vivió los tiempos del último emperador y sabe mucho de las viejas tradiciones.

Al principio no quería hablar de eso, pero le convencimos.

«El año de la Serpiente no es bueno», dijo. «Y este año va a ser aún peor que un año de la Serpiente normal. De los cinco tipos que hay (de tierra, fuego, aire, metal y agua), la Serpiente de tierra es especialmente mala. Habrá conflicto, negociaciones críticas, desórdenes y hasta guerra.»

«Pues yo creía que las serpientes eran inteligentes», le dije.

«La gente nacida en los años de la Serpiente desde luego que sí lo es. Pero el año de la Serpiente es el que tiene la fuerza negativa más fuerte de todos los signos.»

Aquello ensombreció nuestro espíritu festivo-primaveral, hasta que Gordi dijo:

«Bueno, pues eso quiere decir que va a ser un buen año para mí. ¿No se suele decir que del caos se hacen los héroes?»

«¡Ay, más tonterías!», exclamó la madre de Gordi, y nosotros nos reímos.

Después del concierto de la gala, a medianoche, salimos del *hutong* a tirar petardos en la nieve. Todo el mundo salía de las casas, hasta los bebés con sus padres, todos riéndose, felicitándose unos a otros, diciéndose: «¡Buena suerte!» y «¡Enhorabuena por hacerse rico!». ¡Ah, me encanta el *hutong*, y la nieve, mis vecinos y el año nuevo!

Y te quiero.

L.

El brillo de la lámpara iluminaba las palabras. La carta había sido escrita nueve años antes, cuando Kaili era una jovencita. A lo mejor «L.» fue su primer amor, inocente y puro. Mei pensó en sus propios amores a esa edad. Había conocido a Ya-ping cuando

tenían dieciocho años, en su primer día de universidad, y se habían enamorado a los veinte. Recordaba sus encuentros con él al pie de la pagoda del lago Weming, la fragancia de la hierba primaveral a sus orillas. Fueron tiempos de sabiduría, aprendizaje, esperanza: el primer beso, las primeras palabras de amor.

Los ojos de Mei volvieron a la carta. Dentro de aquellas páginas, Kaili era una persona diferente: joven, valiente y llena de vida. Mei quería saber más de ella y de lo que había sido de aquel amor. Abrió la segunda carta.

12

La cosecha es trabajo duro, incluso cuando uno no está intentando hacer el doble que cualquier otro para ganarse el billete a casa. Durante todo el día, Lin trabajaba en los campos, la espalda doblada, cortando con una hoz el trigo. Viendo a los campesinos parecía fácil, pero a él la hoz pronto empezó a pesarle. A veces, cuando se enderezaba, miraba a los otros hombres que trabajaban allí cerca y las zonas de los campos que estaban ya segadas. Pero lo que aún quedaba parecía interminable. Hacía un sol de justicia desde por la mañana temprano hasta bien entrada la tarde. Le achicharró la piel hasta dejársela de un moreno oscuro.

A mediodía, un carro tirado por un burro venía de la aldea con agua y comida. A veces tenía que seguir camino hasta los campos de maíz donde estaban las mujeres recogiendo mazorcas y metiéndolas en sus cestas. El descanso animaba a los jóvenes campesinos. Contaban chistes groseros delante de sus mujeres cuando llegaba la comida, las perseguían por los sembrados, riéndose y a veces ganándose algún sopapo bondadoso.

Lin se sentaba apartado de ellos, y ellos nunca se atrevían a acercarse a él, aunque algunos le trataban con cortesía: de vez en cuando le hacían una broma o le preguntaban de sus viajes; pero habían oído hablar de la pelea del mercado. Le habían visto un par de veces perder los nervios cuando alguien le provocaba y tenían miedo de la bestia salvaje que al parecer vivía en su interior.

En ocasiones hasta al propio Lin le asustaba su violencia. De repente la furia se le encrespaba dentro (no lo sabía nadie más que él), y cuando eso ocurría sabía que tenía que retirarse a su soledad. Una vez solo, se le pasaba. El calor del campo le dejaba la mente seca y, con un rumor de cigarras como el de las olas del océano, soñaba con una sombra. Pensaba en los ancianos robles que flanqueaban las calles del viejo Pekín y ante él pasaban como centellas imágenes de su niñez: la nevera de un vendedor de helados en la trasera de una bicicleta, la ventana de casa del abuelo, Gordi...

La familia Xue vivía en las afueras de Pozos Gemelos, cerca de los bosques y del cementerio. Ése era el porqué, según Xiao Hua, de que los otros vecinos casi nunca los visitaran.

–Dicen que el viento del cementerio sopla hacia nosotros y trae mala suerte. Pero eso son supersticiones. Nosotros no lo creemos, ¿verdad, Segunda Rama?

El hermano de Xiao Hua negó con la cabeza. Era tartamudo y por eso hablaba poco.

Lin y Segunda Rama se sentaron en el *kang* (la cama hecha de adobe) con las piernas cruzadas y una mesa baja cuadrada entremedias. Había cuatro platos, un estofado de carne, huevos revueltos y dos de frituras, dispuestos encima de ella. También sobre la cama, esperando para comer, estaba el padre de Xiao Hua, medio recostado entre las almohadas.

La luz del día se había difuminado en un atardecer rosado y el vapor se elevaba de la mesa humedeciendo el aire seco.

Xiao Hua entró con un plato de *wotou*.

–No es nada especial –se disculpó con Lin.

–Queman –gruñó su padre.

Era un hombre bajo que parecía haber encogido de dentro afuera. Tenía la piel pálida y arrugada, y los ojos y la boca hundidos en la carne que los circundaba. Contempló malhumorado la comida:

–Cuántos platos; a ver si te has creído que somos ricos.

–*Ba* –Xiao Hua se sonrojó–, tenemos un invitado.

El viejo tosió. Lin oyó el burbujeo mucoso de su garganta.

–Si gastas todo lo que tenemos, ¿qué vamos a comer más adelante?, ¿viento del noroeste?

Segunda Rama cogió un trozo de carne y se lo puso en el cuenco a Lin.

–Co-co-co-coma –le dijo muy serio.

Las moscas describían círculos por encima de la comida. Xiao Hua las espantó con la mano, pero volvieron.

–Déjate de remilgos –le dijo el viejo–. Nuestro invitado tampoco es que sea un funcionario.

Xiao Hua le lanzó a su padre una mirada de desesperación.

–Coma usted despacio –le dijo a Lin.

Él la miró pasar junto a un póster de dos bebés sonrientes que había en la pared y desaparecer tras la cortina de la cocina.

–Tiene que ser un alivio tener una hija tan hacendosa –le dijo Lin al viejo. Se sentía obligado a darle conversación, aunque estaba claro que al otro le incomodaba su presencia.

–Me deja que me pudra aquí el día entero. Estoy viejo y enfermo –el viejo volvió a toser–. Debería cuidarme alguien.

–A mí me parece que su hija lo hace.

–Se gasta todo nuestro dinero, y somos muy pobres –se detuvo a coger aire–. Yo he trabajado mucho toda mi vida, y he criado a mis dos hijos.

Segunda Rama, que probablemente oía todos los días la misma cantinela, no le prestaba atención. Continuó sorbiendo ruidosamente su cena. Había otra almohada y otra manta esmeradamente dobladas encima del *kang*, junto a la pared. Lin supuso que eran las de Segunda Rama.

–Las hijas también tienen sus obligaciones –dijo el viejo–. Aunque Gordita no tiene de qué preocuparse: su familia tiene dinero.

Lin agachó la cabeza y siguió comiendo. No tenía ni idea de lo que le estaba contando el viejo. Lo único que podía suponer es que su mente andaba por algún lugar de esos que sólo los ancianos conocen. Pensó en Xiao Hua. Debía de haber terminado de recoger y se había sentado a comer en un pequeño taburete junto a la estufa.

Del otro lado de la mesa, Segunda Rama mordisqueaba su tercer *wotou*.

Xiao Hua trajo una tetera y tres tazas. Sirvió a su padre.

–Tazas de plástico. Pues vaya un banquete –gruñó el viejo.

Xiao Hua no le miró. Se encaramó al *kang* y cerró la ventana que había detrás de él. Tenía un delgado marco de madera, con papel blanco, que no vidrio, pegado en él. La corriente de aire se detuvo. El aire del cuarto era sofocante. Xiao Hua llevó una lámpara a la mesa.

–No malgastes aceite –dijo su padre–. Todavía no está oscuro.

Xiao Hua se fue a la cocina. Volvió haciéndole pantalla con la mano a una pajita encendida, y prendió el candil.

El viejo soltó un murmullo consternado.

–Tómate el té, *ba*. Ya pronto va a ser hora de irse a dormir.

Lin y Segunda Rama habían acabado ya. Los platos estaban vacíos.

–Espero que le haya gustado la cena –le dijo Xiao Hua a Lin–. Sólo cocina casera – estaba recogiendo los platos.

–Estaba muy buena –sonrió Lin–. Cocinas muy bien.

–Bueno, dicen que hasta a la mejor esposa le cuesta apañárselas si no tiene arroz –dijo Xiao Hua.

Su padre tosió.

–Mujeres; no saben más que gastar dinero.

–Me lo he ganado yo –replicó Xiao Hua.

Al viejo se le aceleró la respiración y a Xiao Hua se le nubló la mirada de culpa y de lástima.

–Ahora tienes que descansar, *ba*.

Llevó los platos y los cuencos a la cocina, luego levantó la mesa cuadrada del *kang* y la puso en el suelo. Segunda Rama colocó la almohada de su padre en la esquina. Xiao Hua mojó una toalla en una jofaina y se la pasó a su padre por la cara. Segunda Rama la ayudó a acostarlo. El viejo tosió más aún.

Lin salió del cuarto. Los platos sucios estaban apilados en una sartén sobre el hornillo. Cogió una paja de un montón que había en el suelo y la empujó hacia la agonizante llama; se le prendió fuego, y con ella Lin se encendió un pitillo que acababa de liar.

La cocina era pequeña y estaba desordenada. La paja y la leña se habían apilado juntas contra la pared. Había una tinaja de agua del tamaño de una persona pequeña junto a la puerta. Un repollo apestaba dentro de un cubo de madera. Huevos, ajo,

cebollinos y mazorcas de maíz se amontonaban en un cesto. Había un enorme cuchillo de cocina a un lado de la sartén.

Lin soltó el humo. Los leños crujían en la estufa. Por la puerta abierta alcanzaba a ver la noche oscura, unos pocos árboles vagamente visibles. Pekín y el odio parecían muy lejanos.

Xiao Hua y Segunda Rama entraron en la cocina. Xiao Hua llevaba la jofaina y el candil, y Segunda Rama un cubilete de bambú con tapa.

–Segunda Rama quiere bajar al pueblo. Esta noche va a haber peleas de grillos –dijo Xiao Hua mientras soltaba el candil y la jofaina.

Segunda Rama quitó la tapa y le enseñó a Lin su grillo.

–¿Que-que-qué le parece?

Lin levantó el candil. Había una criatura minúscula sentada en el fondo del cubilete. No se movía.

–¿Estás seguro de que va a luchar? –preguntó Lin.

Segunda Rama sonrió abiertamente y asintió.

–¿Quiere usted ir con él? –preguntó Xiao Hua.

–Mejor me quedo a ayudarte a ti.

Xiao Hua sonrió, con una chispa en la mirada.

–No vuelvas tarde –le dijo a su hermano, que se marchaba corriendo.

Xiao Hua cogió dos mazorcas del cesto y las echó en las cenizas de la estufa. Llenó la sartén de agua de la tinaja y en ella lavó los platos.

No había gran cosa que Lin pudiera hacer. Se quedó allí al lado, fumando.

–La casa está tan sucia... –dijo ella–. Hay paja por todas partes... y mire las moscas. Yo limpio, pero ellas vuelven otra vez. Hace años, cuando *ba* estaba bien, hablaba de ampliar la casa. Pero nunca tuvimos dinero suficiente. Es todo tan caro... sobre todo si va uno a la ciudad.

Sus manos se movían rápido, como peces saltando dentro y fuera del agua. Fue apilando cada plato o cuenco con los demás sobre la superficie de adobe que había junto a la estufa.

–¿Ha estado alguna vez en una ciudad? –preguntó.

–Sí.

–¿Era agradable?

–Mucho.

–Me imagino que las chicas serían modernas y guapas, como las que se ven en las revistas.

–Tú sí que eres guapa.

–Ayúdeme con el agua –dijo Xiao Hua.

Él cogió la sartén y fue a verter el agua sucia fuera de la casa.

Ella se secó las manos en el borde de la blusa. Sabía por descontado que era guapa (Lin contempló los ojos grandes, de largas pestañas), pero eso no era suficiente.

–Dicen que la belleza de una mujer es un treinta por ciento natural con un setenta por ciento de maquillaje. Si yo tuviera dinero... –murmuró.

–Estás a salvo y tienes a tu familia. Puede que eso ahora no te parezca gran cosa, pero lo vale todo.

Xiao Hua sacó el taburete afuera.

–Venga aquí –le llamó–. Se está más fresco.

Lin la siguió y se sentó en el umbral de la puerta.

–¿Echa de menos su casa? –preguntó Xiao Hua.

–Sí. Cuando termine aquí, volveré. Lo que empezó allí tiene que terminar allí.

–¿Quiere decir que va a llevar dinero de vuelta a casa?

–El dinero no significa nada para mí. No me puede devolver lo que he perdido.

–¿Qué pasó?

–Es una historia muy larga –Lin intentó sonreír–. Puede que algún día te la cuente.

Xiao Hua le dio una calada al pitillo de él.

–Yo haría cualquier cosa por dinero. Estoy aburrida de ser pobre.

–Hay cosas peores que la pobreza.

–¿Ah, sí? Esta primavera nos quedamos sin comida y no tuvimos dinero para comprar nada en dos meses. Segunda Rama y yo nos íbamos al bosque a desenterrar raíces. No teníamos dinero para la medicina de *ba*. Si el jefe no nos hubiera prestado unos yuanes, *ba* podría haber muerto. Segunda Rama no tenía abrigo de invierno. No teníamos ni para comprar versos de primavera por Año Nuevo. ¡Fue vergonzoso! En cincuenta kilómetros a la redonda todo el mundo se enteró de lo pobres que eran los Xue.

–Por lo menos eres libre.

–¿Y eso para qué sirve, cuando uno está acogotado por la pobreza? Los casamenteros me ofrecen a Du el Tonto y a Huang el Loco. ¿Es que no soy más que eso? ¿Una novia barata? A *ba* también le da vergüenza, pero no lo demuestra. Quiere el dinero de mi dote... y yo aceptaría a cualquiera por *ba*, y por Segunda Rama. Por supuesto que sí. Son lo único de mi carne y de mi sangre... –la voz se le quebró.

Pero no podía, pensó Lin. No podía renunciar a sí misma todavía.

–Mi pobre madre muerta –Xiao Hua miraba fijamente hacia el cementerio. En la oscuridad nada se movía sino las estrellas que parpadeaban en el cielo–. Ojalá ella estuviera todavía aquí. Hubo un tiempo en el que fuimos felices.

A Lin le dieron ganas de cogerle las manos y contarle su propia historia. Le dieron ganas de compartir con ella su carga. Pero se calló. Tenía que tener cuidado. Bajo ninguna circunstancia podía dejar que nadie supiera quién era él.

En ese momento sintió el peso y al mismo tiempo la belleza de la vida. La noche translúcida, el cielo plateado, la fragancia de la brisa veraniega y los sonidos de vida silvestre de los montes se le desgarraban en el corazón y le hacían pensar en otra noche de verano en el umbral de otra puerta.

–Sin descanso he viajado buscando por todas partes;

y lo que nunca he encontrado
es mi corazón de antes.

–¿Eso qué es?

–Parte de un poema.

–¿Lo ha escrito usted?

–No. Lo escribió un poeta que murió hace más de mil años.

Xiao Hua se le quedó mirando. Él notó que estaba perpleja, que buscaba en su cara una respuesta.

–¿Usted quién es? Los vagabundos no saben poesías.

–Ésta me la enseñó un anciano hace años. Creía que la había olvidado –mintió, quitándole importancia–. No sé lo que significa, pero suena bien.

Xiao Hua sonrió. El equilibrio se había restablecido. Ella entró en la casa.

Las mazorcas estaban hechas. Las sacó de la estufa, les quitó las cenizas y las llevó afuera en el bajo de su blusa.

Lin y Xiao Hua se sentaron el uno junto al otro a comerse el maíz. El candil se estaba consumiendo. Los pechos de Xiao Hua subían y bajaban bajo la blusa de algodón, su hombro casi tocaba el de Lin. A él le llegaba el aroma de su piel, sentía su calor. El recuerdo del océano y de la mujer a la que había amado hacía mucho tiempo tomó cuerpo. El deseo se despertó en él.

Del bosque llegaron mosquitos zumbando una marcha triunfal.

13

28 de mayo de 1989

Querida Kaili:

Siento no haber podido escribirte antes. Sé que estás preocupada, pero no lo estés, mi amor.

Hasta que volví a casa no supe lo preocupado que ha estado el abuelo. Han pasado y siguen pasando demasiadas cosas en Pekín, hasta un punto que no habíamos ni imaginado...

El Comité Revolucionario del Hutong y la Calle recibió un comunicado del Centro Municipal y del Partido sobre el movimiento estudiantil que decía que es antirrevolucionario y avisaba de las consecuencias para quienes participen. La presidenta, la señora Tang, vive en nuestro *hutong*. Se fue a ver al abuelo y le calentó tanto la cabeza que él se dejó llevar por el pánico y me puso un telegrama.

Cuando he llegado a casa, me ha dicho: «Me da menos miedo cuando estás aquí, porque puedo encargarme de que no te metas en problemas».

Le dije que los estudiantes no estaban causando problemas. Que querían sólo democracia y libertad para que todos los chinos podamos vivir mejor.

El abuelo dijo que él no entiende ni la democracia ni la libertad, pero sí lo que es una buena vida: una en la que no haya problemas, conflictos ni muertes. «Serás feliz si no le pides mucho a la vida. Y desafiar al Partido Comunista no compensa jamás.»

No se lo puedo reprochar. Perdió a su único hijo a manos de la Revolución Cultural.

Pero le he dicho que esta vez las cosas van a ser de otro modo. China ha avanzado hacia una modernidad y se ha abierto al mundo. El presidente Mao lleva muerto casi trece años y el Partido ha reconsiderado su legado.

La gente de la generación de nuestros padres habla de cuando eran de las Guardias Rojas, de lo emocionantes que fueron aquellos tiempos... hasta que la revolución se convirtió en destrucción masiva. En el tren a Pekín, sentí por primera vez que entendía el entusiasmo de la gente. Los otros pasajeros compartían con nosotros su comida y nos decían cuánto apreciaban lo que estábamos haciendo los estudiantes por el país. A muchos de nosotros nos dejaron subir al tren sin billete, en un acto solidario de los guardias y los taquilleros.

En Pekín la atmósfera era de más cautela. Ayer fui a la plaza de Tian'anmen, pero no pude llegar hasta la zona de seguridad de los estudiantes ni con el carné de la universidad. Ví que los estudiantes estaban mandando de vuelta a los simpatizantes recién llegados de las fábricas o las universidades de otras provincias. Se los veía tensos. Uno me dijo que tenían miedo de la policía secreta que se está infiltrando en la plaza.

Han abandonado la huelga de hambre, pero miles de ellos siguen sentados en la plaza. Todavía ondeaban las banderas de las universidades. Los altavoces seguían difundiendo denuncias del trato que da el Partido a los estudiantes. Pero nadie tenía la sensación de que aquello sirviera para nada. Nadie se hace ninguna ilusión de que el gobierno, ahora que ha sobrevivido a la huelga de hambre y a manifestaciones de un millón de personas, vaya a darse por vencido. Los estudiantes no quieren retroceder, pero parece que no hay posibilidad alguna de que ganen. La gente que se acercaba a mirar seguía echando dinero en las urnas de la colecta y se preguntaban para qué iba a servir. Se ha llegado a un punto muerto en la plaza y nadie le ve el final.

Había muchos estudiantes venidos de todo el país dando vueltas por las calles. Estaban descontentos por el mal recibimiento de los estudiantes de Pekín. Muchos de ellos han viajado durante días para poder estar

ahí. Los estudiantes chinos están para el arrastre, pero los recién llegados todavía están llenos de entusiasmo y rebosantes de energía. Hablaban de organizarse entre ellos. Sentían que se estaban perdiendo lo mejor.

En Qinghai nos sentíamos excluidos, ¿no te parece? Ni que decir tiene que fuimos al ayuntamiento a expresar nuestro apoyo a la huelga de hambre. Tuvimos alguna pequeña refriega con la policía. Nos íbamos a parar los trenes que llevan suministros militares a Pekín, aunque vete tú a saber lo que llevaban y adónde iban. Hacíamos esas cosas porque sentíamos que debíamos hacerlas y porque, muy en el fondo, nos sentíamos culpables de no estar en Pekín, apachucando hombro con hombro con nuestros compañeros. Incluso se habló de hacer una huelga de hambre por nuestra cuenta, pero el número de voluntarios era muy pequeño. Todo el mundo quería estar en Pekín.

Era verdad lo que te dije de que no quería separarme de ti, pero tenía que volver por el bien del abuelo. Ojalá hubieras podido venir conmigo.

Estar aquí no me está resultando fácil, porque no soy de una universidad china. No he podido entrar en la plaza de Tian'anmen ni unirme a las barricadas antitanques. Intenté encontrar a mis antiguos amigos del instituto, que ahora están en la Universidad de Pekín, pero no conseguí dar con nadie. Todo el mundo estaba en la calle.

Hoy hemos sabido que se han visto soldados en el centro de la ciudad, aunque sólo sea un destacamento. Ahora el abuelo no me deja salir de noche. Las tardes han sido calurosas. Después de la cena, los vecinos salen a conversar o a pasear juntos por el vecindario, por las callejuelas estrechas. A todo el mundo le preocupa lo que pueda pasar a continuación.

Yo estoy inquieto, aunque no me creo muchas de las cosas que me han dicho el abuelo y los vecinos. Pero me estoy preguntando si nuestra juventud no nos habrá hecho ser demasiado optimistas. Todos sabemos lo que ocurrió en la Revolución Cultural y con qué brutalidad se arrastró con las vidas. Yo perdí a mi madre y a mi padre en esa violencia. Nos hacemos demasiadas esperanzas. Soñamos que somos muy grandes. Pero imagínate que ganan los estudiantes; ¿qué vamos a hacer? ¿Podemos componer un gobierno? ¿Podemos reconstruir China? Sólo tenemos veinte años. La revolución es una cosa y la producción, otra muy distinta.

Espero que no estés otra vez frustrada con «mi pesimismo», como tú lo llamabas. Recuerdo que te impacientabas cuando lo discutíamos. Tú decías que yo veía problemas donde no los había. Decías que yo pasaba por la fase del fin de carrera confundiendo incredulidad con madurez.

Tú nunca dudabas. Tú creías en la vida, el amor y, sobre todo, la esperanza. Estar contigo era como darse un baño de sol, lo necesario para hacerme olvidar de mi demonio interior. Pero sigo teniéndolo, y por las noches me mira con ojillos maliciosos. Tiemblo de miedo, y ni yo sé por qué.

Ojalá estuvieras aquí. Me darías ánimo. La chispa de tu mirada iluminaría mis más oscuros pensamientos.

Pienso en la noche que pasamos en tu cuarto. La revolución tiene su lado bueno: a nadie le preocupaban ya las normas. En algún lugar había una manifestación, y tus compañeros de cuarto allí se habían ido. Debían de verse estrellas por la ventana y a nuestro alrededor el mundo estaba en ebullición, la fe desplomándose, las hogueras ardiendo. Pero nada de eso importaba.

Tú sabes que te quiero, ¿verdad? Te querré siempre hasta el fin de mis días.

El abuelo está roncando al otro lado del cuarto, con una cara arrugada más pacífica que la de un bebé. Muy pronto tendré que hablarle de ti, de nuestro plan de casarnos y quedarnos en Qingdao cuando terminemos la carrera. Se le va a romper el corazón. Pero es lo mejor. Nuestro sitio está junto al mar.

Espero que los trenes correo estén circulando y que puedas recibir esta carta. No sé cuándo volveremos a vernos, pero cuento los días, las horas y los minutos.

Con amor,

L.

Mei apoyó la carta. Tenía la respiración acelerada. Kaili y su amante habían estado metidos en el movimiento estudiantil, que Mei había presenciado y en el que, para su arrepentimiento, no había participado. Ahora se sentía identificada con la cantante.

Reconocía la pasión que había habido entre ellos, y que latía también en su propio corazón. Eran de su misma generación; habían compartido la historia.

Mei sentía una fascinación especial por L., quizá porque él estaba más cerca de Pekín y más cerca de ella en edad, o quizá porque estaba leyendo sus palabras, escritas de su propia mano. Se hizo una imagen mental de él, pálido, con el pelo corto y negro y la mirada amable, un libro en la mano, callado y pensativo. Pero también era valiente.

¿Qué había sido de él? ¿Qué había sido de su amor? Mei quería saberlo. Con manos temblorosas cogió la última carta.

3 de junio de 1989

Querida Kaili:

Se va adentrando el crepúsculo y el *hutong* está en silencio. Estoy esperando a que el abuelo se duerma. Está tumbado en su cama a un metro de mí, en la otra punta del cuarto, moviéndose todavía. El calor ha refrescado, y es de esperar que pronto esté dormido.

Quiero escribirte antes de irme.

El abuelo me ha prohibido salir de noche. No vivimos lejos del centro de la ciudad. Si cojo la bici puedo llegar a la plaza de Tian'anmen o al paseo de Chang'an en media hora. Ahí fuera, miles de personas de mi generación están haciendo historia. Y yo aquí sentado noche tras noche, con un grupo de hombres mayores, y a veces también mujeres mayores, oyéndolos hablar del pasado.

¡Estoy deseando salir!

El abuelo me deja ir a donde quiero durante el día. Todas las mañanas me levanto temprano y me voy del *hutong*. Quiero saber lo que ha pasado durante la noche y estar con gente de mi edad.

Ahora la situación en Pekín es desesperada. Está cundiendo el miedo. Se han quemado autobuses para cortar el tráfico en el paseo de Chang'an. Se han incautado camiones y coches y se han amontonado todos juntos. Ya nadie duda que va a intervenir el ejército. Los estudiantes se preparan para el choque. Todo el mundo habla de gases lacrimógenos y disparos de pelotas de goma.

¿Cómo hemos llegado hasta este punto? No lo sé. La ciudad parece un campo de batalla.

Por la calle voy conociendo gente, sobre todo a estudiantes de otras provincias. Algunos se han instalado en casa de algún pariente, pero otros llevan desde que llegaron vagando por las calles y durmiendo al raso. Revolotean por la periferia como hojas secas. Quieren participar. Se dan cuenta de que la Historia se está haciendo. Yo me parezco a ellos en que también intento enterarme de lo que está pasando, pero no comparto su impaciencia ni su ingenuidad.

Ya sé lo que vas a decir: que otra vez estoy siendo pesimista. Puede ser. ¿Pero tú crees que lo hemos previsto todo? Cuando los estudiantes se sentaron a escribir sus peticiones, ¿se pararon a pensar qué posibilidades había de que fueran atendidas? Cuando se fueron a la plaza de Tian'anmen a hacer la huelga de hambre, ¿creyeron que iba a servir de algo, que el poderoso Partido Comunista Chino se iba a rendir sólo porque unos pocos estudiantes se estuvieran suicidando?

No hablo desde el punto de vista de quien perdió a sus padres en uno de los movimientos políticos de Mao, sino como analista objetivo de la historia. La muerte siempre se ha cebado con los chinos, y no sólo en la República Popular (cayeron millones en el Gran Salto Hacia Delante y cientos de miles en la Revolución Cultural), sino también durante las generaciones de emperadores.

Si queremos cambiar el curso de la Historia con sangre, tenemos que estar preparados para ver correr ríos de ella. Pero el derramamiento de sangre y la muerte no son el camino hacia delante. De las dos cosas ha habido ya demasiado.

Debe de ser la espiral antimosquitos, que me está mareando; o la noche, que está sofocante y demasiado silenciosa. Sea lo que sea, el caso es que siento la muerte cerca, en el aire. Estoy enfadado porque tengo miedo.

Ahora me estoy acordando de otro incidente. Cerca del mediodía, estábamos un grupo de estudiantes de

otras provincias y yo sentados en un bordillo. La mayor parte de las calles estaban desiertas, sin autobuses ni coches. De vez en cuando pasaba alguien en bicicleta. Nosotros estábamos discutiendo hacia dónde había que ir para encontrar algo de acción.

Entonces junto a nosotros pasaron pedaleando cerca de una docena de estudiantes; una bandera roja con un «Academia Espacial de Pekín» ondeaba tras una de las bicicletas. Algunos del grupo llevaban bandas blancas en la frente; no pude leer lo que llevaban escrito en ellas; iban hacia la plaza de Tian'anmen.

Todos nos animamos, y uno daba puñetazos al aire, gritando: «¡Lucharemos hasta el fin!».

Se nos levantó el ánimo. Hacía sol y el ancho bulevar irradiaba calor. Nos quedamos mirándolos hasta que desaparecieron.

Mis compañeros empezaron a hablar de la muerte. Había una chica de sólo dieciocho años. Dijo que no le importaría morir para que gente como sus padres despertara. Era como si nuestro país hubiera muerto. Ella se preguntaba cómo puede la gente someterse sin cuestionárselo al gobierno de acero del Partido.

Yo ya no aguantaba seguir escuchando, así que me fui.

Esa chica me recordaba a ti. Me acordé de aquella noche que pasamos en la estación de Qingdao. Estábamos sentados en las vías, y algunos de nuestros compañeros de estudios se tumbaban para que los trenes no pudieran moverse. A ti te brillaban los ojos de inocencia y emoción. Te empeñaste en que nos sentáramos justo delante de la locomotora.

Habría quizá unas cien personas en la estación y nos pasamos la noche cantando viejas canciones soviéticas y cantos populares, marchas revolucionarias, canciones de cuna e hitos del rock. Nos sentíamos como si formáramos parte de un plan divino y nuestras vidas tuvieran un propósito más elevado. Estábamos tan asustados que no podíamos callarnos ni un minuto.

He sentido ese mismo miedo en las calles de Pekín, pero ahí nadie cantaba. Estábamos a la sombra de los viejos palacios, silenciosos. En nuestro silencio casi llegaba a oírse la catástrofe.

Aun así, intentamos resistirnos a ella. Cuanto más desesperada era la situación, más ganas teníamos de luchar.

Aquella chica de dieciocho años tenía las mejillas hinchadas. Decía que el peor castigo que podríamos infligir a nuestro país sería no intentar cambiar las cosas. ¿Estás tú de acuerdo? ¿Nos arrepentiremos algún día si no luchamos hasta el fin?

Esta noche, la radio ha difundido advertencias del gobierno municipal. Conminan a ciudadanos y a estudiantes a no salir esta noche. Ni que decir tiene que cuando he dicho que quería enterarme de lo que está ocurriendo el abuelo se ha negado en redondo a permitírmelo. Para él no cabe duda de lo que va a pasar. El ejército, que se ha concentrado en las afueras de Pekín, va a cargar.

La espiral antimosquitos se ha consumido. El abuelo lleva un rato sin moverse. Puede que esté dormido.

Voy a esperar otros cinco minutos para estar seguro. Entonces saldré del *hutong* y bajaré en bicicleta la calle Sur de la Torre del Tambor hasta la plaza de Tian'anmen. He estado demasiado tiempo en casa, no sé si por cobardía o por reflexión. Tengo que salir. Es la única forma de averiguar lo que está pasando.

Pienso en aquellos estudiantes tumbados delante de los tanques en las Montañas del Oeste. Me comparo a mí mismo con ellos. Ellos tienen algo que a mí me falta: están decididos. No cuestionan ni dudan. Me dan envidia.

Ahora que estoy lejos, pienso más en ti que nunca. Repaso mentalmente tus rasgos como en una película. Veo encenderse tus ojos y tu cara resplandecer con una clase de belleza tan transparente como el corazón de un niño. Me pregunto qué es lo que te hace tan radiante. Es más que juventud. Es pasión y confianza.

Parece decadente pensar en el amor cuando la Muerte acecha en la sombra. Pero tanto hablar de ideales me ha dejado seco. Tu recuerdo, como agua fresca, me da valor. Te quiero.

Hay un viejo arce en nuestro *hutong*. Cuando yo era pequeño solía treparme a él y sentarme en una de las ramas altas a ver cómo atardecía por detrás de la Torre del Tambor. El abuelo me había contado que en tiempos del emperador batían en ella veinticuatro tambores para dar las horas y el cambio de los relojes por la noche. Puede que sea ésa la razón por la que siempre he sentido que la torre, con su superposición de tejadillos curvos y sus gruesos muros, tiene un poder místico.

Desde lo alto del arce veía también los *hutong*, las estrechas callejuelas que serpenteaban de un lado para otro, como un laberinto, como las raíces de un viejo árbol. Raíces que cada año crecían un poco. Se iba instalando más gente en los patios, nacían bebés, los hijos se casaban. Aquí y allá se desmoronaba un muro

o se caía una casa, o se construía una ampliación en el espacio que se pudiera encontrar; se alzaban palomares, se reparaban chimeneas. Como una fea pero indestructible forma de vida primitiva, el *hutong* iba subsistiendo.

Quizá sea así como acabe esto, espero: triunfando la vida, y no la muerte.

Tengo que irme. Pero te prometo que volveré a escribir muy pronto.

Tuyo para siempre,

L.

Las hojas se le resbalaron de los dedos. Mei recordó aquella noche en la plaza de Tian'anmen. Desde el recinto de las residencias ministeriales, donde ella vivía, oyó los tanques y otros vehículos militares que enfilaban con estruendo el paseo de Chang'an y salió corriendo a mirar qué estaba ocurriendo. Una bala perdida pasó cerca de ella y de su compañera de cuarto. La artillería encendió el cielo. La poderosa maquinaria del ejército chino había llegado para aplastar a los desarmados estudiantes. Se acordó de que había escrito a Ya-ping, su novio que estudiaba en Chicago, para contarle que algunos de sus amigos estaban heridos, otros habían desaparecido. Le escribió varias cartas largas sobre lo que había visto aquella noche y en los días que siguieron; sobre su sentimiento de culpa por no haber estado en la plaza, y sobre su soledad. Sentía que sus amigos la habían abandonado, igual que los abandonó ella cuando la necesitaban. Se sentía culpable por haber sido incapaz de ayudar.

Mei no envió jamás aquellas cartas, sabiendo que serían revisadas por el aparato de seguridad del Estado. Ya-ping tampoco escribió entonces. Mei pensó que quizá temiera lo mismo que ella. Pero cuando algunos meses más tarde recibió carta suya, lo que él le contaba era que se había enamorado y que no iba a volver.

En ese punto Mei sintió una sed raspante. Con un vahído, se levantó y fue a la cocina. En los años que siguieron, se había preguntado si lo de la plaza de Tian'anmen habría influido en la decisión de Ya-ping.

La nevera estaba casi vacía, salvo por unas cuantas latas de cerveza y una botella de sake. Mei bebió un poco de agua del grifo, con la esperanza de no ponerse enferma al día siguiente.

En el camino de vuelta hacia el despacho, oyó ruido a la puerta del apartamento. El corazón le dio un vuelco. ¿Qué pasaría si alguien la encontraba? ¿Qué podía decir para justificarse? Se quedó quieta y aguzó el oído. Alguien hablaba en voz alta en el pasillo de la escalera. Sonaba como una discusión entre vecinos.

La noche se iba adentrando, y Mei miró el reloj. Eran cerca de las once. Se tomó un respiro y trató de poner en claro sus pensamientos. Estaba traspasada por lo que había leído. ¿Qué le habría pasado a L.? ¿Habrían vuelto a verse alguna vez Kaili y él? ¿Habría muerto en la plaza? Quería averiguar más de él y de aquella Kaili a quien por lo visto nadie conocía realmente.

Rebuscó entre los álbumes de fotos y de recortes. Había imágenes publicitarias y fotos tomadas en fiestas, pero nada «antiguo»: ninguna foto de la infancia. Siguió hojeando las páginas, cada vez con mayor frustración. Entonces se detuvo. Había una bonita mariposa

de papel pegada en la primera página de un álbum de recortes. Con mucho cuidado la despegó y la levantó hacia la luz. Estaba hecha de un papel de arroz blanco casi transparente de puro fino. Las alas se habían montado sobre marcos de bambú del grosor de un pelo y se les habían pintado nervios dorados. Cuando Mei le dio la vuelta, la mariposa pareció aletear. Entonces, con un sobresalto, vio una pequeña «L.» dorada inscrita en una de las alas.

Xiao Hua posó la cesta junto a la tumba de su madre. Quitó algo de hierba y alisó el suelo. La lápida era pequeña y sin ninguna inscripción. Con el tiempo se había erosionado y agrietado. De la cesta sacó un cuenco de bollos al vapor y otro de manzanas; los colocó delante de la lápida.

–Ven, Segunda Rama. Hazle un *ketou* a *ma*.

Segunda Rama se arrodilló al lado de su hermana. Se inclinaron.

–La cosecha ha sido buena este año, *ma*. Hemos comprado un nuevo tratamiento de hierbas para *ba*. Él ha dicho que quizá incluso podríamos apartar algo de dinero para Segunda Rama. Es hora de que tome esposa.

–N-n-n-n-no.

–Pronto vas a cumplir dieciocho años. Ya es hora –Xiao Hua miró con ternura a su hermano. Se volvió otra vez hacia la lápida y juntó las palmas de las manos–. *Ma*, éste es Lin. Es el hombre del que te vengo hablando. Sin su ayuda no se nos habría dado tan bien la cosecha. Hemos tenido suerte, *ma*. Gracias a ti que velas por nosotros.

Xiao Hua y Segunda Rama se levantaron. Cogieron de la cesta tiras de dinero fantasma blanco y las prendieron. La llama fue creciendo lentamente, un humo negro salió en volutas y el fuego se tragó el papel, constelando de chispas el viento.

Cuando se hubo apagado y sólo quedaron cenizas e hilos de humo, Lin se despidió de ellos.

–A-a-a-adiós, hermano mayor –Segunda Rama le tendió la mano, y Lin le dio la suya.

–Segunda Rama –le dijo–, tú eres inteligente. No dejes que nadie te diga otra cosa.

Segunda Rama apretó los labios y asintió con la cabeza. Daba la impresión de que quería decir más pero no le salían las palabras. Se limitó a sonreír.

Xiao Hua le dio a Lin un paquetito, envuelto en un trozo de tela de un corte que había comprado.

–No lo abras todavía.

Lin no le hizo caso. Dentro encontró un par de alpargatas nuevas y algo de dinero doblado y vuelto a doblar.

–No puedo cogerlo. Son tus ahorros –no había más que cinco o seis billetes, pero él sabía lo que significaban para la familia Xue.

Xiao Hua le volvió a poner el dinero en las manos. Ahora estaba llorando.

–¡Vete! ¡Vete ya!

–Adiós –dijo Lin. Algo le decía que nunca volverían a verse.

Dio media vuelta y anduvo montaña abajo, vacilantes los pasos. No miró atrás. Cuando llegó abajo buscó el camino que iba a llevarle a casa.

Segunda parte

Mei no durmió bien. Fragmentos de las cartas de Lin se infiltraban en sus sueños. A la mañana siguiente se levantó aturdida, y se quedó un rato sentada en la cama, pensando en el pasado.

Ella estaba trabajando en el Ministerio de Seguridad Pública en aquella primavera de 1989, que empezó como cualquier otra primavera. Los sauces llorones reverdecían, las lilas florecían en las riberas. Pasado el largo y frío invierno, las familias se iban a las Montañas del Oeste por la fiesta del Florecer del Melocotonero.

Pero mientras iba haciendo más calor y las magnolias iban llenando el patio del emperador en el Palacio de Verano de níveas flores, ella estaba inquieta. Esperaba con ansiedad las cartas de Ya-ping, su novio desde hacía tres años, que se había ido a vivir a Estados Unidos el verano anterior. Llegaban cada vez con menos frecuencia.

El 15 de abril fue un día caluroso. Lo recordaba porque fue el día en que llamó por teléfono a Ya-ping. Se había ido al Hotel de la Amistad, uno de los pocos lugares de Pekín desde los que se podían hacer llamadas internacionales, y se había gastado en teléfono el sueldo de un mes. Se quedó sentada en el locutorio con las lágrimas rodándole por las mejillas, abrumada de alegría de oír su voz. Decía que esos últimos años de la licenciatura estaban resultando más difíciles de lo que él pensaba, y que tenía que ir a clases suplementarias de inglés; pero prometió escribir pronto. *I love you*, le dijo en inglés antes de que colgaran.

El 15 de abril de aquel año el antiguo presidente del Partido Comunista, Hu Yaobang, murió de un ataque al corazón. Las noticias habían sorprendido a todo el mundo. En el ministerio hubo revuelo de agentes durante días después de aquello. Mei estaba terminando un programa de un año de prácticas, trabajando horas extraordinarias en la oficina central de relaciones públicas. Su jefe, que más tarde le pediría que fuera su asistente personal, había empezado a esbozar para ella un brillante futuro en el ministerio.

Entonces hubo problemas. Muchos estudiantes de la universidad veían a Hu Yaobang como simpatizante y protector suyo, porque había sido tolerante con las protestas estudiantiles durante su presidencia, y solicitaron asistir a su funeral. Pero también había sido el jefe del partido que gobernaba China, por lo que su funeral era un asunto de Estado. Los estudiantes no estaban invitados.

Llegado el día, el ministerio estaba en tensión. Los rumores de que los estudiantes

estaban haciendo una sentada a la puerta del Gran Salón del Pueblo se habían propagado como un incendio. La gente iba deslizándose de despacho en despacho tratando de averiguar lo que estaba pasando. Mei oyó decir que había veinte mil estudiantes sentados en la plaza de Tian'anmen.

Después del trabajo se fue a ver a unos amigos, una pareja joven que vivía en el mismo edificio que ella. Se sentaron los tres ante el televisor con el menú de la cantina del ministerio a ver los sucesos del día.

Por la mañana temprano se habían juntado cuarenta mil estudiantes en una sentada en la zona oeste de la plaza. Voceaban consignas y cantaban. Había banderas rojas en representación de casi todas las instituciones de enseñanza superior de Pekín. En el interior del Gran Salón del Pueblo, el funeral continuaba según lo previsto. Todos los altos cargos estaban allí.

En el exterior, el sol castigaba. Se produjo un tumulto. Se abrió una puerta lateral y salieron algunos empleados del Gran Salón. Los representantes de los estudiantes fueron a su encuentro, y llevaban con ellos una petición portadora de cien mil firmas. Querían hacérsela llegar al gobierno. Los empleados les respondieron que estaban perturbando el orden y les pidieron que se marcharan.

Cuando éstos desaparecieron otra vez en el Gran Salón, los estudiantes volvieron donde sus camaradas. Al poco, tres de ellos salieron de la masa humana y subieron los imponentes escalones de piedra. Se detuvieron en lo alto y se arrodillaron, levantando la petición por encima de sus cabezas.

Mei y sus amigos permanecían en silencio. El locutor dijo que los estudiantes se habían quedado en el sitio cuarenta minutos, sin que nadie se acercara a recoger el pliego.

Esa noche, descansando en su almohada, Mei repasó mentalmente aquellas imágenes: las caras de estudiantes que le resultaban familiares, caras tan jóvenes como la suya propia, el sol fulgurante en las banderas rojas, las tres figuras de rodillas en lo alto de los escalones de piedra blanca. El corazón le dolía.

A los pocos días, los estudiantes se estaban marchando de las clases. Se manifestaron por las calles y fueron a la plaza de Tian'anmen. Allí reclamaron libertad de expresión y democracia. Se estableció una federación de estudiantes universitarios y una delegación formada para promover el diálogo con el gobierno. En poco tiempo se les habían unido obreros, funcionarios, padres y abuelos.

En el ministerio había reunión todos los días y le dijeron a todo el mundo que había llegado la hora de la verdad. Que su futuro iba a estar determinado por lo que decidieran: ¿iban a estar del lado del Pueblo y el Partido, o con los anarquistas? «Es en las crisis donde las auténticas convicciones salen a la luz», gritaba el ministro por el micrófono.

Pero Mei tenía el pensamiento puesto en las calles y en la plaza de Tian'anmen. Se imaginaba a sus amigos manifestándose, pidiendo libertad y democracia. Quería liberarse de los altos muros del Ministerio de Seguridad Pública.

Quedó con Hermana Mayor Hui en una cafetería del barrio en *zhongguancun*, cerca del que fuera su centro de estudios universitarios, la Universidad de Pekín. Cuando Mei salió de la universidad, Hermana Mayor Hui continuó allí, haciendo estudios de posgrado.

–No vengas, Mei –le advertía Hermana Mayor Hui desde detrás de una lata de leche de coco–. Te guste o no, si te sumas a los estudiantes te van a ver como representante del Ministerio de Seguridad Pública. Algunos te considerarán una heroína, pero otros pueden sospechar que eres una infiltrada. ¿Estás segura de que quieres ser una heroína? Yo desde luego no quiero verme metida en ningún escándalo de espionaje. Además, tenemos partidarios de sobra. Una más no se iba ni a notar –su voz sonaba burlona.

–¿Qué quieres decir?

–Mei, tú eres mi amiga. Cuando me has pedido que quedáramos aquí, he venido, aunque estoy muy ocupada. Cincuenta estudiantes de los nuestros, la mayoría de dieciocho o diecinueve años, están haciendo una huelga de hambre en la plaza de Tian'anmen. Así que te soy sincera. Tú no estás hecha para actos heroicos, y además, no seas ilusa: la mera idea de participar en una acción colectiva, como es la nuestra, te pondría probablemente enferma.

–¿Me estás diciendo que soy una cobarde?

–¡No! Sólo que no te dejas llevar. El hecho mismo de que hayas querido hablar conmigo en lugar de echarte a la calle con un cartel de «La policía apoya a los estudiantes» dice ya mucho de ti. Nunca te has sentido a gusto en los movimientos de masas. Algún día vas a ser más valiente que todos nosotros, pero lo harás a tu modo.

Pasó un camión abarrotado de estudiantes, con una bandera roja al vuelo, iluminada por cuatro caracteres gloriosos: *Bei Jing De Xue* (Universidad de Pekín). La gente de la calle los saludaba con las manos y gritaba palabras de adhesión. Los ciclistas hacían sonar los timbres.

A Hermana Mayor Hui le brillaron los ojos:

–Esta vez tenemos posibilidades de ganar. Durante días, un millón de personas se ha manifestado alrededor de la plaza de Tian'anmen en apoyo de la huelga de hambre; puede que se haya movilizado el país entero. Ayer, cuando estuve allí, sentí que aquello era de verdad la voluntad del Pueblo. Miraras a donde miraras veías un mar de caras, banderas rojas y pancartas. Estoy segura de que sabes que han ido llegando comunicados de la Central del Partido. En uno se decía que los estudiantes estaban siendo manipulados por antirrevolucionarios, y otro llamaba a todos los miembros del Partido a quedarse del lado del Partido. ¿Que cómo lo sé? Ah, Mei, nosotros tenemos nuestras fuentes... Mis padres tienen miedo. Vieron demasiados horrores en la Revolución Cultural. A mi padre todavía le quedan secuelas de los tiempos del campo de trabajo. Le sigue doliendo la rodilla cada vez que llueve. Pero el que murió en la cárcel fue tu padre.

Mei bajó los ojos. El café se le había enfriado, pero se lo bebió igual. Le supo amargo.

Pero Hermana Mayor Hui se equivocaba en lo de la victoria. Al ejército sólo le llevó

una noche despejar la plaza de Tian'anmen. Muchos quedaron muertos o heridos en los hospitales cercanos al paseo de Chang'an. Se declaró la ley marcial en Pekín.

Dos días después, Mei intentó ir en bicicleta al centro de la ciudad. Normalmente atestado y bullicioso, lo encontró notablemente silencioso. No se oían timbres de bicicleta ni llantos de niño. También el color parecía haberse desvanecido. Las calles estaban cubiertas de vehículos quemados, ladrillos rotos, manchas de sangre ennegrecidas y escombros. Ya no había banderas rojas ni jóvenes caras entusiastas con bandas blancas en la frente. Los muros de los edificios de apartamentos estaban picados de agujeros de bala. Soldados con las semiautomáticas preparadas para hacer fuego vigilaban las intersecciones de las calles.

Mei tuvo que pararse en un cruce. Una larga fila de camiones militares cubiertos retumbaba bulevar abajo, los cañones de fusil sobresaliendo por los lados. El miedo la estremeció hasta los huesos. Nunca llegó al centro de la ciudad. Lo habían clausurado.

En unos pocos días casi todos los dirigentes estudiantiles fueron detenidos, y más tarde sentenciados a largas condenas. Los «violentos» y los «malos elementos» fueron ejecutados. Mei esperaba las cartas de Ya-ping, que no llegaban nunca.

El radiador que había junto a su cama hizo un ruido sordo, despertándola del pasado. Se levantó, se puso una gruesa chaqueta encima del pijama y se fue a la ventana. Los tejados de Pekín se cernían bajo el cielo brumoso hacia el horizonte.

El ejército había entrado en Pekín y había abierto fuego sobre los estudiantes el 4 de junio de 1989. A lo largo de los últimos nueve años, esa fecha se había convertido en un secreto. El gobierno nunca la mencionaba, pero Tian'anmen se cerraba todos los años por el aniversario. Nadie hablaba de ello. Era como si hubieran enterrado un cofre y hubieran tirado la llave. Pero a cada poco ocurría algo que hacía que recuerdos frescos como las emociones de aquel día se dispararan en Mei. Esta vez habían sido las cartas de L.

Mei se hizo un café y se sentó con él en el sofá. Había ido al apartamento de Kaili en busca de respuestas, pero había salido de allí con más preguntas. No sabía si con eso estaría más cerca de encontrar a Kaili. Aun así, se sentía animada. Había descubierto verdades, y por pequeñas y lejanas que pudieran ser, la llevarían a otras verdades. Cogió la mariposa de papel, que reposaba junto a la carta de L. sobre la mesita de café. Pensó con asombro en su belleza y en lo que podría significar.

El camino en coche hasta su oficina fue estresante. Nada más salir de la carretera de circunvalación, Mei se metió en un atasco que duraba kilómetros. Los ciclistas iban zigzagueando entre los coches y los camiones inmóviles, chocándose unos con otros. Los autobuses machacaban con humo negro y suciedad la nieve. Las tiendas de los lados de la calle permanecían cerradas, pero quedaban los abigarrados anuncios para tentar a los transeúntes desde los escaparates.

Cuando por fin Mei entró en el aparcamiento de su oficina, la nieve había cubierto el

viejo roble. Se erguía cual elaborada escultura, como si alguien hubiera espolvoreado una a una sus ramas con azúcar de un blanco immaculado: un monumento a la renovación. Mei apagó el motor. Levantó la mirada a la última ventana del primer piso, de donde pendía una hilera de carámbanos, y se preguntó si Gupin estaría dentro.

A la puerta, las bicicletas, con las ruedas candadas, estaban amontonadas unas sobre otras. Junto a ellas había un hombre menudo, encogido bajo un chaquetón de invierno y un gorro militar con forro y orejeras. Tenía la espalda doblada. Sus miembros daban la impresión de estar plegados hacia el interior del cuerpo. De vez en cuando daba golpes con los pies en el suelo y se echaba el aliento en las manos enguantadas. Mei lo miró de soslayo al pasar junto a él. Los dos ojillos penetrantes que escudriñaban desde debajo del gorro se movieron con rapidez y se detuvieron para observarla.

Ella se zafó entrando en el edificio.

—¡Súbete el agua caliente! —gritó el portero. Tenía la puerta entornada. Mei la empujó y lo vio sentado junto a la ventana mirando hacia fuera, con las piernas apoyadas en la mesa. Estaba escuchando ópera pekinesa en una radio anticuada y acompañaba cantando desafinado, balanceando la cabeza. De pronto se dio una palmada en la pierna. En la radio, el cantante había prolongado una nota alta con un fino grito. Como en un calco de su ascenso, el portero estiró la mano derecha, temblorosa, hacia el techo.

Mei cogió un termo de agua caliente y gritó:

—¡Gracias!

El portero no se volvió, pero le hizo un gesto con la mano para que viera que la había oído.

En su oficina encontró todo igual que lo había dejado. Ni rastro de Gupin. Mei cerró la puerta. Estaba el ordenador de Gupin, solitario recordatorio de su persona, sobre su mesa, en la antesala. No había mensajes en el contestador automático.

Oyó unos golpecitos flojos, tímidos casi, en la puerta. Al cabo de medio minuto sonaron otra vez.

Mei abrió la puerta. Ante ella estaba el hombre menudo que había visto a la entrada del edificio. Llevaba todavía el gorro militar con orejeras, pero la espalda se le había enderezado. La luz que salía por la puerta lo iluminaba. Tenía una cara joven y casi pícara.

—¿Es usted Wang Mei? —preguntó con fuerte acento.

—Sí.

—Soy amigo de Gupin. Me llaman Joven Montaña.

—Me temo que Gupin no está —dijo Mei, todavía sujetando la puerta.

—Ya lo sé. Por eso he venido. Tuvo un accidente ayer y lo llevaron al hospital.

—Pasa.

Joven Montaña entró en el cuarto. Se quitó el gorro y lo estrujó con las manos.

—¿Dónde está? ¿En qué hospital? —preguntó Mei, el corazón palpitándole.

—Ahora está en casa. No se puede quedar en el hospital. No tenemos asistencia

médica.

«Pues claro», pensó Mei. Los trabajadores de provincias no reciben prestaciones sociales en Pekín.

–¿Cómo está? –preguntó.

–Tiene algunos cortes y una pierna rota.

–¿Te sientas? –Mei le acercó una silla.

–No, gracias. He venido para pedir ayuda. Gupin no está bien. Tiene fiebre. ¿Conoce usted a algún médico que pueda ir a verle? Tenemos dinero para pagar.

–¡Un médico! –Mei pensó en Lu, que tenía probablemente los mejores contactos de todo Pekín–. Espera, por favor –le dijo a Joven Montaña. Se metió en su despacho y descolgó el teléfono.

–¡Ah, eres tú! –exclamó su hermana–. Creí que era otra vez el inepto del agente inmobiliario ese. Estoy intentando invertir en la compra de algunos pisos. Los precios de venta están subiendo, pero los alquileres también.

Mei le contó lo que le había pasado a Gupin.

–Por supuesto que conozco a médicos y a cirujanos –dijo Lu–, pero no creo que quieran ir a visitar a un trabajador de provincias, y sobre todo con el tiempo que hace. ¿No puede buscarse él mismo un médico? Está abusando de ti, Mei. Esto no es problema tuyo. A mí nunca me ha gustado lo de que contrataras a un trabajador de provincias; estaba claro que iba a haber complicaciones.

–Tengo que ayudarle. Es mi secretario –además era su amigo, y no pensaba dejarle en la estacada.

–Pues igual ha llegado el momento de buscarse a otro. Mira, hermana, tú te pasas de buena. Cuidar a Gupin no es asunto tuyo. Pero si no es más que un empleado.

Mei colgó, despechada. Se sentó tras su escritorio y estuvo pensando un rato. Su amigo de la infancia Ding ¿la ayudaría? Él era médico, pero hacía ya dos años que había dejado el hospital para ganar más dinero vendiendo instrumental médico. A Mei le parecía un desperdicio que un licenciado de la principal facultad de medicina de China se ganara la vida como vendedor ambulante.

Marcó su número. Él y su mujer vivían en el apartamento que le había proporcionado a ella su centro de trabajo. Había un teléfono de uso común en cada planta.

Para sorpresa de Mei, fue Ding quien lo cogió.

–¿No estás de viaje? –le preguntó.

–El gobierno está volviendo a aplicar medidas restrictivas –a Ding parecía que no le importaba quién pudiera oírle. Mei supuso que los demás se habrían ido todos al trabajo–. Son las Fiestas de la Primavera. Ya sabes cómo les gusta eso de apretar el control durante los «periodos especiales». Los hospitales tienen que atenerse a las normas y conseguir todo lo que necesiten de la Oficina de Equipamiento Médico.

–¿Significa eso que no estás ocupado?

–Eso es. Volveré a trabajar en un mes, cuando todo esto haya pasado.

–¿Podrías venir a ver a un amigo? Mi ayudante ha tenido un accidente de tráfico y está herido. No es de Pekín y aquí no tiene seguro médico. Pero tiene dinero para pagar... aunque quizá no mucho.

–No te preocupes por el dinero. ¿Dónde está?

Mei se avergonzó de no saberlo.

–¿Dónde vive Gupin? –le preguntó a Joven Montaña.

–En la Aldea del Depósito del Sur.

–¿Dónde está eso?

–Cerca de Sieteárboles.

–Ding, ¿sabes dónde está Sieteárboles?

–Sí, pero voy a tardar bastante en llegar hasta allí. Desde donde estoy no hay autobús directo.

–Cógete un taxi. Yo te lo pago. Dile al conductor que te lleve a la Aldea del Depósito del Sur. Allí nos vemos.

Colgaron.

–¿Dónde está Sieteárboles? –preguntó Mei poniéndose el abrigo.

–Cerca de Mediatienda –dijo Joven Montaña.

–¿Me puedes ir diciendo el camino?

–Creo que sí.

A Joven Montaña no se le daba demasiado bien indicar el camino. No sabía ni uno sólo de los nombres de las calles. Fueron buscando puntos de referencia que él había visto desde los autobuses y se perdieron un par de veces, pero al final llegaron a Sieteárboles. Mei condujo por la calle principal, luego hizo un giro cerrado y al instante estaban en un camino rural. A ambos lados, los campos cubiertos de nieve se extendían como un páramo. El pequeño Mitsubishi rojo avanzaba penosamente por la carretera helada, el motor amenazando calarse. A través del parabrisas, Mei no conseguía distinguir más que un pueblo en el horizonte.

Joven Montaña hablaba sin parar:

–Mi mujer trabaja en un restaurante. Tienen teléfono. La llamó alguien del hospital, no sé si una enfermera. Normalmente su jefe no deja salir a nadie antes de su hora, aunque no haya trabajo, pero últimamente está muy contento con mi mujer porque nos hemos quedado en Pekín a trabajar durante las fiestas. En vacaciones necesitan gente. Se gana mucho dinero. Tenemos un hijo, de un año. Está con los abuelos. Cuando crezca lo traeremos a Pekín. No queremos volver a nuestra tierra. Aquí se vive bien.

–¿Cómo estaba Gupin cuando llegó al hospital? –Mei estaba ansiosa de enterarse mejor de lo que había ocurrido.

–Primero, mi mujer vino a buscarme a mí. Yo le pregunté al capataz de mi cuadrilla si me podía tomar el resto del día libre, pero me dijo que no, que habíamos llegado tarde. Bueno, no habíamos podido evitarlo... había tormenta de nieve. Dijo que él no nos paga para que lleguemos tarde. Que la construcción no espera a nadie. ¡El muy huevo de tortuga...! ¡Si hace meses que no nos pagan! Cuando me marché se puso a gritarme, diciendo que no me molestara en volver. ¡El muy perro! No le tengo miedo. La mayor parte de los trabajadores de provincias se vuelven a casa por las Fiestas de la Primavera, y hay un montón de trabajo. Te vas por la mañana a las zonas de contratación y sobre la marcha te consigues algo.

–¿Qué aspecto tenía Gupin cuando lo viste?

–Cuando mi mujer y yo llegamos estaba acostado en una camilla de la sala de urgencias, todo cubierto de vendas. Lo habían operado y le habían escayolado la pierna. El médico dijo que no podían darle una cama pero que necesitaba cuidados, y le dio algunos analgésicos. Yo le pedí prestado un triciclo de reparto a un hermano que trabaja cerca del hospital y nos llevamos a Gupin a casa. La tormenta estaba fea. Llevé el triciclo

pedaleando veinticinco *li*, desde allí hasta el Depósito del Sur. De camino, mi mujer dijo que quería hacerle a Gupin sopa de pollo, pero con aquella ventisca dónde iba a encontrar un pollo.

Justo en ese momento llegaron a la entrada del pueblo. Mei paró el coche al lado de un puente de madera y se apearon. La temperatura había bajado más todavía, el viento les heló los huesos. Cruzaron andando el puente, que crujió bajo sus pies. Por debajo había un arroyo helado cubierto de nieve.

—Gupin para mí es como un hermano —decía Joven Montaña—. El invierno pasado cuando me lesioné en el trabajo me ayudó a pagar las facturas del médico y se ocupó de mi mujer y de mi hijo. Tiene un corazón de oro —asintió rotundo.

Un callejón de unos dos metros de ancho serpenteaba por entre las estrechamente apretadas casas con patio. Los muros estaban agrietados, y el enlucido se estaba pelando por zonas que mostraban ladrillos putrefactos. En el suelo había trozos de hielo amarillo cubiertos de hojas de col congeladas y huesecillos. Mei y Joven Montaña rebasaron las letrinas comunes y un árbol sin hojas.

Un hombre viejo emergió de uno de los patios, tosiendo, el fino pelo gris revoloteando al viento. Tras él, el portón de madera se cerró con un chirrido. Estaba empapelado de carteles con avisos que advertían de «enfermedades sexuales».

—Aquí estamos —dijo Joven Montaña, volviendo a abrirlo.

Mei lo siguió. Al ir adentrándose, la duda surgió en su mente. Joven Montaña cruzó el patio y desapareció dentro de una casa gris. Era ligeramente mayor que las vecinas, las ventanas cerradas con cinta adhesiva y cubiertas con periódico.

Mei se detuvo. Los periódicos siempre estaban publicando historias de raptos y atracos en sitios como ése. Le dio la impresión de que los rancios muros, desmoronándose desde los tiempos de los emperadores, la estaban cercando.

La puerta volvió a abrirse y reapareció Joven Montaña, haciéndole señas para que entrara. Mei respiró hondo. Ya había llegado hasta allí. Ahora lo único que tenía que hacer era dar los últimos pasos.

El cuarto olía al humo de una estufa de carbón. Gupin estaba sentado en la cama, apuntalado con dos almohadas. Tenía la cara deformada por cortes, magulladuras y grandes esparadrapos de sutura. Llevaba una de las manos vendada. Una colcha le tapaba las piernas, pero una la tenía visiblemente más abultada que la otra.

—Joven Montaña no te debería haber traído aquí —dijo. Sonreía, pero Mei se dio cuenta de que estaba enfermo. Tenía la mirada apagada, el rostro febril.

—He querido yo venir. ¿Cómo te encuentras? —se acercó a él y se sentó a su lado, en el borde de la cama—. Joven Montaña me lo ha contado. Va a venir un médico amigo mío a verte.

Echó una mirada a la habitación. Estaba amueblada con sencillez. Junto a la puerta había una tinaja de agua con una calabaza de peregrino, vaciada para usarla como cazo, colocada en equilibrio sobre la tapa. Pegado a la pared había un armario; encima,

edredones enrollados y dos cajas de cartón. Una cuerda de tender cruzaba el cuarto, cortando un triángulo desde la estufa a la cama de Gupin; en ella se estaban secando dos toallas de manos. Junto a la estufa había una pila de carbón.

–Está muy sucio –dijo Gupin, respirando con esfuerzo.

Joven Montaña le interrumpió: iba a salir, dijo, pero estaría de vuelta enseguida.

–¿Por qué vives aquí? –preguntó Mei desconcertada–. Te pago bien. Podrías haberte alquilado una habitación, por no decir un apartamento, en la ciudad.

Gupin echó una mirada a la ventana sucia y a un agujero de la pared que había sido rellenado con periódico.

–Aquí es barato. Cuanto más ahorro, más puedo mandarle a mi madre. Está paralítica, así que siempre anda corta de dinero. Cada visita del doctor es una factura que hay que pagar. Las plantas medicinales cada vez cuestan más. Mi hermano dice que el médico de la capital comarcal le ha contado que ahora se puede conseguir una medicina importada, muy eficaz, pero cara. Ahora que yo trabajo en la ciudad, mi cuñada quiere contratar a alguien para que se ocupe de *ma* –Gupin sonrió–. A ti puede que te parezca que este cuarto no está bien, pero a mí no me importa. Yo vengo de un pueblo mucho más pobre que esto. Además, casi todo el tiempo me lo paso en la oficina –se chupó los labios–. Aquí viven muchos trabajadores de provincias, familias con niños. En la puerta de al lado están Joven Montaña y su mujer. Son de la misma zona que yo. Cada vez que uno de nosotros vuelve al pueblo, el otro puede mandar mensajes o un paquete de comida. Nos ayudamos el uno al otro.

Joven Montaña irrumpió en el cuarto con un cuenco humeante. Le dijo algo a Gupin en el dialecto de ambos, y luego le dijo a Mei, con una sonrisa, mientras ponía el cuenco a enfriar en el alféizar de la ventana:

–Mi mujer ha hecho sopa de pollo. ¿Cuándo va a venir el médico?

–Debería llegar enseguida.

–Me voy al puente a recogerle.

–Pero si nunca le has visto. ¿Cómo le vas a reconocer?

–Viene en un taxi. Ya preguntaré –y salió.

–Tuve yo la culpa. Qué estúpido –Gupin se recostó en las almohadas y suspiró–. Iba demasiado cerca de los coches. La calle estaba resbaladiza y la nieve caía cada vez más fuerte. Tenía que haber cogido el autobús en lugar de la bicicleta, pero no quería llegar tarde. Sabía que tenías que resolver el caso del niño que murió en el hospital antes de que yo me fuera al pueblo –se miró la pierna rota–. De todas formas ahora no puedo viajar. Pero llevo sin ver a mi madre un año, y siempre hemos pasado juntos las Fiestas de la Primavera.

–Igual podemos hacernos compañía el uno al otro. Mi hermana se va a llevar a mi madre a Canadá. Ahora come un poco de sopa –Mei ahuecó las almohadas y ayudó a Gupin a incorporarse. Vio que moverse le dolía: le había brotado sudor en la frente–. ¿Necesitas un analgésico?

Gupin negó con la cabeza:

–Tampoco es para tanto.

Mei cogió un poco de sopa con la cuchara, sopló suavemente para enfriarla, luego se la llevó a la boca a Gupin. Sus ojos se encontraron. La sopa tocó los labios de Gupin. Él se la tragó, y aquel momento pasó. Empezaron a hablar los dos al mismo tiempo, Gupin preguntando por el niño muerto, y Mei por aquel barrio.

–Pues aquí vive gente de todo tipo –dijo él–. Hay dos hermanas que trabajan en salones de belleza...

–No he hecho gran cosa desde que me pasaste el expediente. Estoy con un caso nuevo, una estrella del pop...

Se echaron a reír.

–¡Una estrella del pop! –exclamó Gupin–. ¿La conozco yo?

–¿Has oído hablar de una cantante que se llama Kaili?

–¿La que cantaba la canción de *Caballeros celestiales*?

–Me has dejado impresionada –dijo Mei, curvándosele hacia arriba las comisuras de la boca.

Siguió dándole sopa de pollo a Gupin mientras le contaba lo que llevaba descubierto. Gupin la escuchaba, hechizado.

–Yo estaba convencida, sobre todo después de ver todas las pastillas, las bebidas y los cigarrillos que había en su apartamento, de que Kaili era una diva que vivía al límite. Pero las cartas de L. me han hecho cambiar de opinión. Hay más de lo que se ve a simple vista. Quiero averiguar más de L. Puede que sea un artista. Me gustaría que vieras la mariposa de papel. Es una obra de arte, no he visto nunca nada parecido –Mei suspiró–. Pero creo que ella le ha olvidado. Ha estado mucho tiempo sin tocar esas cartas.

–¿Te parece que L. tiene algo que ver con la desaparición de Kaili?

–No. Pero quizá él sea la persona que me puede contar algo de la verdadera Kaili. Espero que eso me ayude a encontrarla.

–Me gustaría poder ayudarte –dijo Gupin cuando ya no quedó sopa.

–Tú céntrate en ponerte mejor. Eso es lo que puedes hacer –dijo Mei.

La puerta se abrió y Joven Montaña hizo pasar al médico. Ding era un año menor que Mei, corpulento, de cara redonda y amable. Él pensaba que se había equivocado estudiando medicina. Su amor primero, según descubrió cuando los ordenadores llegaron a China, era la electrónica. Se pasaba su tiempo libre arreglando ordenadores, radios y televisores.

–Gracias por venir –Mei se levantó para saludar a su amigo.

Ding se quitó las gafas y, con los dedos, les limpió el vapor que se las empañaba. Volvió a ponérselas.

–Déjame que le eche una mirada al paciente.

Examinó a Gupin mientras le hacía preguntas sobre el accidente y la operación. Gupin

describió cómo lo había atropellado un coche cuando iba en bicicleta con aquella nieve y cómo la gente que pasaba lo había llevado al hospital donde le operaron de la pierna rota. Joven Montaña estaba de pie junto a él, interrumpiendo de vez en cuando con su versión de los hechos.

Ding le pidió a Gupin que se desabotonara la camisa para poder auscultarle el pecho.

Mei salió del cuarto. Había un montón de basura helada junto a la entrada del patio. Alguien acababa de añadirle unas cuantas coles podridas. La escena le recordó a Mei su niñez. Debía de tener siete u ocho años cuando hubo algún problema con el trabajo de su madre y tuvieron que mudarse otra vez. Se recordó sentada en el umbral de la puerta, en un patio no muy distinto de aquél, haciendo bolas de carbón con carbón en polvo y agua. La piel de las manos se le había agrietado y le sangraba.

Mientras hacían las bolas, discutían sobre su nueva casa. Mamá dijo que tenían suerte de poder calentar el cuarto con la estufa, pero les advirtió a Mei y a Lu que no jugaran cerca. Luego hablaron de la escuela nueva de Mei en el pueblo. Mei dijo que en su clase tenían una estufa del mismo tipo. Pero no le habló a mamá de la ceniza que había en su pupitre ni de cómo le pegaban en el patio los niños campesinos. Le preguntó a mamá cuándo iba a volver *baba* del campo de trabajo. Mamá respondió, guiñando los labios en una sonrisa, que esperaba que muy pronto.

Pero no volvió nunca.

Según estaba allí Mei, bajo la nieve, la ira se despertó en ella. Durante los últimos veinte años había querido a su madre y la había consolado en su pérdida. Pero luego había descubierto su traición.

Sin embargo, ¿acaso no había querido y protegido a sus hijas? Mei recordó las privaciones y la determinación de su madre de sobreponerse a ellas por sus hijas. Recordó sus ojos, amables pero tristes, y sus abrazos, siempre un poco demasiado apretados. Puede que ella también hubiera sufrido, y que estuviera arrepentida. Nunca había vuelto a casarse. Se había dedicado por entero a las hijas de su difunto marido. El viento aullaba, azotando la cara y las manos de Mei. Se caló bien el gorro y se ajustó el pañuelo, luego volvió adentro.

Ding estaba recogiendo sus instrumentos.

–Tienes que cuidarte. Si hay más complicaciones estarás otra vez en el hospital –le dijo a Gupin. Al ver a Mei, añadió–: Necesito ir a mi antiguo hospital a pedirle a un amigo que nos recete la medicina.

–Déjame que te lleve.

–Gracias, doctor –dijo Gupin–. ¿Cuánto le debo?

–Nada –Ding movió la mano en un gesto informal–. Sólo hay que pagar la medicina.

Mei sonrió a su viejo amigo. Cuando eran niños, Ding la había enseñado a atrapar gambas con carne adobada en alcohol como cebo y una bolsa de red vieja. Era un juego al que jugaban todos los veranos junto al foso de la ciudad.

Se despidieron de Gupin. Joven Montaña insistió en guiarlos hasta la salida del pueblo.

Mientras el coche rodaba por las tortuosas callejuelas, Mei le preguntó a Ding por sus padres, médicos jubilados los dos.

–*Ma* está feliz. Va a la Asociación de Camaradas Revolucionarios Jubilados tres veces a la semana a aprender bailes de salón. A *ba* le está costando. Ha hablado con su antiguo centro de trabajo para ayudarles con algunos casos. Piensa que sus conocimientos les pueden ser útiles.

–¿Le van a pagar?

–Hay algunos que se hacen ricos abriendo una consulta después de jubilarse, pero a mi *ba* no le importa el dinero. Es sólo que está aburrido de estar en casa. No sabe cocinar, ni hacer la colada, ni una compra en condiciones. A *ma* la tiene loca con sus salidas de tono.

Mei sonrió:

–Tu madre me encanta. Qué amable es; nunca la he visto perder los nervios.

–A menos que le menciones a mi hermana. Se ha ido a vivir con su novio, y mi *ma* está furiosa. *Ba* ni siquiera se habla con ella.

–¿El alemán?

–Sí.

–¿Se van a casar?

–Hablas exactamente igual que mi *ma*. Pues no sabemos. Pero eso no importa, al menos en los tiempos que corren. He intentado decirles a mis padres que ésa es la forma moderna de hacerlo.

–¿Y qué dicen ellos?

–*Ba* no me hace caso. Se ha hecho cargo de todo tipo de accidentes, catástrofes y brotes de epidemias a escala nacional, pero no es capaz de superar que su hija soltera se vaya a vivir con un hombre.

–Y además un extranjero. ¿No será que tu padre sigue viendo a los extranjeros como enemigos? –dijo Mei para chincharle.

–¿Cómo lo has adivinado?

–Estás de broma.

–*Ba* nunca está de broma.

Pronto llegaron al puente de madera y dijeron adiós a Joven Montaña. Más a lo lejos, detrás de la contaminación, se vislumbraba la ciudad, con sus modernos edificios de apartamentos y sus enormes rascacielos.

Mei dejó a Ding en el hospital donde trabajaba antes, hizo un giro cerrado y estaba a punto de salir de allí cuando le sonó el teléfono móvil. La voz desconsolada del señor Peng le dijo:

–La han encontrado.

–¿Quiénes?

–Me ha llamado la policía. He mandado a Manyu a identificar el cuerpo.

Mei dio un respingo.

–¿El cuerpo? ¿Dónde está?

–En una fábrica abandonada de Dashanzi. Manyu no tiene experiencia en tratar con la policía. ¿Puedes ir tú y asegurarte de que no dice ninguna tontería? –le preguntó el señor Peng–. Hazme saber lo que averigües –y colgó el teléfono.

Mei soltó su teléfono y salió de allí pisando el acelerador.

Dashanzi (Gran Montaña) era un llano emparedado entre el río del Caballo Luminoso y la autopista del aeropuerto. Fue un día el rincón industrial de Pekín, con fábricas del Estado que hacían componentes eléctricos. Muchas habían quebrado o habían sido trasladadas a otras provincias. Los recintos de los centros de trabajo, donde miles de trabajadores habían vivido con sus familias, estaban ahora vacíos. La economía de la zona se había venido abajo. Los parados («jóvenes en espera de trabajo», como los llamaba el Partido) merodeaban por allí dando problemas. Muchos taxistas se negaban a ir a aquel sitio incluso de día.

En Dashanzi, Mei condujo a lo largo de lo que parecía una calle concurrida. Los cables eléctricos se entrecruzaban de un poste a otro. La calle estaba flanqueada de casetas provisionales convertidas en tiendas. Un edificio de cuatro pisos se alzaba solo en uno de los lados. Tenía el carácter *chai* («demolición») pintado en blanco en los muros. Los ciclistas pasaban de un lado para otro. Había unos pocos compradores deambulando.

Mei se detuvo ante una garita de policía, pero dentro no había nadie. Miró a su alrededor y vio a una anciana que salía renqueando de un callejón, y le preguntó cómo llegar a la comisaría de Dashanzi.

–¿Por qué lo preguntas? –la mujer se apoyó en su bastón.

Al instante Mei se dio cuenta de que había tropezado con una de esas viejas que quieren saberlo todo. Intentó parecer paciente, y sonrió al decir:

–Tengo un asunto que resolver allí.

–¿Qué asunto? –la mujer rechinó los pocos dientes que le quedaban.

–Uno oficial.

–Si es un asunto oficial, ¿por qué no sabes dónde está la comisaría?

–Anciana Madre, ¿sabe usted dónde está o no?

–Claro que sí. He vivido aquí toda mi vida. Está ahí –levantó el brazo izquierdo.

Mei pensó que le estaba indicando dónde estaba.

–¿Calle adelante? ¿A qué distancia?

–¡Ahí! –dijo la anciana con impaciencia, y se marchó con su paso torpe.

Mei no encontró comisaría alguna en el sitio que había indicado la mujer. Dio unas cuantas vueltas con el coche y volvió a aparcar. El viento estaba gélido. Miró a ambos lados de la calle, pero allí sólo había gris melancolía. Pasó a su lado un grupo de jóvenes, arrastrando los pies por la nieve. Clavaron descaradamente la vista en Mei. Ella se volvió hacia el otro lado. Otros diez minutos más tarde, paró a un padre con su hijo. El padre le dijo que la comisaría la habían trasladado hacía ocho años. Se acercó al bordillo y le señaló el cruce de calles:

–Sigue hasta allí, tuerce a la derecha y en cuanto pases un puentecillo la verás.

Pero Mei no la encontró hasta que llegó con su coche al final de la calle, donde junto a un charco helado se alzaba un poste indicador con la palabra «Comisaría». Aparcó el coche y anduvo por un camino nevado. Pasó dos tiendecitas y se paró delante de la comisaría. En la puerta de la izquierda un letrero decía: «Registro de *hukou*», y a la derecha, otro: «Investigación pública». Para ahorrarse la larga cola que había en esta última, se fue hacia los permisos de residencia: el despacho de registro de *hukou*. Había tres mujeres policía clasificando libretillas. Mei les dijo para qué estaba allí y les preguntó adónde tenía que dirigirse.

–Entre dentro de la comisaría, por la puerta trasera –le dijeron.

Mei dio la vuelta al edificio, y allí de pronto se quedó paralizada, asombrada de la visión que tenía ante ella. Un imponente arco daba paso a un patio descubierta tan grande que de él partían no menos de tres patios interiores. Cien años antes, supuso Mei, la casa habría pertenecido a algún terrateniente rico, o incluso a algún funcionario menor de la Corte. Bajo el arco se habían colgado dos carteles rojos; uno decía: «Al servicio del Pueblo», y el otro: «Es glorioso ser la Policía del Pueblo». Más abajo había fotografías de todos los policías de esa comisaría, por orden de rango. Todos ellos, veinte rostros, lucían grandes sonrisas profíden.

De uno de los patios interiores salió un policía balanceando un par de esposas. Paró a Mei cuando la vio cruzar el arco.

–¿A quién busca? –llevaba un largo abrigo guateado pero iba sin gorro.

–A la señorita Manyu, de la compañía discográfica Guanghai. Ha venido a identificar un cadáver.

El policía cambió el peso a la otra pierna. Miró a Mei con suspicacia:

–¿Qué cadáver?

Mei se preguntó si el señor Peng no se habría equivocado de comisaría.

–El de una cantante famosa –aventuró.

El policía se meció en el sitio. Se pasaba las esposas de una mano a la otra. Salió otro agente.

–¿Ha venido alguien de una compañía discográfica? –le preguntó el primero. Seguía sin quitarle la vista de encima a Mei.

–Está en la sala de visitas con los Gemelos.

El primer policía soltó un escupitajo.

–Puede entrar –le dijo a Mei.

Ella cruzó el patio, siguió un camino estrecho y entró en el segundo patio. La comisaría le recordó el Ministerio de Seguridad Pública. Cuando acompañaba a su jefe en salidas de investigación, habían ido a comisarías de barrio, pero nunca a una de pueblo como aquélla. En todos los lugares a donde fueron, el comisario en jefe y su superior inmediato les habían enseñado el lugar y luego les habían servido un té en el mejor despacho.

Cómo habían cambiado las cosas, pensó Mei. Ahora ella era una civil, luego hasta el último de los policías podía tratarla como un tigre.

La sala de visitas estaba en el patio interior. Tenía una puerta de celosía de estilo antiguo, las aberturas encristaladas con papel fino de arroz. Mei hizo un ligero «toc-toc» en su delicado marco.

Una voz de hombre le dijo que entrara.

Abrió la puerta y vio a Manyu sentada en un sillón, encogida sobre una taza de té como si fuera una fuente de calor vital. Había dos policías de uniforme en la sala, sentados a una mesa del rincón. Uno de ellos se estaba escarbando la boca con un palillo de dientes. El otro estaba hablando con Manyu, pero cuando entró Mei se interrumpió y se dirigió a ella:

–Usted debe de ser la señorita Wang. La señorita Manyu nos dijo que iba a venir. Yo soy el comisario Li –le tendió la mano.

Mei le dio la suya. El otro policía se metió el palillo en el bolsillo y se puso de pie. Mei le dio también la mano. Él se presentó como Gao.

De pie el uno junto al otro, parecían hermanos gemelos. Los dos tenían veintitantos años, eran bajos, de cara redonda y brillante. Mei supuso que no hacía mucho que habían salido de la academia de policía.

–Acabamos de venir de identificar el cuerpo. Me temo que la señorita Manyu está un poco impresionada –dijo uno de ellos.

Mei se volvió. Manyu tenía el rostro ausente y su mirada vagaba por la mesa del café.

–Se repondrá enseguida –dijo Li.

–Nosotros ya sabemos cómo es esto. A la gente normal la descoloca ver un cadáver –añadió Gao–. No podemos hacer nada. Lo tiene que superar cada uno a su ritmo.

Li le hizo señas a Mei de que se sentara a la mesa.

–Nuestros instructores ya nos avisaron de que ocurren este tipo de cosas cuando estábamos en la academia –dijo–. El shock le afecta a cada uno de una forma distinta.

–Estaba bien, hasta que ha visto el cadáver –dijo Gao, como para tranquilizar a Mei.

–¿Dónde lo tienen? ¿Lo puedo ver? –preguntó Mei.

–En el hospital.

–Tenemos que consultarlo con nuestros superiores.

–¿Saben ya la causa de la muerte?

–No. Pero creemos que alguien la mató. Había un montón de sangre, ¿verdad? –se miraron el uno al otro y asintieron.

–¿Fueron ustedes quienes encontraron el cuerpo?

–Sí. Somos policías de patrulla. Siempre que ocurre algo en nuestra zona, vamos nosotros a averiguar qué es.

–Pero ahora Homicidios se ha hecho cargo del caso.

–Entonces ¿es un asesinato? –dijo Mei.

–Desde luego. A una persona como ella no la encuentra uno por sitios como ése. En cuanto le vi la cara, supe que la había visto antes. ¿Verdad que te lo dije, Gao? Pensé y pensé, y entonces me acordé. La gente dice que la televisión es dañina y que las revistas no valen nada. ¿Pero de qué otra forma puede uno aprender sobre nuestra sociedad? ¿No es verdad, Gao? Bueno, que identificamos a la víctima allí mismo.

Era evidente que Li estaba orgulloso de su hazaña. Se recostó en su silla y estiró las piernas.

–Me pregunto cómo llegó hasta allí –pensó Mei en voz alta.

–Secuestro –Gao asintió muy convencido–. En estos tiempos nadie está seguro. Están viniendo todo tipo de bandas de las provincias. Son bandidos, *tufei*. Uno habría dicho que ya no quedaba ni uno, que el Partido Comunista se los había cargado a todos en la guerra civil, hace cincuenta años, pero han vuelto. ¿Ha oído hablar de los *tufei* de Dongbei? Son capaces de matar sin pestañear. Y luego están los *tufei* del sur del río Yangtsé. Ésos son unos zorros... Una chica como Kaili se mete en un taxi. El conductor arranca y... ¡zas! La raptan y la encierran en una guarida de *tufeis*. Si su familia no paga, está muerta.

El señor Peng no había mencionado ningún rescate, pensó Mei.

Li alzó una mano para interrumpir a su compañero:

–Ya basta –miró a Mei–. Los de Homicidios han dicho que quieren hablar con usted.

Mei se preguntó qué les habría contado Manyu.

–El detective Zhao piensa que usted puede tener información que ayude a encontrar al asesino –Li le echó a Gao una sonrisilla desdeñosa mal disimulada. Mei sacó la impresión de que no les caía bien el detective Zhao.

–Vamos a informarle de que ha llegado usted –se levantaron y se fueron.

Mei se sentó al lado de Manyu, que arrancó a hablar sin previo aviso.

–El señor Peng mandó a buscarme. Dijo que había llamado la policía. Habían

encontrado un cadáver en Dashanzi. Pensaban que era Kaili. Me pidió que viniera a identificarlo.

—¿Y cómo ha sido?

Manyu la miró. Las lágrimas se le agolpaban en los ojos.

—No es justo. Con lo guapa que era. Pero en el sitio aquel estaba con todo el pelo hecho un pegote ensangrentado y la cara, ¡qué horror!, helada y de color gris. Ah, ha sido espantoso —Manyu se estremeció—. Pensaba en cómo habrá luchado ella en sus últimos minutos. Aunque no quería hacerlo, no he podido evitar imaginarme lo que tiene que haber sufrido. Y pensar que la odiaba... pero ¿por qué? Por cosas insignificantes que en realidad no son importantes. Ella tenía sus cambios de humor... pero yo le tenía envidia, todo lo suyo me molestaba: lo guapa que era, su dinero, su fama, la forma en que los hombres se echaban a sus pies... Lamento haberte mentado. No me quedé a la puerta de su camerino aquella noche. Me fui a ver a unos amigos. Me daba igual lo que ella pudiera querer. Mis padres me enseñaron a ser amable y les he fallado. He dicho cosas feas de Kaili. He filtrado historias a la prensa. Algunas veces hasta deseé que le ocurriera algo horrible —las lágrimas le rodaron por las mejillas—. Y ahora que está muerta, qué puedo hacer, ya no puedo hacer nada para compensar eso.

Mei sacó un paquete de clínex de su bolso y se lo dio a Manyu. No se veía capaz de darle el tipo de consuelo que ella necesitaba. En lugar de eso, pensaba en L., en las cartas que había encontrado en el apartamento de Kaili y en la mariposa de papel. La invadió un sentimiento de pérdida.

Diez minutos más tarde llegó el detective Zhao, un hombre desaliñado de poco más de treinta años, alto y delgado. Apenas le dio tiempo de presentarse antes de empezar a toser furiosamente. Al final sacó un pañuelo de cuadros azules y se secó con él la boca.

—No sé qué les habrán dicho los Gemelos, pero no es verdad —dijo acercando una silla y sentándose enfrente del sofá—. Hubo un tiempo en que tener cerebro se consideraba esencial en la academia, pero hoy en día nadie quiere ser un policía mal pagado.

Fijó la mirada en Mei:

—He hablado ya con la camarada Manyu, que ha sido de gran ayuda. Tengo entendido que el señor Peng la contrató a usted para buscar a Kaili. ¿Por qué?

—Por motivos de negocios.

—¿Está usted segura?

—¿Por qué no se lo pregunta al señor Peng?

—Lo haré —respondió el detective Zhao.

—¿Esto es un interrogatorio oficial?

—Sólo estamos charlando, ¿no?

—Pero ha habido un asesinato.

—¿Quién ha dicho eso?

Estalló en otro ataque de tos. Mei y Manyu cruzaron una mirada. A sus espaldas, la luz del día se filtraba por el papel de arroz de la puerta proyectando sombras informes.

–Veo que los Gemelos han estado diciéndoles cosas –dijo el detective Zhao cuando hubo parado de toser–. Están muy orgullosos de haber reconocido a Kaili, se creen muy listos. Pero son agentes de patrulla que nunca salen de su zona de servicio. Se toman al pie de la letra cualquier cosa que les diga el Comité Revolucionario de la Calle y el Hutong.. –hizo una pausa–. Camarada Wang Mei –continuó–, usted y yo nos conocemos de antes, aunque supongo que usted no se acordará. De 1990, del primer aniversario del 4 de Junio. Hubo una ceremonia en el Ministerio de Seguridad Pública para conmemorar la excepcional actuación de la policía en aquellos momentos. Yo fui uno de los galardonados. Nos presentaron. Nos dimos la mano.

Mei recordaba el acontecimiento, pero vagamente. Al fin y al cabo, hacía ya mucho tiempo. En los años que pasó trabajando en el ministerio, hubo muchos actos de ese tipo, todos tediosamente parecidos.

El detective Zhao continuó:

–Recuerdo que yo estaba sentado entre el público y me preguntaba quién sería aquella atractiva mujer que estaba sentada con los grandes jefes. Más tarde estuvimos hablando de usted: nos impresionaba su éxito.

–Ah –Mei soltó una risa corta, casi avergonzada, pero se sintió halagada. Le volvieron al recuerdo los buenos tiempos y el gran futuro que una vez había vislumbrado ante ella. Pero aquello había sido un espejismo, se dijo a sí misma, que al final fue sustituido por la realidad.

«Pero si el detective Zhao fue uno de los protagonistas de aquel acto», siguió pensando, «¿qué hace trabajando en una comisaría pequeña como Dashanzi?». Le estudió. Llevaba el uniforme limpio pero arrugado; había sido lavado demasiadas veces. Tenía las botas gastadas. Estaba pálido... y además aquella tos. Mei sospechó que su promesa, igual que la de ella, no se había cumplido.

–Qué extraño que volvamos a encontrarnos de esta manera. Tengo entendido que ya no está con el ministerio y lleva su propio negocio privado. ¿Se ha hecho rica?

–Me defiendo.

–¡Más que eso! El Mitsubishi rojo que hay fuera es suyo, ¿verdad?

Mei se preguntó qué más habría averiguado sobre ella.

–¿Cuándo contrató el señor Peng sus servicios?

–Ayer.

El detective Zhao soltó una risilla:

–Pues sí que empieza usted bien.

–Dígamelo a mí.

Mei esperó. Pensaba que el detective Zhao le iba a señalar que la investigación privada era ilegal en Pekín. Si lo hacía, pensó Mei, ella tendría que negarlo todo. Como muchos otros detectives privados, se había dado de alta como consultoría de información para sortear las cortapisas oficiales.

Pero él no lo hizo.

–¿Puedo ver el cadáver? –preguntó ella.

–Es demasiado tarde –el detective se miró el reloj–. Pero lo organizaré para que lo pueda ver mañana. Al fin y al cabo usted y yo no somos dos desconocidos –se puso de pie y sonrió con la confianza del jugador de ajedrez que acaba de hacer un movimiento inteligente.

Mei vivía en un *jumin xiaochun*, una urbanización residencial. A su casero hacía catorce años que su centro de trabajo le había dado aquel apartamento de un solo dormitorio, pero no había vivido en él nunca. Vivía con su mujer y sus dos hijos en el Distrito Oeste de la ciudad, en un apartamento de dos dormitorios que les proporcionaba el centro de trabajo de su mujer. El apartamento de Mei había estado muchos años vacío, y enfrente de él habían construido una de las carreteras de circunvalación de Pekín. Cuando lanzaron la propiedad privada para todos, su dueño lo compró por una cantidad simbólica, le puso un suelo sintético y lo alquiló. Como inquilina que era, Mei estaba aislada de sus vecinos, que llevaban años trabajando juntos. Eso a ella no le molestaba: le gustaba tener su intimidad. Aunque, por supuesto, sus vecinos aprovechaban cualquier ocasión para espiar por su puerta o escuchar sus conversaciones. Algunos, como la anciana señora Yang, la paraban por las escaleras cuando la veían y querían enterarse de todo lo que pasaba en su vida.

Mei aparcó el coche a un lado de su edificio, tapando a medias el paso. Una sola farola relumbraba. Como de costumbre, la entrada estaba bloqueada por las bicicletas. Mei apartó dos de en medio para poder pasar y se fue escaleras arriba. En catorce años nadie había pintado las paredes: se habían puesto grises y estaban salpicadas de pintadas. Mei fue subiendo despacio. Estaba cansada. Cuando estaba llegando al último tramo el temporizador apagó la luz y ella siguió adelante en la oscuridad. Llegó arriba, dejó caer el bolso en el suelo, volvió a encender la luz y abrió con la llave su puerta.

En el apartamento hacía un calor sofocante. La calefacción central, controlada por caldera en toda la urbanización, estaba a todo trapo. Ninguno de los radiadores tenía termostato, así que Mei no podía regular la temperatura. Cerró la puerta, se fue al salón y abrió la ventana.

Luego se tiró en el sofá y llamó al señor Peng al móvil.

–Soy Mei. Acabo de volver de la comisaría de Dashanzi.

Pero el señor Peng la interrumpió.

–Mejor no hablamos por teléfono. ¿Puedes venir a verme?

Mei se enfadó. Hacía sólo un instante que había llegado a casa.

–¿Es realmente necesario?

–Sí. Voy a cenar en mi club. Ven a reunirme conmigo. Se come bien aquí.

–Ya he cenado –dijo Mei–, pero iré. ¿Dónde está su club?

El Club de la Cama Caliente resplandecía de luces que iluminaban el recinto entero. Cuando Mei entró en el aparcamiento un joven se acercó corriendo para indicarle dónde había un sitio. El Club de la Cama Caliente lo había abierto un año antes un conocido actor que se hizo famoso haciendo de héroe comunista en epopeyas antijaponesas de la Segunda Guerra Mundial. Ocupaba ochenta mil metros cuadrados en el barrio de Haidian, y lo habían construido al estilo de las antiguas casas de campo, que estaban todas provistas de *kang*, o «cama caliente», típico de las zonas rurales del norte de China. Era de adobe y tenía un brasero debajo para mantener la cama caliente en invierno.

El club contaba con muchos altos cargos, y militares veteranos, de los que lucharon contra los japoneses, entre sus miembros. Al parecer, aquello les recordaba «los viejos tiempos».

Como estaba cercado por un alto muro, todo el mundo quería enterarse de lo que pasaba allí dentro. Corrían abundantes rumores, pero nadie sabía con certeza si de verdad los funcionarios se acostaban con las camareras ni si fue allí donde el primer teniente de alcalde hizo sus corruptas transacciones antes de que lo pescaran. Igual que nadie sabía si la acusación de corrupción estaba basada en algún delito verdadero o si el caso se había entablado para exigir venganza política.

Una chica joven condujo a Mei hasta el señor Peng; llevaba puesto un *dajin* guateado con botones de cordón anudado, y en la mano un farol rojo con la palabra «suerte» (*fu*) escrita encima. Cruzaron el patio nevado hasta una casa adornada con dos grandes faroles rojos. En el exterior había un cartel con un *fu* del revés, que simbolizaba la llegada de la suerte. La chica, que no había dicho ni pío, abrió la puerta. Mei entró. La puerta se cerró.

La cama caliente ocupaba por entero la pared del fondo. El señor Peng estaba sentado encima con las piernas cruzadas, los primeros botones de la camisa desabrochados. Ante él, en una mesa baja, había fuentes de comida caliente, una jarra de vino de arroz y dos vasitos. Una camarera con traje de campesina, arrodillada delante de la cama, arreglaba el brasero. Otra se afanaba en un hornillo pequeño que había en una esquina calentando la comida, el vino de arroz y las toallitas húmedas.

Sentada enfrente del señor Peng estaba la Señorita de Rosa, recostada sobre una pila de edredones de seda y largos almohadones bordados. Llevaba un escotado vestido rosa y el pelo recogido hacia atrás en un moño, con algún mechón suelto cayéndole por el cuello. Tenía las mejillas rojas del alcohol.

—¡Ah, aquí estás! Ven a sentarte en la cama —la llamó el señor Peng. Tenía los ojos inyectados en sangre.

Mei buscó una silla.

La Señorita de Rosa se levantó y fue a sentarse al lado del señor Peng.

—Cógele el abrigo a nuestra invitada —le ordenó a la chica que se ocupaba del fuego de debajo de la cama.

–Ven aquí. Se está calentito en la cama –insistió el señor Peng.

Mei, reacia, se sentó en el borde de la cama. Una camarera se acercó para quitarle los zapatos.

–¡No!

La chica se sobresaltó y miró al señor Peng.

–No seas tímida –dijo él.

–No quiero que nadie me quite los zapatos –le replicó Mei. Ella había pensado que el señor Peng daría alguna muestra de dolor, y no esperaba encontrar a la Señorita de Rosa allí. Se sentía perpleja, y también enfadada.

El señor Peng se rió:

–Como tú quieras. Dime, ¿han determinado ya la causa de la muerte?

–No, pero lo están enfocando como un asesinato.

–¿Cuál habría sido el móvil?

–Es demasiado pronto para decirlo. El agente que está al cargo del asunto es el detective Zhao. Está receloso porque no se denunció la desaparición de Kaili.

–¿Le has contado por qué no llamé a la policía?

–Sí, pero ha dicho que le gustaría hablar con usted.

–¡Que le gustaría! –el señor Peng apoyó los palillos–. Así que un detective de Dashanzi quiere interrogarme a mí. A ver si es que piensa citarme en la comisaría de Dashanzi.

La Señorita de Rosa soltó una risita y le puso un poco de vino de arroz.

El señor Peng dio un sorbo y sacudió la cabeza.

–Está claro que no tiene ni idea. ¡Yo no hablo con cualquiera! Y la policía local es completamente incompetente. Hacen más daño que bien.

La Señorita de Rosa le encargó más comida a una de las camareras. Mei tenía la impresión de que no era la primera vez que la Señorita de Rosa visitaba aquel club.

–No tengo nada que ocultar –añadió el señor Peng, metiéndose un cacahuete en la boca y chascándolo–. Lo de Kaili ha ocurrido así, sin más. Muchas veces me advirtieron que no me hiciera cargo de ella. Pero yo no les hice caso... no quise hacerles caso. Ella jugaba con fuego –el señor Peng le lanzó una mirada a la Señorita de Rosa–. Supongo que quería ayudarla. Tenía el presentimiento de que iba a acabar mal, así que le di dinero, un coche y un apartamento. Intenté que no se metiera en líos. El hombre poderoso a veces llega a creerse un Espíritu Protector.

–No te echas la culpa. Tú fuiste bueno con ella, mientras que ella nunca te respetó –le recordó la Señorita de Rosa.

–Se lo di todo y la convertí en una estrella. Pero no era suficiente. Ella siempre quería más... no sé de qué, y dudo que ni ella misma lo supiera –el señor Peng hizo un gesto para que volvieran a llenarle el vaso–. ¿Qué se te debe? Mándame una factura –le dijo a Mei sin mirarla.

–¿Quiere que dé por terminada la investigación? Pero Kaili ha muerto... ¿no quiere

saber por qué?

–Claro que sí. Pero tengo que preocuparme de mi negocio. Una persona desaparecida es una cosa, pero ¿un asesinato? No podemos dejarnos enredar en eso. Por lo que a ti respecta, ya han encontrado a Kaili, que en paz descansa... Se te pagará. De ahora en adelante me voy a ocupar yo mismo de esta cuestión.

–Tráele el abrigo a nuestra invitada –le dijo la Señorita de Rosa a una camarera.

–Kaili ya no es asunto tuyo –dijo el señor Peng con una sonrisa–. Por cierto, Li-ning y tu hermana están aquí esta noche. Me he encontrado con ellos al entrar. ¿Quieres verla?

Mei se levantó, cogió su abrigo y se lo puso.

–Le diré a una camarera que te lleve con ella –dijo el señor Peng–. Adiós.

Un sendero serpenteaba de un lado a otro del patio como un largo y elegante trazo caligráfico. La camarera abría la marcha con un farol de *fu* rojo, pasando junto a casas bien iluminadas. Mei se preguntó qué secretos se guardarían tras aquellas ventanas. Otro farolillo rojo iba haciendo su camino desde el otro extremo del patio.

Aquello era un pequeño paraíso para los ricos y poderosos que tenían medios para reinventarse la realidad, pensó Mei. Pero ¿qué clase de realidad era ésa?

Mei se acercó a una puerta abierta y vio a Lu y a su marido. Parecían estar agasajando a unos empresarios. Su guapa hermana estaba sentada en lo alto del *kang* rodeada de hombres trajeados. Se estaban riendo, y oyó la voz de Lining. Algunas camareras, medio recostadas sobre el *kang*, bebían vino de arroz con ellos. Otras corrían de aquí para allá, reabasteciéndolos.

Mei se detuvo justo antes de entrar.

–Por favor, lléveme a la salida –le dijo a la camarera–. Prefiero irme a casa.

Emergió en el umbral de aquella ciudad proliferante. Pensó en Kaili y en L., en la injusticia y la culpa. Sabía que tenía que continuar con el caso. Se lo debía a Kaili, a L. y a esos estudiantes que se habían echado a la calle en aquella aciaga primavera de hacía nueve años. Se lo debía también a sí misma. No había sido capaz de estar con ellos entonces y por eso ahora no los abandonaría: por justicia.

19

Por la mañana temprano Mei volvió en su coche a Dashanzi. La luz del sol se reflejaba en la nieve, deslumbrándola, y el cielo estaba azul con hebras finas de nube.

El despacho del detective Zhao era un pequeño cuarto que estaba en la esquina del segundo patio interior, caldeado por una estufa de carbón. Saludó a Mei con un apretón de manos y le pidió que se sentara.

–¿Té o agua hervida? –preguntó, poniendo otra taza sobre la mesa.

–¿Tiene té Wulong?

–Lo siento, pero no.

–Entonces agua hervida, por favor.

El detective Zhao se la sirvió de un termo verde y le alcanzó la taza a Mei.

–He estado pensando. Usted es licenciada universitaria y estuvo en el ministerio. Tiene que ser inteligente. No hay nadie como usted por aquí. De hecho, no hay nadie en absoluto... El departamento de Homicidios soy yo, y eso sólo sobre el papel. Dashanzi no es una zona de violencia. Hay mucha delincuencia, pero sobre todo infracciones menores, como atracos o peleas callejeras. Tenemos también muchos trabajadores de provincias.

El detective Zhao tosió aún más violentamente que el día anterior. Tuvo también que sonarse la nariz una y otra vez.

–Pero hay un impedimento –se frotó las manos.

–¿Cuál es?

–Que usted trabaja para el señor Peng.

Mei tomó un trago de agua.

–Ya no. Me retiraron el encargo anoche. El señor Peng me hizo ir hasta el distrito de Haidian para poder decírmelo en persona.

–Entonces ¿por qué está usted aquí?

–Tengo mis razones. También quería hacerle saber que el señor Peng no quiere que se asocie un asesinato con su empresa. Intentará mantenerlo tapado.

El detective Zhao tosió durante casi un minuto.

–En ese caso, será mejor ponerse en marcha –se puso su gorra de policía y el abrigo verde guateado de invierno y abrió la puerta; el sol de invierno se derramó dentro del cuarto. Mei le siguió afuera.

Cruzaron el patio y se metieron en un pasadizo que llevaba al patio delantero. En la

esquina, el detective Zhao se detuvo y empujó una puerta para abrirla.

Dentro estaban los Gemelos jugando a las cartas.

–¿Qué hacéis aquí? –les reclamó—. Os he dicho que fuerais a hablar con el Comité de la Calle y el Hutong.

–Pero no ha dicho cuándo –dijo uno.

–Todavía es temprano –dijo el otro.

Mei no habría podido decir cuál era Li y cuál era Gao. Cuanto más los estudiaba, más parecidos los encontraba.

–Vais a necesitar todo el tiempo que tengáis. Como ya os he dicho, hay que interrogar a todo el mundo, no sólo a la presidenta del Comité.

–¿Qué tipo de información quiere?

–Quiénes viven ahí, cuántos, si han visto o han oído cualquier cosa sospechosa en los últimos días... ¡no sé! Usad vosotros la cabeza.

–¿Debo preguntar sobre chantaje? Apuesto a que ahí está la raíz de esto –dijo el tipo que Mei pensaba que era Li.

–No. Es más probable un atraco –discrepó Gao.

El detective Zhao rechinó los dientes.

–¡Está bien! ¡Andando!

Despacio, los Gemelos se pusieron los abrigos y se fueron.

–Y nos os paréis por el camino a comer leche de soja caliente con picatostes –les recordó a sus espaldas el detective Zhao.

Gruñó mientras los miraba marcharse.

–No les gusta que les dé órdenes. Son primos segundos del director de Control de Vivienda, ¡y un día mi trabajo será suyo! ¡Sí! Es la Iniciativa de Mejora del Nivel de Educación de las Fuerzas Públicas. Al final, todos los agentes acabarán teniendo un diploma de la universidad. Por desgracia, yo no me gradué. Me faltaba un año de academia cuando ocurrió lo del 4 de Junio. La situación entonces era tan grave que nos sacaron a nosotros y nos pusieron en la calle a trabajar al lado del Ejército de Liberación Popular. Entonces se declaró la ley marcial.

Llegaron, al final de un sendero, a unas pocas casetas desvencijadas. Un trozo de madera nueva, probablemente robado, sobresalía de un tejado en un ángulo peligroso, y entre los habitáculos se tendían sin orden ni concierto los hilos eléctricos.

–Esto solía estar lleno de casetas de éstas. Luego el gobierno del pueblo y el barrio decidió reurbanizarlo, pero esta gente se negó a marcharse. Dijeron que no querían irse aún más fuera de la ciudad, pero lo que en realidad querían era más dinero. Han calculado mal. Un día el gobierno va a mandar una excavadora y se quedarán sin techo.

Pasaron las casetas y llegaron a una calle más ancha de tiendas pequeñas. El detective Zhao andaba a paso rápido.

–Espero que no le importe –le dijo a Mei, soltando vapor por la boca–, pero vamos a ir andando al hospital.

Entraron por una puerta que tenía una cruz roja pintada. Dentro, el vestíbulo estaba iluminado por unas pocas bombillas desnudas. Había una larga cola frente a la ventanilla de la farmacia.

El detective Zhao tomó por la escalera y Mei se apresuró para seguirle el paso. Fueron al primer piso. El pasillo estaba lleno de gente. Los pacientes, sentados en los bancos o apoyados en la pared, esperaban a que los llamaran, la familia y los amigos agolpados a su alrededor. En cuanto una puerta se abría, un tropel trataba de trasponerla. Algunos querían saber cuándo les iba a llegar el turno; otros protestaban de que se hubiera dejado pasar a fulanito antes que a ellos.

El detective Zhao se abrió paso a empujones entre la multitud. Se movía con una seguridad que hacía que la gente se parase a mirarlo. Cuando le veían el uniforme de policía, se reportaban y trataban de apartarse de su camino.

Al final del corredor llegaron a una serie de puertas con un letrero de «Zona de acceso restringido». Por allí siguieron, y el ruido de los pasillos se fue apagando. El detective Zhao se detuvo ante otra puerta, que tenía un cartel que decía: «Laboratorio». Llamó y entró sin esperar respuesta.

–¡Estás aquí! –dijo una voz ronca desde detrás de un montón de probetas.

Emergió un hombre con bata blanca. Era bajo, de pelo corto, con los ojos pequeños y redondos. Tenía las cejas pobladas y se le juntaban por encima de la nariz. Parecía unos diez años mayor que el detective Zhao.

–Lao Li, la camarada Wang Mei –el detective Zhao los presentó de modo informal. Parecía que los dos hombres se conocían.

Lao Li se secó las manos en una toalla y le tendió una de ellas a Mei.

–Buenos días –le dijo. Se volvió al detective Zhao con una sonrisa–. Vi a tu mujer, mi Segunda Hermana, ayer en el mercado. Me dio buenas noticias: ¡dos apartamentos nuevos!

El detective Zhao se quitó el abrigo.

–Dos o los que sean; no hay ninguno seguro todavía. Ya sabes cómo funcionan estas cosas. Son las viviendas de la Segunda Fábrica de Radios de Pekín. Han acordado dar dos módulos a nuestra comisaría. Pero todavía puede aparecer de pronto el hijo o el nieto de alguien y quitarnos uno.

–¿Te darán uno esta vez? Llevas años esperando.

–No lo sé. Tengo puntos suficientes, al menos por lo tocante a edad y grado, pero siempre están cambiando el sistema de puntuación.

–Segunda Hermana lleva toda la vida queriendo uno de esos apartamentos modernos. Me ha dicho que ya casi han terminado de construirlos, en la nueva urbanización. ¿La has visto?

–Me ha hecho ir ella allí muchas veces –el detective Zhao sonrió con amargura y se sonó la nariz–. La camarada Mei está aquí para ver el cuerpo –añadió.

–Os llevo en un minuto –dijo Lao Li–, pero antes déjame que te dé esto –se fue a un

escritorio que había en un rincón y volvió con una bolsa de plástico transparente—. Esto pertenecía a la chica muerta —lo sostuvo en alto. Dentro había dos pendientes de clip—. Lo encontraron junto al cuerpo.

El detective Zhao se metió la bolsa a presión en el bolsillo.

Lao Li los condujo a la sala siguiente. Las cortinas estaban echadas, y hacía mucho frío, olía a lejía. En la penumbra, Mei vislumbró un montón de cajas de medicamentos. Dos refrigeradores industriales hacían runrún.

Lao Li abrió las cortinas. Había una camilla de hospital con ruedas junto a la ventana. Sobre ella yacía un cuerpo, cubierto con una sábana blanca.

—¿Ha visto alguna vez un cadáver? —preguntó Lao Li.

Mei asintió con la cabeza.

—Entonces recuerde que fueran lo que fueran en vida, hombre, mujer, guapos, feos, ricos, pobres, buenos, malos, todo el mundo es lo mismo cuando muere: una cáscara vacía.

Lao Li retiró a medias la sábana.

La cara de Kaili estaba de un blanco azulenco. Un corte en la mejilla le había desfigurado las facciones, torciéndole la nariz. Los labios los tenía de un morado pálido. El pelo parecía que se lo hubieran pegado al cráneo. Su belleza había desaparecido. De hecho, era difícil imaginarse que dentro de aquella cáscara había habido algo vivo.

—¿Causa de la muerte? —inquirió el detective Zhao.

Lao Li levantó la cabeza de Kaili, se la volvió hacia un lado. Le apartó el pelo para desvelar un corte profundo.

—¿Arma? —preguntó el detective Zhao.

—Algo alargado pero sin filo.

—¿Como una barra de metal?

—Posiblemente. Por lo que puedo apreciar, lleva muerta tres días.

El detective Zhao asintió.

—Eso significa que murió el día de la nevada.

Mei se quedó mirando al cadáver. No era capaz de decidir qué le resultaba menos irreal, si la cantante del vídeo, viva y guapa, a quien no había llegado a conocer, o aquel cadáver.

Media hora más tarde, Mei estaba otra vez en la calle principal. Esponjosas nubes blancas navegaban por el cielo.

—¿Lista para el almuerzo?

Mei negó con la cabeza. No podía ni pensar en comer tan poco tiempo después de la sesión con Lao Li.

—Yo estoy famélico. Llevo en pie desde el amanecer —dijo el detective Zhao—. Y como normalmente a los Gemelos les cuesta mucho tiempo reunir información... Iremos a un sitio que conozco.

El restaurante se llamaba Pabellón del Viento del Este. Formaba parte de un pequeño hotel. En cuanto entraron, un hombre gordo con papada se acercó corriendo a ellos, sonriendo.

–¡Bienvenidos, camaradas! –le dio la mano al detective Zhao, con un ojo puesto en Mei–. ¡Qué buen día hace! ¿Seguirá así para las Fiestas de la Primavera?

–El señor Liang es el director de esto –le dijo el detective Zhao a Mei, pero no los presentó.

Sin embargo el señor Liang le dio a Mei la mano.

–¿Van a ser sólo dos para comer? –preguntó.

–Sí –dijo el detective Zhao, y se dirigió hacia el fondo.

–Pasen a la sala de dentro, por favor –dijo rápidamente el señor Liang, corriendo detrás del detective–. He oído hablar del gran caso –bajó la voz.

El detective Zhao frunció el ceño.

–¿Cuál?

–El asesinato, por supuesto –dijo Liang con aire teatral–; el camarada Li y el camarada Gao llamaron antes para pedir leche de soja caliente con picatostes. ¡El asesinato de una estrella del pop! Me quedé horrorizado –cerró los ojos apretando mucho–. ¡Ah, usted también está resfriado! Mi cuñado lleva semanas enfermo. Triste invierno éste, cinco tormentas llevamos ya. Nos vamos a poner enfermos todos –el señor Liang dio dos pasos rápidos y abrió la puerta de un comedor privado, pequeño y sin ventanas. La moqueta de color claro lucía algunas manchas de buen tamaño. Una gran mesa redonda y diez sillas de respaldo alto ocupaban casi todo el espacio.

El detective Zhao se sentó y volvió a sonarse la nariz.

El señor Liang sonrió, la doble barbilla estirándosele hasta hacersele una sola.

–Está de suerte, camarada Zhao. Tenemos manitas de cerdo en salsa.

–¿Le gustan? –le preguntó el detective Zhao a Mei. Se buscó el tabaco por los bolsillos.

–¡Manitas! –exclamó Mei–. Yo creí que ya nadie las comía. Cuando estábamos creciendo, eran la comida preferida de mi madre.

El señor Liang sonrió de oreja a oreja:

–En la Revolución Cultural las manitas de cerdo eran un manjar. La carne era difícil de encontrar. Hoy hay una marisquería cantonesa en cada esquina. La gente compite por pagar más caro que nadie un pescado, a veces miles de yuanes porque es importado de Australia. Aquí hacemos comidas honradas. No encontrarán manitas en ningún otro sitio.

El detective Zhao se encontró el tabaco en el bolsillo del pantalón.

–Tenéis manitas porque aquí son todos campesinos –se incrustó un pitillo en la boca. El señor Liang se lo encendió.

El detective Zhao se volvió hacia Mei.

–Éste es un restaurante que nos gusta. Sin montajes ni tonterías. Las noches que estoy

de guardia me traigo aquí a los agentes a tomar un tentempié. El propietario es un obrero industrial veterano. Lo conocemos bien.

Enseguida se dio cuenta Mei del tipo de restaurante que era aquél: un sitio donde los policías podían comer sin pagar. A cambio, ellos avisaban con antelación al dueño de las inspecciones.

–Señor Liang, ¿de qué más hablaron los Gemelos? –preguntó el detective Zhao.

–Me contaron que su comisaría ha «convencido» a la Segunda Fábrica de Radios de Pekín de que le pase dos apartamentos de las viviendas nuevas que están construyendo. Va a haber un nuevo sistema de puntos para ver quién se los queda. Se va a basar en los méritos, según dijeron.

–Digo sobre el caso.

–Sólo que fue un atraco. Dijeron que en Dashanzi nunca había habido un caso tan grande. Los del distrito mandarán a alguien para investigarlo.

El detective Zhao soltó con fuerza el humo.

–Tenemos trabajo, señor Liang. ¿Puede encargarse de que nos traigan rápido la comida?

–Voy ahora mismo a la cocina para ponerlos en marcha –se inclinó y salió.

El detective Zhao aspiró de su pitillo, luego dejó salir el humo; se elevó hasta el techo y se disolvió.

–Los Gemelos no se aguantan de ganas de que venga alguien de la comisaría del distrito. No les importa resolver el caso. Si hubiera cualquier imprevisto no sabrían qué hacer. Sólo quieren impresionar a algún funcionario de una comisaría de más rango y que les asciendan –soltó un escupitajo–. A los Gemelos no se les da bien el trabajo de verdad; aunque tampoco es que sean estúpidos del todo. Pero yo no voy a consentir que un tipo cualquiera del distrito me quite este caso. Me he esforzado demasiado y he esperado demasiado tiempo.

Para qué, eso no lo dijo. Mei se preguntó si se referiría al apartamento nuevo, al ascenso o a las dos cosas. Sonó su teléfono. Era Manyu.

–Estoy llamando desde un teléfono público. ¿Podemos vernos? Tengo que contarle una cosa.

–¿Quieres que te recoja a la salida del trabajo?

–No, prefiero que nos veamos en algún otro sitio.

Mei pensó un instante.

–Podríamos ir a un Flor de Soja, esa cadena de restaurantes sichuaneses. Hay uno en Xidan no muy lejos de donde tú vives. Pasé ayer por allí.

–Lo conozco, he estado con mis padres. ¿A las seis y media?

–Sí.

Colgaron.

–¡Es usted rica! –dijo el detective Zhao con sorna–. ¡Coche, y teléfono móvil! ¿Tiene también un apartamento? El trabajo por cuenta propia tiene que dar mucho dinero. Sólo

espero que no esté trabajando como detective privada. No haría usted eso, ¿verdad?, sabiendo que es ilegal.

Mei entornó los ojos:

–Por supuesto que no.

El detective Zhao sonrió. Quería que ella supiera que él lo sabía, pero que no haría nada para perjudicarla mientras las relaciones entre ellos fueran amistosas.

Liquidó el pitillo en el cenicero.

–Mi mujer me dice que no debería fumar, pero no puedo evitarlo. Me grita desde los bolsillos, incitándome, cada vez que me siento o cuando estoy aburrido. Puede que usted también haga cosas que sabe que no le convienen pero que no es capaz de evitar.

Le echó a Mei una mirada significativa.

Ella se preguntó qué querría decir. ¿Qué era lo que a ella no le convenía, tener un negocio ilegal o meterse en el asunto de Kaili?

–Eso le pasa a todo el mundo, ¿no? –intentó sonar despreocupada.

Pero el detective Zhao movió la mano para introducir una precisión:

–Su empresa se llama Consultoría de Información El Loto. Me gusta traer los deberes hechos. Está claro que el negocio va viento en popa. A usted la ha hecho rica. Pero no le tengo envidia. A veces duele ver que hay colegas o amigos que se compran coches o van a restaurantes caros... Mi mujer siempre me está dando la tabarra con que gane dinero como fulanita o con que intente que me den un ascenso. Por desgracia para ella, a mí el dinero me da igual. Los ricos no me caen mejor que los pobres.

Mei se dio cuenta de que le estaba diciendo sutilmente que era un policía honrado y que podía confiar en él.

–Kaili era rica y famosa, y a usted le podría venir muy bien resolver su caso –le dijo.

–Estoy trabajando en ello porque es lo que hay que hacer... y sí, necesito llegar al fondo de lo que pasó para que mi mujer consiga su apartamento nuevo –se encendió otro pitillo–. Pero tenemos que actuar con cautela. Hay demasiados Budas ante los que tenemos que hacer *kowtow*. Si nosotros no tenemos cuidado, la cosa será un desastre.

–¿Nosotros?

–Usted quiere resolverlo tanto como yo, aunque no entiendo por qué. Desde luego dinero no va a ganar.

–Me gustan los desafíos –dijo Mei.

El detective Zhao la miró fijamente. Pero Mei no quería explicarle lo cerca que se sentía ahora de Kaili. La plaza de Tian'anmen había tenido su papel en las vidas de ambas, en la pérdida del amor, el truncamiento de la esperanza y la traición de la fe.

–Me dirá todo lo que sabe de ella, ¿verdad? Si no trabajamos juntos, no llegaremos muy lejos –dijo el detective Zhao.

La puerta se abrió, y el señor Liang entró desfilando con un cortejo de cuatro camareras que portaban manitas de cerdo estofadas, embutidos, verduras salteadas, vino de arroz y té.

Aquella tarde, el detective Zhao y Mei fueron a toda prisa a la Fábrica 958. De camino, el detective Zhao amonestó a un tipo que vendía petardos en la acera porque no tenía licencia de comercio.

–No quiero verte cuando pase de vuelta –le previno.

El vendedor comprendió que estaba de suerte. Lo normal habría sido que lo llevaran a la comisaría, lo multaran y le confiscaran la mercancía.

–Vendo estos pocos que me quedan y enseguida me marchó, señor.

Al final de la calle giraron hacia el este. Un sendero cubierto de nieve corría a lo largo de los campos abiertos. Unas cuantas personas iban por el mismo camino, empujando bicicletas. Un carro tirado por un burro había dejado largas huellas de ruedas en la nieve. En los sembrados, cuervos negros picoteaban esperanzados, en busca de comida.

Mientras avanzaban penosamente el detective Zhao le contó la historia de aquella zona.

–La fábrica hacía radios como las del modelo Rojo por el Este... ¿te acuerdas de ellas? Tenían la caja de madera, pesaban mucho y se estropeaban cada dos por tres. No se cogían muchas emisoras con aquello. Ahora todo el mundo tiene radios japonesas, tan pequeñas que se pueden llevar en el bolsillo. Después de la Reforma y las Puertas Abiertas, la Fábrica 958 pasó a hacer piezas para aquellos modelos desfasados, pero ese negocio acabó por agotarse también. Hubo un momento en que se habló de modernizarla, formando un proyecto común con un socio extranjero, pero ya era demasiado tarde. En las provincias de Cantón y Zhejiang había ya muchas empresas de ese tipo que hacían piezas para radios. Al final la fábrica se cerró. El terreno y los edificios eran propiedad del gobierno, así que tanto la ciudad como el distrito los reclamaron. Mientras lo estaban discutiendo, el sobrino del director de Control de Vivienda del Distrito empezó a alquilar cuartos a los trabajadores venidos de otras provincias. Dijo que su tío le había dado permiso para hacerlo. Entonces salió algún otro con un permiso de la Oficina de Reforma de la Vivienda de Pekín para hacer lo mismo. Su autorización era de más peso que la del sobrino, pero sus superiores estaban más lejos. El director de Control de Vivienda del Distrito es primo segundo de nuestro jefe, pero como policías no podemos dejar ver que ignoramos las órdenes de arriba. Total, un desastre. Ahora, con lo del asesinato, se va a enterar todo el mundo de lo que viene ocurriendo en la 958.

Pasaron grupos de árboles desnudos e hileras de almacenes; luego, cuatro o cinco edificios más pequeños. El detective Zhao se los indicó:

–Éstos eran los talleres, pero ahora están vacíos. El cadáver lo encontraron en uno de ellos.

Pasaron un viejo cobertizo de bicicletas, parte de cuyo tejado estaba hundido, y se pararon delante de un edificio de tres plantas con grandes aunque en su mayor parte rotos ventanales. Sujetos a la fachada, como garras gigantes que se estiraran hacia el cielo, había cuatro tubos de ventilación cuadrados.

Mei distinguió dos consignas revolucionarias de un rojo desvaído en los muros: «Horas extraordinarias con extraordinaria atención para la Revolución» y «Trabajo duro y producción por encima de la cuota».

En el lado izquierdo de la entrada, una escalinata llevaba a los pisos de arriba. En el rellano un policía, los brazos doblados y las manos metidas en los bolsillos, daba paseos de un lado para otro.

–¿Dónde están los Gemelos? –le llamó el detective Zhao con voz resonante.

El joven policía se sacó las manos de los bolsillos y enderezó la espalda.

–No lo sé, señor. No los he visto.

El detective Zhao soltó un bufido.

–Ésta es la camarada Wang –le dijo–. Vamos a echarle un vistazo al lugar del crimen.

–Sí, señor –se cuadró el policía.

El detective Zhao empezó a subir las escaleras, con Mei a la zaga. En el descansillo vieron manchas de sangre, en las escaleras y en la pared.

–Aquí es donde estaba el cadáver –dijo él.

Mei examinó la sangre.

–¿Podemos seguir subiendo?

El detective Zhao asintió. La ventana que había por encima de la escalinata estaba rota. La nieve se había colado por ella y se había helado en mitad del rellano. Siguieron subiendo escalones hasta el piso más alto. El pasillo era ancho pero estaba oscuro. Faltaban algunas puertas, por las que Mei vio desolados cuartos con ventanas rotas, pintadas en las paredes y cúmulos de nieve.

–La gente robaba las puertas para venderlas, o para usarlas ellos mismos –dijo el detective Zhao–. El edificio está inhabitable. No hay electricidad ni agua. No les gusta ni a los niños, pero algunos entraron a jugar cuando cayó la nevada. El cadáver lo encontraron ellos.

Mei entró en uno de los cuartos. Tenía el techo alto. Por la ventana vio unos barracones destartados; de una o dos de las ventanas se escapaba un humo fino.

–¿Es ahí donde viven los trabajadores de provincias? –señaló hacia los barracones.

–Sí, en los antiguos cobertizos de la fábrica. Los han dividido en porciones más pequeñas; algunas de una familia, otras de cuatro cinco trabajadores juntos.

–¿Ha hablado usted con ellos? –preguntó Mei.

–Lo he intentado, pero cada vez que me acerco a alguien, por ejemplo a una mujer que está haciendo la colada en la fuente, corren todos a meterse en sus casas. Interrogué a algunos de ellos, pero preguntara lo que preguntara me decían que ellos no habían visto nada. Naturalmente, le tienen miedo a la policía. Están en Pekín sin permiso de residencia, así que sus niños no pueden ir a la escuela y corretean asilvestrados por las calles en pandillas. A veces roban. Ahora hay un cadáver. Por supuesto que todo el mundo tiene miedo.

–¿Cree que tienen algo que ver con el asesinato? ¿Cuál habría sido el móvil?

–Los Gemelos piensan que fue un atraco que se torció. Me encantaría no estar de acuerdo, pero no se me ocurre ninguna otra cosa. Desde luego, parece un atraco. Manyu dijo que la noche del concierto Kaili llevaba dos anillos grandes, un reloj de pulsera y unos pendientes. Pero sólo hemos encontrado esto –de su bolsillo sacó la bolsa de plástico que le había dado Lao Li.

–¿Lo puedo ver?

El detective Zhao le dio la bolsa.

Ella se acercó a la ventana, abrió la bolsa, sacó uno de los pendientes con la punta de los dedos y lo miró de cerca.

–¿Pero por qué iban a matarla?

–Puede que se enfadaran al descubrir que las joyas eran falsas. Puede que ella opusiera resistencia.

–No me parece que ella fuera capaz de luchar por un reloj o unos pendientes. Tenía muchos más. Por cierto, los pendientes eran auténticos: tienen el contraste de Cartier.

–¿Qué es «Cartier»?

–Una famosa joyería francesa, muy cara.

–Así que fue un atraco.

–No.

–Pero si me acaba de decir que ella llevaba pendientes caros.

–Los llevaba. Pero nadie se los cogió antes de que muriera. Si hubiera sido un atraco, se los habría quitado ella misma. No habrían encontrado los pendientes.

El detective Zhao se sonó la nariz. Se quedaron en silencio un rato.

Entonces les llegaron voces flotando desde abajo. Mei le devolvió la bolsa al detective Zhao y se asomaron por la escalera. Los Gemelos estaban subiendo.

–¿Dónde estabais? –les ladró el detective Zhao.

–Queríamos ser minuciosos –dijo uno de ellos.

–¿Qué habéis averiguado?

–El cadáver lo encontraron los niños de los trabajadores de provincias. Se pasan el día haciendo el vago por los terrenos de la fábrica, enredando.

–¿Habéis averiguado algo nuevo?

–Dos de las madres vieron el cadáver. Se lo dijeron a uno de los padres, que informó de ello al Comité Revolucionario del Hutong y la Calle.

–Y hemos averiguado por qué estaba ese hombre en casa y no en el trabajo. Estaba enfermo.

–No, no era eso. Estaba haciendo el turno de noche.

–¿Hablasteis con la madre, con el padre o con el niño? –preguntó el detective Zhao.

–No.

–¿Con quién hablasteis?

–Con el Comité Revolucionario del Hutong y la Calle, por supuesto.

–Pero ellos no tienen nada que ver con los trabajadores de provincias.

–Los tienen vigilados. Saben lo que está pasando.

–¿Ah, sí? –dijo el detective Zhao con ironía.

–Los trabajadores de provincias no quieren hablar con el Comité. Están ocultando algo –dijo uno de los Gemelos.

–O a alguien –añadió el otro.

–Probablemente tienen miedo de delatarse a sí mismos.

El detective Zhao hizo con la mano un gesto de impaciencia.

–¿Qué más os han dicho los miembros del Comité? ¿Ha habido algún movimiento en las pandillas?

–Siempre hay gente yendo y viniendo. Los que llegan nuevos prefieren meterse a vivir con sus parientes o con sus viejos vecinos del pueblo. Nadie sabe exactamente cuánta gente hay ahí, y la situación está empeorando.

Asintieron.

–Pronto la mayor parte de ellos se irá a su tierra por las Fiestas de la Primavera y no nos será posible continuar –dijo el detective Zhao–. Id a buscar a los que vieron el cuerpo. Llevadlos a la comisaría. Si no quieren hablar con nosotros aquí, lo harán allí.

–¿Los quiere hoy?

–Sí –el detective Zhao empezó a bajar la escalera; luego se paró, y se volvió–: ¡Pero no os quedéis ahí parados! ¡Daos prisa!

–Vale –los Gemelos bajaron los escalones arrastrando los pies a cada paso.

Había llegado un nuevo policía para vigilar el escenario del crimen. El detective Zhao habló con él brevemente mientras Mei continuaba bajando.

Una vez fuera, se enfundó el gorro y los guantes. El sol se estaba poniendo entre brumas rosas. El aire olía a brasas de carbón.

–Me pregunto si le harían chantaje –dijo el detective Zhao mientras iban andando hacia la calle.

–¿Por dinero?

–O por otra cosa.

Estaba ya oscuro cuando Mei llegó a Xidan. Aparcó el coche fuera de la principal zona comercial y fue andando hasta la calle Norte de Xidan. Estaba abarrotada de compradores por las fiestas, y los vendedores de tentempiés pregonaban sus artículos: bollos al vapor, pinchos mongoles de cordero y *nian gou*, pasteles de pasta de arroz.

Buscó el restaurante Flor de Soja. Bajo el cielo despejado las familias merodeaban alegremente al frío, los niños con sus *bingtang hulu*. Una adolescente se quedó mirando a Mei. Tenía la mirada brillante y curiosa y las mejillas rojas.

Cuando tenía la edad de esa chica, Mei había ido de compras al centro de la ciudad con su madre. Desde donde ellas vivían, en el lejano ángulo noroeste de la ciudad, habían tenido que hacer un largo trayecto en autobús, con dos transbordos. Como eran propensas a marearse en marcha, se bajaron varias veces del autobús y anduvieron los últimos cinco o seis kilómetros. Algunas veces se apeaban en una parada que no les resultaba familiar para explorar el vecindario y las calles a su paso.

El recuerdo de la felicidad hacía tiempo perdida agujijoneó el corazón de Mei como una espina y la entristeció. Se acordó de lo crudo que lo habían tenido como marginadas, unas hijas sin padre, una mujer sin marido, una madre a la que le hicieron la vida imposible en todos y cada uno de los trabajos que tuvo. Habían soportado muchos sufrimientos, pero el amor que se tenían sobrevivió... hasta que la verdad sobre la muerte de su padre se había interpuesto entre ellas. Mei se preguntó si su conocimiento habría estado hiriendo a su madre, como ahora la hería a ella, durante los últimos veinticinco años. Su pobre y triste madre... De pronto quería decirle que la seguía queriendo a pesar de todo. Pero no podía. Era como si una lámina de hielo, con la forma de su padre muerto, se alzara entre ellas.

Mei volvió bruscamente la cabeza. Las estrellas brillaban pálidas por encima de las luces de la ciudad. Entonces volvió a mirar la calle, y vio, entre la niebla, el cartel amarillo y rojo del restaurante Flor de Soja.

Dentro, el aire apeataba a guindilla, pimienta de Sichuan y hierbas aromáticas. Si quedaba algún rescoldo de sus pensamientos en su madre y en su pasado juntas, fue rápidamente olvidado.

El restaurante, abarrotado de mesas oscuras y sillas de respaldo alto, estaba lleno. Los clientes sorbían ruidosamente empanadillas calientes con salsa de guindilla roja y se

llenaban la boca de arroz después del tofu picante. El ruido era ensordecedor. De vez en cuando, alguien llamaba a gritos a una camarera.

Mei encontró a Manyu sentada en una mesa de un rincón con la espalda apoyada en la pared. Estaba jugando con su taza de té, empujándola alrededor de la mesa, absorta en sus pensamientos.

–Siento llegar tarde. Había mucho tráfico en la autopista del aeropuerto –dijo Mei cuando llegó a su lado.

Manyu sonrió.

–En todo caso necesitaba tiempo para pensar bien las cosas.

Mei se quitó el abrigo, lo dobló sobre el respaldo de la silla y se sentó.

–Estoy tomando té de jazmín. ¿Prefiere alguna otra cosa?

–Jazmín, por favor –dijo Mei. Normalmente le gustaba más el té Wulong, pero después de la caminata estaba sedienta. El jazmín la refrescaría.

–Siento no poder invitarla a mi casa. El apartamento es pequeño, y mis padres podrían escucharnos.

–Éste es buen sitio.

–Hay mucho ruido, así que no nos oirá nadie ni por casualidad.

Mei asintió.

–¿Qué es lo que quieres decirme? –vació su taza. El té estaba cocido y se había quedado frío.

–Me gustaría ayudar –dijo Manyu, cogiendo el menú que había sobre la mesa–; pero ¿pedimos primero? Seguro que usted tiene hambre.

Cuando se hubieron decidido por algunos renombrados platos sichuaneses, Mei llamó a la camarera y pidió Filete del Diván del Esposo y la Esposa, Empanadillas en Agua Carmesí, *mapuo tofu* y Pescado Hervido a las Cuarenta Especies.

–¿Y nos puede traer otra tetera, por favor? Ésta se ha quedado fría.

–He estado pensando mucho ayer y hoy –dijo Manyu–. Ha sido todo un golpe para mí. Como usted sabe, nunca me gustó Kaili. Era guapa y era inteligente, pero se aprovechaba de la gente. Cuando les había sacado todo lo que había podido, se deshacía de ellos. Era caprichosa. Le importaban poco los sentimientos de los demás. ¿Pero merecía morir así? Nadie lo merece. Yo anoche no podía dormir. Seguía viendo su cara, machacada y sin vida. ¿De qué sirven la juventud y la belleza? La muerte se lo lleva todo: los recuerdos, el amor, el odio, la culpa, las promesas... todo –su voz se fue apagando. Tras un corto silencio, tomó un trago de té y continuó–. Ahora que Kaili está muerta, pienso en ella todo el tiempo. Recuerdo incidentes que creí que había olvidado y los veo de otra manera. No puedo decirle cómo ha sido, pero es como si de pronto la hubiera comprendido. Ella no era feliz. No sabía lo que quería. Estaba intranquila, siempre buscando algo que no había. Yo entonces pensé que quizá en realidad no quería nada. Ella estaba tan triste y tan dolida que no tenía metas en la vida ni ganas de vivir.

–Ella no se mató –introdujo Mei.

–No es eso lo que quiero decir. Kaili no era del tipo de persona que comete un suicidio. No tenía el coraje. Pero como no valoraba sus propios sentimientos, trataba al resto del mundo con desdén.

–Pero tú quieres ayudar a coger a su asesino.

–Es extraño, ya lo sé. Yo tampoco lo entendía. ¿Por qué iba yo a arriesgar mi trabajo y mi futuro por ella? Está muerta, y nunca fue amiga mía.

Manyu volvió a empujar su taza en círculos.

–Supongo que quiero ayudar porque ella estaba triste, porque había sufrido y la habían tratado mal.

–¿A qué se refiere?

–¿Sabe usted que Kaili era amante del señor Peng?

Mei asintió.

–Pero el señor Peng tenía además un lío con su secretaria. Mucha gente de la empresa lo sabía. No sé cómo Kaili no llegó a enterarse antes... quizá porque el señor Peng nunca le importó. Sólo estaba con él por razones prácticas. El día del concierto en el Estadio de la Capital, Kaili acababa de enterarse de lo de la secretaria. Cuando yo la vi, estaba de muy mal humor. Me dio pena y traté de consolarla, pero ella me dijo que no quería mi compasión y me echó de allí a gritos.

–Si no estaba enamorada del señor Peng, ¿por qué le importaba?

–Puede que estuviera herida en su orgullo.

La comida llegó. Dos camareras depositaron los platos frente a ellas y les llenaron de arroz los cuencos. Mei esperó a que se hubieran ido y preguntó:

–¿Tienes idea de por qué desapareció?

–Creo que estaba dolida de verdad. No tenía amigos y encima el señor Peng la había traicionado. Puede que quisiera vengarse –Manyu miró a su alrededor. Cuando estuvo segura de que no había nadie escuchándola, susurró–. Lo que dicen los rumores es que el señor Peng fue quien metió a Kaili en las drogas.

–¿Crees que ella podía saber algo sobre él de lo que él tuviera miedo?

Manyu asintió, brillándole los ojos.

Mei cogió su taza. El habitualmente aromático té de jazmín sabía a agua.

Manyu puso una cucharada de *mapou tofu* en el plato de Mei.

–No sé si nada de todo esto servirá de algo, pero pensé que debía contárselo a usted de todos modos.

–Gracias –dijo Mei. El tofu le quemó la lengua; luego se le insensibilizó.

–Si puedo ayudar en algo más, hágamelo saber –dijo Manyu.

Mei arrancó una hoja de su libreta y copió en ella los datos de las veces que Kaili había retirado dinero en efectivo. Deslizó el papel hacia Manyu.

–¿Puedes averiguar dónde estuvo Kaili alrededor de estas fechas?

–Lo intentaré. Comprobaré su agenda y hablaré con nuestro chófer.

–Bien –Mei sonrió.

La ventana que había detrás de Manyu estaba empañada. Por una zona se estaba esclareciendo: gotitas de agua rodaban cristal abajo como lágrimas.

Al día siguiente Manyu llamó a Mei a mediodía.

–Puede que haya encontrado algo –dijo con impaciencia–. He comprobado las tres fechas que me dio en la agenda de Kaili. El primero de los días canceló dos entrevistas con la prensa. En los otros dos no hay nada escrito. Luego he hablado con nuestro chófer. Parece ser que Kaili usó el coche los tres días, y todas las veces para ir a la Torre del Tambor. Invité al chófer a desayunar. Estuvimos mucho rato charlando. Ya nos conocíamos bastante... –Manyu hizo una pausa–, porque a ninguno de los dos nos caía bien Kaili. Le estuve sonsacando y me dijo que las tres veces la había dejado en el callejón trasero de la Torre del Tambor y que ella se había metido en el *hutong*.

–¿Se quedó a esperarla?

–Sí, pero no recuerda cuánto tiempo tardó ella. Nuestros conductores llevan a distintas personas a un montón de sitios. Hay que darles fechas y horas concretas. Se supone que tienen que llevar un registro de todos los viajes que hacen en un cuaderno, pero la mayoría ni se molesta. A veces anotan de forma general la zona a la que van. ¿Qué piensa usted?

–Puede que fuera a encontrarse con alguien... quizá en alguno de los restaurantes del Houhai. Puede que estuviera sufriendo un chantaje, saldando alguna deuda –dijo Mei, sopesando las posibilidades.

–¿Hay alguna noticia de la policía? –preguntó Manyu.

–He llamado esta mañana al detective Zhao pero no me ha devuelto la llamada.

–Espero que encuentren al asesino.

–Gracias por tu ayuda –dijo Mei.

–Si hay algo más que pueda hacer, llámeme otra vez, por favor.

Luego Mei llamó a Ding.

–Hola, soy Mei –dijo rápidamente en cuanto él respondió–. ¿Podrías ayudarme otra vez? Te pagaré.

La voz de Ding era tranquila.

–¿Qué pasa?

–Un niño murió en el hospital tras una operación de poca importancia. Sus padres querían saber lo que ocurrió en realidad... –le resumió lo que llevaba averiguado hasta ese momento–. Ahora que Gupin no puede trabajar, me pregunto si no podrías tú intervenir.

–Lo haré, si mi mujer me deja –dijo Ding–. Supongo que le gustará lo del dinero.
Mei sonrió.

–Bien. Te llevo el material del caso. ¿Puedes salir a esperarme a la puerta de vuestro recinto? No tengo tiempo de registrarme y entrar. Intentar visitarte a ti es como meterse en zona militar.

–Bueno, es que es un hospital castrense –dijo Ding.

Más tarde, después de ver a Ding, Mei condujo por la carretera de circunvalación hacia la Aldea del Depósito del Sur. Ding le había asegurado que Gupin se iba a recuperar por completo, pero quería ver cómo estaba y también pedirle consejo.

Se alegró de verle con mejor aspecto. Tenía cara de salud y parecía que estaba más fuerte. La estufa calefactora ardía resplandeciente, llenando de calor el cuarto. Gupin dijo que estaba aburrido de estar postrado en la cama y que había estado pensando en lo del niño muerto.

–Han dado tantas versiones distintas de la historia entre el hospital y las empresas farmacéuticas que la cosa no tiene sentido –dijo.

–Estoy de acuerdo. Por el momento no veo la conexión entre esos dos grupos, pero estoy casi segura de que la hay. Por eso le he pedido a Ding que nos ayude. Ha sido médico durante muchos años, y ahora vende instrumental médico. Quizá alguno de sus contactos pueda arrojar algo de luz sobre el caso.

Gupin asintió.

–Es buen tipo.

–Ha dicho que vendrá a verte en unos días.

Mei cogió el hervidor de encima de la estufa, se acercó a la tinaja que había junto a la puerta y lo llenó con dos calabazadas de agua.

–¿Y qué pasa con el otro caso... lo de Kaili? ¿Estás ya más cerca de encontrarla? –preguntó Gupin.

Mei volvió a poner el hervidor sobre la estufa.

–La han encontrado... Por lo menos, han encontrado su cuerpo.

–¿Está muerta?

–Parece que la han asesinado.

Mei se sentó en el taburete junto a la cama de Gupin y le contó lo que había pasado. Gupin la escuchaba sin pestañear. Mei sacó la mariposa de papel de su bolso y se la pasó. Sobre las palmas de sus grandes manos, se la veía desvalida.

–La encontré en el apartamento de Kaili –dijo Mei. Le contó a Gupin lo de L. y sus cartas–. En esas cartas había una Kaili diferente, idealista, ingenua y audaz. L. era reflexivo y cauteloso. Estaba enamorado de ella.

–¿Tú crees que esta mariposa de papel la hizo él? –preguntó Gupin.

A Mei la pregunta la pilló por sorpresa y frunció el ceño:

–Sí –dijo–. Puede que la hiciera él. Puede que fuera un artista. No. La Universidad de

Qingdao es sólo de ciencias. No tiene facultad de bellas artes. Pero podría ser un artista aficionado.

—O un aficionado a la artesanía —dijo Gupin, sosteniendo la mariposa en alto y examinándola—. La gente en sus casas hace cosas como ésta, si no estas mismas. Los antepasados de algunas familias tenían un oficio que se pasaba de generación en generación.

—O puede que la comprara en una tienda y le escribiera su inicial en el ala —dijo Mei, pensando en voz alta—. Podría haberla hecho él mismo, pero ¿para qué sirve? La artesanía suele tener un propósito práctico... al menos en su origen lo tenía.

—De artesanía saben los viejos. En nuestro pueblo hay uno a quien llamamos Anciano Abuelo. Creemos que ronda los cien años. Lo ha visto todo y lo sabe todo. Tenemos que encontrar a alguien como él. Pero Pekín es demasiado grande: es imposible.

—No necesariamente. L. vivía en un viejo *hutong*. Quizá alguien de por allí pueda saber algo de la mariposa de papel, si es que es una artesanía tradicional.

—Hay tantísimos *hutongs*...

—En su última carta había una referencia a la Torre del Tambor —dijo Mei—, y a la Torre del Tambor fue Kaili varias veces.

—¿Tú crees que es una simple coincidencia?

Dio la impresión de que una luz le recorría el rostro:

—Quizá no. ¡Eso es, Gupin! —exclamó Mei, cogiéndole sin pensar las manos. A Gupin la cara se le puso roja. La mariposa de papel cayó al suelo. Mei le soltó.

El hervidor hervía, con la tapa repiqueteando. El vapor brotaba a chorro por el pitorro. Mei lo apartó del fuego y tapó la estufa con un disco de hierro. Le llenó a Gupin la taza de agua recién hervida y se la tendió.

—Antes de irme, necesito pedirte un favor. ¿Conoces a alguien, a algún trabajador de provincias quiero decir, en Dashanzi, o, mejor aún, en la Fábrica 958? ¿Podrías averiguar qué saben ellos sobre la muerte de Kaili? Nadie de por allí quiere hablar con la policía.

—Eso no va a ser problema. Se lo diré a Joven Montaña. Él conoce a mucha gente.

—¿Cómo me harás llegar la información?

—Le pediré a Joven Montaña que te la lleve a la oficina.

—Estaremos en contacto —y, con eso, Mei se fue. En el patio, el hielo había empezado a derretirse.

A las tres y cuarto de aquella tarde, Mei iba en su coche recorriendo la calle Oeste de la Torre del Tambor. Era una de sus preferidas, sobre todo en verano, cuando los castaños le daban sombra. Aparcó el coche en la cuneta, junto a un gran montón de nieve sucia.

Fuera de esa calle, *hutongs* largos y estrechos se extendían como raíces que llevaban hasta el laberinto del Houhai... Mei entró en un callejón. Estaba muy tranquilo, y había trozos de nieve aplastada que brillaban al sol claro de invierno. Apareció una sombra alargada por el otro extremo de la calle y un hombre vino hacia ella empujando una bicicleta. Miró a Mei sin disimulo, como hacen, por lo visto, los pekineses.

Al final del *hutong* encontró un lago blanco helado. El sol radiaba desde su satinada superficie. Había un bar pequeño en la esquina. Alguien le había embadurnado la pared de palabras coléricas en rojo: «Callaos. Quiero dormir. Quiero vivir».

Mei anduvo junto al lago, entre elegantes sauces llorones que aguardaban la primavera. El vetusto barrio estaba a medio resurgir. A algunas casas les habían dado una capa de pintura gris, mientras que otras todavía estaban deterioradas y desconchadas. Resplandecían los bares nuevos, pero detrás de ellos las viejas corralas se estaban viniendo abajo.

Mei fue hacia el este, cruzando el Puente del Lingote de Plata. Pasó ante el Shao Ro Ji (el restaurante La Carne Asada). En su aparcamiento, clientes bien vestidos descendían de sus coches.

La calle se estrechaba y se hacía calleja. La reforma urbana no había llegado más allá. Mei siguió por la calleja que llevaba al lago; luego dio media vuelta. Se paró en la curva.

Había allí una casa pequeña. Grandes trozos de pintura se le habían desprendido de las paredes, descubriendo el yeso. Dos extintores de incendios, encadenados a un gancho metálico, componían un cuadro extraño tras un panel de plástico transparente, bajo la ventana. Sobre el dintel de la puerta un cartel rezaba: «El Rey del Bao Du».

Mei abrió la puerta de un tirón, apartó una cortina a cuadros y entró en un restaurante de una sola sala. Estaba abarrotado de muebles de madera oscura, algunos de ellos despojados de pintura. Un olor espeso a callos hervidos y salsa picante llenaba el ambiente. Dos hombres entrados en años se encorvaban sobre una mesa, sorbiendo con ruido de unos cuencos. Había un viejo de pelo plateado y con un mandil sentado con

ellos hablando. Era menudo, de cara plana y pecosa marcada con pliegues profundos como cuchilladas. Al hablar le centelleaban los ojos. Era el Rey del Bao Du.

Se volvió:

–¿*Bao du*? –le preguntó a Mei.

–Sí –dijo Mei quitándose el abrigo y sentándose a una mesa.

–¿Cuántos platos?

–Uno.

–¿Quiere también bollos secos?

Mei no estaba segura.

–¿Ha comido alguna vez *bao du*?

–No.

–Entonces tómese unos bollos secos –sentenció el Rey del Bao Du. Los dos viejos asintieron.

–Muy bien –dijo Mei con una sonrisa vacilante.

–¿Un té?

–Sí; Wulong.

–¿Monje de Acero o Mono Blanco?

–Monje de Acero.

El Rey del Bao Du se puso en pie, les dijo a los otros clientes que comieran despacio y se fue a la cocina.

Mei había leído cosas sobre el Rey del Bao Du en los periódicos. Que había aprendido a saltar callos de joven, en el barrio musulmán. Que había regentado un pequeño restaurante en aquella zona hasta que, en los años cincuenta, el Movimiento para Acabar con los Cuatro Viejos erradicó las casas de comidas tradicionales de Pekín. Cuarenta años después, el gobierno municipal había decidido recuperar las tradiciones y devolver la actividad al Houhai, con lo que el Rey del Bao Du volvió a su antiguo negocio. Pero eso a los funcionarios ya no les hizo gracia: pensaban que el *bao du* no era un plato digno de resurrección, y que El Rey del Bao Du era demasiado cochambroso. Intentaron cerrárselo. Y cuando los periódicos publicaron la historia, el Rey del Bao Du se hizo famoso.

Mei había ido allí porque creía que el Rey del Bao Du podría conducirla a alguien que supiera de la mariposa de papel. Él llevaba viviendo en ese barrio casi medio siglo y conocía bien a los vecinos. Además, los vecinos más antiguos se reunían en su restaurante para saborear el viejo Pekín y para encontrarse entre ellos. Mei confiaba en que el Rey del Bao Du sabría si la mariposa de papel procedía verdaderamente de allí.

Una mujeruca llena de arrugas salió en ese momento del cuarto trasero. Llevaba un sombrero negro de punto encima del pelo blanco. Su cara había empezado a hundirse por en medio: parecía que los ojos, la nariz y la boca se le estaban cayendo en un agujero. Le trajo el té a Mei y sonrió sin dientes. Mei recordó que el Rey del Bao Du llevaba el restaurante a medias con su mujer.

Al poco rato emergió él con un plato de callos de cordero hervidos, sepultados bajo una espesa salsa de sésamo.

–¿Cuándo llegó el *bao du* a Pekín? –le preguntó Mei cuando él posó el cuenco en la mesa.

–¿Pero no lo sabe usted? –dijo el Rey del Bao Du con incredulidad–. Hace más de cien años, el emperador Qianlong dirigió una campaña en la Región del Oeste. El ejército se quedó sin provisiones. Desesperado, el cocinero real hirvió las tripas de una vaca muerta para el emperador, y a él le pareció la mejor comida que había probado nunca. Una vez ganada la guerra, el emperador volvió a Pekín y pidió otra vez ese plato. De ahí viene nuestro famoso *bao du*.

Los dos viejos clientes habían terminado su almuerzo. Se mondaron los dientes con las uñas. Uno de ellos dijo una palabrota y se pusieron de pie. Le gritaron al Rey del Bao Du que se marchaban. Él corrió hacia ellos.

–¿No se quedan un poco más?

–Nos vamos.

–Pues vayan despacio.

–¡Con el frío que hace!

La señora de Bao Du salió de la cocina con un gran cuenco de comida en cada mano y los puso sobre una mesa en un rincón. El Rey del Bao Du volvió y se sentó. Cruzaron unas pocas palabras y empezaron su almuerzo.

Mei pensó que había llegado su oportunidad y se acercó a ellos:

–Padrecito, madrecita... siento molestarles –sacó del bolso un paquete cuidadosamente envuelto, y lo abrió para descubrir la blanca mariposa de papel–. Creo que esto salió de algún sitio de por aquí cerca. ¿Saben algo de ella? ¿Quién las hace?

El Rey del Bao Du y su esposa miraron la mariposa de papel y luego se miraron el uno al otro. El Rey del Bao Du la cogió y le dio vueltas.

–¿Está usted buscando más de éstas? –preguntó.

Mei se les sentó a la mesa.

–Puede ser. ¿Para qué sirven?

–Para quemarlas. Son para los funerales, una costumbre manchú.

–Como el dinero fantasma.

–Sí. Era costumbre en tiempos del emperador Qing, porque la Corte era manchú, pero nosotros, los chinos Han, no lo hacíamos –frunció el ceño–. ¿De dónde la ha sacado? Hace años que no había visto ninguna.

–De una amiga.

–Pues su amiga sabrá quién la hizo.

–Me temo que ella no me lo puede decir.

–¿Por qué no?

–Está muerta.

El Rey del Bao Du miró a su mujer.

–Liu el Padrino –dijo ella.

El Rey del Bao Du asintió.

–Es un barbero ambulante. Lleva aquí viviendo hasta más tiempo que yo mismo, y se ha pasado décadas cortando el pelo por los *hutongs* vecinos. Tiene setenta y seis años, pero aún sale todos los días a atender a sus clientes –hizo una pausa, carraspeó–. Es a él a quien habría que preguntarle. Es supersticioso: cree en demonios, en la otra vida y cosas así...

–¿Dónde lo puedo encontrar?

–A esta hora, es difícil decirlo. Puede que esté en su casa. Vive en el *hutong* del Molino de Tofu.

–Número 19 –dijo la señora Bao Du, y le indicó a Mei el camino.

Ella les dio las gracias, pagó su *bao du* y sus bollos secos y se fue. El cielo estaba teñido con la bruma azul de la noche incipiente. Una delgada luna creciente asomó por encima del Puente del Lingote de Plata.

Mei atravesó el puente y torció a la derecha por una calleja ancha donde había un hombre dando vueltas a unos boniatos asados en un bidón que hacía las veces de hornillo. Un poco más allá una mujer vendía bollos al vapor. Un anciano estaba revolviendo entre las primeras ediciones de una pequeña librería. La campana repicaba en la Torre de la Campana.

En el *hutong* los niños alborotaban, jugando a perseguirse unos a otros. Los adultos pasaban en bicicleta, camino de casa a la salida del trabajo. Mei volvió a girar a la derecha hacia el *hutong* del Molino de Tofu en una tienda que hacía esquina. Había un grupo de niños jugando al fútbol.

Una extraña y lastimosa escena la recibió en el número 19. Dos grandes faroles blancos, indicadores de una muerte en la vecindad, se balanceaban sobre la entrada, como los ojos erráticos de un fantasma. Un par de viejas conversaban en la puerta mientras los niños que estaban vigilando jugaban con la nieve.

–¿Buscaba usted a alguien en particular? –le preguntó a Mei una de ellas con aire suspicaz.

–A Liu el Padrino.

Ella dio un resoplido:

–Ha salido.

–¿Sabe adónde ha ido?

–Al local de *qipei*, seguro.

–¿Es verdad que juega a las cartas todos los días?

–Ese local de *qipei* ha sido la perdición hasta de buenos padres de familia.

–¿Podrían decirme dónde está? –preguntó Mei.

Levantaron un brazo cada una, apuntando hacia sitios opuestos y diciendo:

–Por allí.

Mei tardó un rato en encontrar el local de *qipei*, porque no tenía cartel y se parecía a cualquier casa de las que dan a la calle en cualquier vía residencial. Estaba lleno de humo, olía a alcohol, y estaba abarrotado de gente jugando a las cartas, al ajedrez chino, al *go* y al *mah-jong*.

El propietario, el Viejo Grande, como la gente le llamaba, se fue hacia Mei con ademán agresivo cuando ella entró, temiendo quizá que fuese de la Oficina de Inspección del Distrito. Pero cuando Mei le dijo a quién buscaba, le señaló una mesa esquinera donde había dos hombres de edad jugando a las cartas.

Uno tenía el pelo blanco y los labios curvados, mientras que el otro era flaco, con el pelo negro azabache cortado a cepillo. Tenía cerca de la nariz un lunar pequeño del que le brotaba un largo pelo. En la mesa, entre ellos, había una botella de *er-guo-tuo*, licor de vino de arroz.

Mei se acercó y oyó que el hombre de pelo blanco decía:

–He oído que ha muerto el abuelo Wu. ¿Qué ha pasado?

El hombre del lunar contestó con voz chillona:

–La vejez. La mujer de Chen el Poli lo encontró muerto esta mañana después de la nevada.

–Uno más que se nos va. Pronto estaremos todos muertos –siseó el otro hombre–. ¿Qué edad tenía?

–Cuatro años más que nosotros, o sea que ochenta.

–Una vida larga.

–Pero triste.

Suspiraron y siguieron con su juego.

–¿Liu el Padrino? –preguntó Mei.

Los dos hombres levantaron la vista.

–¿Para qué lo busca? –dijo el hombre del lunar.

Mei se quitó el abrigo largo y el gorro negro de lana, y se sentó. Sonrió, los labios del mismo tono que el jersey rosa.

–El Rey del Bao Du me dijo que usted podría hacerme el favor de echarle un vistazo a una cosa.

–¿Qué cosa?

Mei sacó el envoltorio y lo abrió.

Liu el Padrino soltó un grito ahogado.

–¿Dónde ha encontrado usted esto?

–Es mía –dijo Mei, perpleja.

–Liu, ¿te encuentras bien? –el hombre de pelo blanco se inclinó hacia delante.

–¿Quién es usted? –el rostro de Liu el Padrino había palidecido. Las cartas se le escaparon de los dedos.

El hombre de pelo blanco sirvió *er-guo-tuo* en una taza y se la alcanzó a su amigo, que se la bebió de un solo trago. Pidió que se la rellenase, y se tragó también eso. Sus ojos

saltaban de Mei a la mariposa, y otra vez a Mei. La gente giraba la cabeza, preguntándose a qué se debía aquella agitación.

–¡Esto es demasiado raro! –Liu el Padrino meneaba la cabeza. Pidió por señas otro trago. La botella estaba vacía. Mei le pagó otra al dueño–. ¡Pero si el abuelo Wu está muerto! –repetía una y otra vez el hombre.

Después de otras dos tazas pareció que se calmaba.

–¿El abuelo Wu hacía mariposas de papel? –aventuró Mei.

–Sí. Ése era el oficio de su familia. Eran manchúes. Antiguamente fueron proveedores de la Corte –su voz sonaba como la de un animal pequeño atrapado en un túnel oscuro–. Hace años tenían una pequeña tienda de artículos funerarios, pero fue destruida en el Movimiento para Acabar con los Cuatro Viejos –bebió otro trago de *er-guo-tuo* y le volvió el color a la cara–. Después de aquello ya no hubo más entierros, y las tradiciones que los rodeaban se prohibieron. El presidente Mao decía que eran supersticiones.

–Pensábamos que aquello era el final. Pero entonces vino la Revolución Cultural. Una noche los Guardias Rojos vinieron a nuestro *hutong* y echaron abajo la casa de la familia Wu. Quemaron todas las mariposas de papel. Yo ya le había dicho al abuelo Wu que se deshiciera de ellas. «No las guardes en tu casa», le decía. «Mira que tú eras manchú, y comercias con rituales supersticiosos.» Pero no comprendió el riesgo. Él era demasiado viejo, y el niño demasiado pequeño, así que los Guardias Rojos se llevaron a su hijo y a su nuera. Al día siguiente estaban muertos, los cráneos rotos, las caras aplastadas. El abuelo Wu tuvo que recoger sus cuerpos. Los habían dejado tirados en la calle, en el sitio en que murieron. Después de aquello dejó de hacer mariposas de papel. Ni siquiera hablaba de ello.

–Pero ¿de qué vivía? –preguntó Mei.

–Limpiaba las calles y las escuelas locales. Trabajaba de portero. Crió él solo a su nieto.

–¿Dónde está el nieto ahora?

–Nadie lo sabe.

–¿Cómo se llama?

–Lin.

«¡Eso es!», pensó Mei. «Lin tiene que ser L. El nombre encaja. El lugar coincide. Su abuelo era portero de la escuela local y eso también encaja.»

Mei cogió la mariposa y trató de dársela a Liu el Padrino. Pero él no quiso tocarla.

–¿Cómo puede usted estar seguro de que ésta es una de las mariposas del abuelo Wu? Tiene que haber más gente que sepa hacerlas.

–Es del abuelo Wu. Hemos vivido en el mismo *hutong* durante más de setenta años y la reconocería donde la viera. Ésta es una mariposa de la familia Wu. Las vetas doradas eran su especialidad.

–Ya empezamos –el hombre del pelo blanco sonrió–. ¿De qué tienes miedo? No es más que una mariposa del abuelo Wu.

–¿Es que no me has oído? El abuelo Wu está muerto. Y un muerto no puede hacer mariposas de papel.

–Puede que ésta la hiciera mucho antes de morir, hace muchos años –dijo Mei.

–Pero ¿hizo también todas las otras?

–¿Qué otras?

–Al día siguiente de la muerte del abuelo Wu había una mariposa de papel en el umbral de cada una de las casas del patio.

–¡Qué me está contando! –Mei estaba estupefacta.

–¡Su espíritu nos persigue!

–Ya estás otra vez con tus supersticiones –dijo el hombre de pelo blanco–. Además, has sido amigo del abuelo Wu durante sesenta años. No tienes nada que temer de su fantasma.

–Nunca se sabe... Puede que a él no le gustara el cobertizo que construí en la parte de atrás de su casa. Pero cada cual se agenciaba su espacio. Si no lo hubiera hecho yo, lo habría hecho otro cualquiera. Es posible que no le gustaran mis cotilleos. Pero todos nos ocupábamos de él. Yo le hacía la compra, y la señora Tang, que fue la presidenta de nuestro Comité Revolucionario de la Calle y el Hutong, le recogía su pensión de jubilación. La señora Chen le hacía de comer. No podía haber tenido unos vecinos mejores.

El hombre de pelo blanco asentía.

–Al abuelo Wu no le quedaban parientes –siguió Liu el Padrino–. Ha tenido que llevar Chen el Poli su cuerpo al crematorio. Hoy en día es caro incinerar un cuerpo. Mañana le haremos un velatorio. Todos los vecinos viejos estaremos allí.

–Yo voy a ir –dijo el hombre de pelo blanco.

Liu el Padrino paró de hablar; se le enturbió la mirada. El pelo del lunar se le estremeció. Los dedos le temblaban cuando intentó tocar la mariposa de papel que reposaba en la mesa.

–Los espíritus actúan de forma misteriosa –murmuró.

El hombre de pelo blanco lo agarró del brazo.

–No hay espíritus. Eso es superstición. ¿Es que no te han enseñado nada los comunistas?

–Eso es lo que tú dices, pero ¿qué pasa con las orejas de cerdo que hay colgadas de tu puerta? Dime ahora que no crees en demonios –replicó Liu el Padrino.

A la mañana siguiente Mei telefoneó al Ministerio de Correos y Telecomunicaciones para hablar con Jing Jing, la hermana menor de Hermana Mayor Hui, la mejor amiga de Mei de la universidad. En contraste con su oronda hermana, Jing Jing era flaca como un palillo, y la voz la tenía igual.

–Qué gracia que me llames –dijo Jing Jing con su voz cantarina–. De ti precisamente estuvimos hablando el otro día.

–¿De verdad?

–Mi hermana cree que ha encontrado a alguien para ti.

–¿Otra vez?

Jing Jing soltó un risita.

–Se siente mal por lo del último. ¿Quién iba a pensar que iba a ser tan espantoso? Este otro es justo lo contrario. No es tan aparente, pero sí muy agradable. ¿Por qué no la llamas? La universidad está cerrada por las vacaciones de invierno desde hace un par de semanas y ella está en casa aburrida.

–Yo creía que estaba escribiendo una colección de poemas.

–Me parece que no le está yendo muy bien con eso. Pero no le digas que te lo he dicho –rogó Jing Jing–. Se ha puesto otra vez a hacernos sombreros de punto.

–Y a organizarme mi vida amorosa –dijo Mei.

Se rieron.

Luego Mei le dio a Jing Jing el número del teléfono móvil de Kaili.

–¿Puedes darme una lista de las llamadas que se hayan hecho desde él en los últimos seis meses? Sé que estás ocupada, pero es importante.

–Igual no saco tiempo hasta mañana.

–Está bien. Por cierto, ¿cuándo es la remodelación?

–¿Cómo te has enterado de eso? Se supone que es un secreto.

–Pues por eso lo sabe todo el mundo.

–Después de Año Nuevo, y va a ser cosa fea –dijo Jing Jing; luego–: Mi jefe viene de camino hacia aquí. Más vale que me vaya.

Después de colgar, Mei intentó rellenar algunos impresos que habían llegado del gobierno municipal, pero estaba preocupada con el misterio de las mariposas de papel. ¿Por qué una para cada vecino? ¿Cómo habían llegado hasta allí? ¿Por qué estaban ellos

tan asustados? Ahora Mei estaba segura de que L. era Lin, el nieto del abuelo Wu. Pensó en Kaili. ¿Por qué había hecho esas visitas a la zona de la Torre del Tambor?

A la vuelta de la esquina había una taberna de tallarines que le gustaba, así que cogió su abrigo y estaba a punto de salir cuando oyó que llamaban a la puerta. Fuera había dos hombres corpulentos con plumíferos. Uno de ellos llevaba un maletín.

–¿Es usted la señorita Mei Wang?

–Sí –contestó Mei de mala gana.

–Somos de la Oficina de Ordenanzas.

Sin esperar su permiso entraron y se quitaron las chaquetas. Se alcanzaron un par de sillas y se sentaron el uno cerca del otro.

Mei se sentó también.

–¿De qué se trata?

El hombre del maletín lo abrió y sacó una carpeta.

–Usted es la dueña de la Consultoría de Información El Loto, situada en la calle Norte de Chongyang, 122, Comuna del Pañuelo Rojo, Edificio número 1. Tiene actualmente un empleado, un trabajador inmigrante de Henan. ¿Son estos datos correctos?

–Sí –Mei presentía que la conversación iba a dar un giro desagradable.

–Hemos descubierto recientemente que algunas personas usan empresas legales como esta suya para actividades ilegales como la investigación privada. Necesitamos examinar sus libros para comprobar que ha estado usted actuando de acuerdo con la ley y las ordenanzas.

–¿Es que alguien ha informado sobre mí? ¿Estoy siendo investigada?

–También nos faltan algunos documentos que debía habernos enviado, la Declaración de Limpieza de Espíritu, el Impreso 11.956, el Impreso 20.010, etcétera. ¿Sabía usted que es ilegal tener abierto un negocio sin haber cumplimentado el Impreso 11.956? Podríamos vernos obligados a pedirle que suspenda temporalmente su actividad hasta que hayamos recibido todos los documentos que se requieren y estemos conformes con ellos.

Mei no sabía qué era el Impreso 11.956 ni si de verdad existía o no, pero no le cabía duda de que si la Oficina de Ordenanzas quería, podían hacerla cerrar mañana mismo. Siempre había sido consciente del riesgo. Sin embargo, a menos que los promoviera el gobierno, golpes como éste eran poco frecuentes. Al fin y al cabo, cientos si no miles de investigadores privados trabajaban provechosamente bajo el paraguas de la consultoría de información: había estado con ellos en su conferencia anual. ¿Por qué iban hacer con ella una excepción?

El otro hombre, que hasta el momento no había pronunciado palabra, se acomodó en la silla, cruzando las piernas.

–El señor Peng ha sido generoso y paciente, pero usted continúa trabajando en el caso de Kaili. Está disgustado.

–Si lo deja –dijo el hombre del maletín– podríamos pasar por alto lo del impreso que

falta... por ahora.

El otro hombre se puso de pie. Entró en el despacho de Mei, hizo un gesto de aprobación a las pinturas de la madre de Mei que colgaban de la pared y acarició su ordenador.

–Tiene usted un bonito negocio. Estoy seguro de que quiere protegerlo. El señor Peng está haciendo lo mismo –dijo en tono más bien tranquilo, como si estuviera rogándole a Mei que comprendiera.

Cuando se fueron, Mei se paseó de arriba abajo por su despacho, con el corazón latiéndole rápido. Si no dejaba de investigar la muerte de Kaili, podrían volver y ejecutar su amenaza. Pero si se detenía ahora, nadie sabría nunca la verdad sobre Kaili y Lin. ¿Sería ella capaz de vivir consigo misma si cedía ante un hombre como el señor Peng?

Un rayo de sol se vertía a través de la ventana en el cuadro de su madre de un loto solitario que brotaba del barro. ¿Qué habría hecho su padre?, se preguntó en silencio.

Sonrió y sintió una energía renovada. Recordaba el día en que había presentado su dimisión en el ministerio: fuerza y dignidad. Seguiría a su corazón. No se iba a dejar intimidar. No iba ni a ceder ni a abandonar.

Una misteriosa música de *erhu* manaba del número 19 del *hutong* del Molino de Tofu. A Mei le sonó triste, pero la atrajo hacia el interior. La puerta traqueteaba con el viento. Mei tiró de ella, la abrió y la atravesó. La primera casa del patio estaba abierta e iluminada con velas. Mei entró.

La casa tenía una sola estancia, de unos siete metros de largo por tres de ancho. El techo era bajo, y en la pared trasera se alzaba un altar; sobre él ardían velas blancas e incienso. En la pared, encima de una cama individual, había algunas fotografías. Todas eran de la misma persona. Aquí era un muchacho con un pañuelo rojo al cuello que exhibía un Premio a las Tres Virtudes. Y allí estaba otra vez, con unos años más, sonriendo de oreja a oreja al lado de una bicicleta nueva. Otros retratos más lo mostraban de joven, a la orilla del mar, guapo y con la mirada clara. Mei supuso que era Lin.

Había un grupo de personas, todas con brazaletes negros, sentadas cerca del altar. El que tocaba el *erhu* era un anciano con una larga barba de plata. Había una mujer regordeta de mediana edad sentada a su lado. Tan pronto como vio entrar a Mei soltó un potente lamento. Mei supuso que era una plañidera profesional. Al lado de ella, un monje joven desgranaba cánticos con su rosario, imperturbable.

La última del grupo era una mujer joven. Tenía la cara redonda y la mirada amable. Llevaba el pelo recogido en un moño. El fuego ardía frente a ella en un brasero de aluminio, y de vez en cuando le echaba un puñado de blanco dinero fantasma.

Mei fue hasta el altar y se inclinó ante el retrato del hombre muerto. Prendió una varita de incienso y la añadió a las otras.

La plañidera volvió a gemir. Mei se volvió. Una pareja de ancianos había entrado en la

estancia, agarrándose el uno a la otra en busca de apoyo. La plañidera agitó su moquero y gritó:

–¡Su abuelo!

La pareja fue hacia el altar arrastrando los pies. El viejo temblaba, la cara arrugada como una nuez. Ante el altar la mujer se inclinó, mientras que el hombre sólo consiguió dar una sacudida con la cabeza. La mujer joven que estaba quemando dinero fantasma se acercó a ayudarles. La anciana pareja le dio el pésame. Mei se preguntaba quién sería aquella chica. Se fue hacia el altar, con idea de ofrecer sus propias oraciones, pero la mujer la detuvo con un gesto.

–Por favor, señorita, vaya al patio para el velatorio –le dijo.

Mei asintió.

La noche se había puesto fría. Mei se ajustó el abrigo bien ceñido alrededor del cuerpo. Apenas se veía el camino. Ampliaciones, casetas desvencijadas y cobertizos de almacén componían formas oscuras en la penumbra. Un arce se elevaba muy alto por encima de ellos, alcanzando el cielo con las manos.

Más adelante, Mei oyó voces y vio sombras moviéndose dentro de una casa. La habitación estaba llena de gente. Había un grupo de mujeres sentadas al borde de una cama, pelando pipas de sandía tostadas, con montones de cáscaras vacías a sus pies. Los hombres se agolpaban alrededor de una mesa de cartas, fumando y bebiendo vino de arroz. Se había colocado una mesa de *mah-jong* en un rincón. Circulaban cacahuets tostados y dátiles secos. Todos los que estaban en la habitación vestían ropa de colores apagados y llevaban brazaletes negros.

Allí estaba Liu el Padrino, siguiendo una partida de *mahjong*. Se le torció la cara cuando vio a Mei. Bajó la cabeza, fingiendo que no se había fijado en ella.

–*Ayi*, ¿quiere un caramelo? –dijo una voz infantil. Mei bajó la vista y vio a una niñita de unos cinco años que sujetaba una cesta pequeña. Tenía los ojos grandes, las mejillas sonrosadas y un hoyuelo en la comisura de la boca. Llevaba el pelo trenzado en dos coletas, sujetas con cintas negras.

Mei se arrodilló y tomó un caramelo del cestillo.

–Gracias. ¿Cómo te llamas?

–Chen Xiao Hua –dijo la niña, con timidez, cada palabra más apagada que la anterior.

–Pequeña Flor. Qué nombre más bonito.

Pequeña Flor observó a Mei con sus grandes ojos y luego salió corriendo.

Una mujer cincuentona se acercó a Mei.

–Ésa es la niñita de Chen el Poli.

Los ojos de Mei siguieron a Pequeña Flor hasta llegar a su padre, un hombre joven y flaco que hablaba a voces y bebía vino de arroz en la mesa de cartas.

–Soy la señora Tang. ¿Nos hemos visto antes? Su cara me resulta familiar.

–Me confunde usted con alguna otra persona –dijo Mei–. Esta noche es la primera vez que he estado aquí. Soy amiga de Lin, el nieto del abuelo Wu.

–¿Amiga? ¿De ese huevo de tortuga que no vale ni el aire que respira? –exclamó la señora Tang. Escupió la cáscara vacía de una pipa de sandía–. El abuelo Wu trabajó noche y día para enviarlo a la universidad, y ¿qué hizo él? Se revolvió contra el Partido. Eso le rompió el corazón al viejo. No podía creer que su nieto fuera capaz de hacer una cosa así, ni hasta el día en que murió –meneó la cabeza.

La señora Tang tenía los pómulos altos y la nariz desparramada. Sus labios eran finos y apretados. Estaba claro que tenía la boca hecha a proferir palabras ásperas. Lo acentuaba su actitud: se mantenía con la espalda recta y las piernas separadas, en postura masculina. Vestida de negro de la cabeza a los pies, parecía ser la matriarca del velorio.

La señora Tang abrió el puño izquierdo y le ofreció a Mei algunas pipas de sandía tostadas.

–*Guazi?*

Mei cogió una y le dio las gracias.

–¿Ha vivido aquí mucho tiempo?

–Más de treinta años –dijo la señora Tang con orgullo–. Yo era la presidenta del Comité Revolucionario de la Calle y el Hutong, pero ahora estoy retirada. Venga conmigo –dijo, agarrando del brazo a Mei y llevándola hacia la cama–. Las camaradas están en esta parte.

Mei la siguió, las cáscaras vacías restallando bajo sus pies al sentarse en el borde de la cama. Con el rabillo del ojo vio que Liu el Padrino la miraba con disimulo. Estaba hablando con Chen el Poli, el padre de Pequeña Flor.

–¿Qué diantre ha pasado con el cadáver? –preguntó una mujer que llevaba una permanente burbujeante.

–Chen el Poli se ha ocupado de él –contestó la señora Tang.

–¿Tan pronto después de la muerte?

–El abuelo Wu no tenía familia. Ha sido un buen gesto suyo lo de pagar la incineración.

–¿No era hace tiempo Chen amigo del nieto? –dijo otra mujer de ojos saltones como pez de acuario.

–Fueron íntimos desde pequeños. Solían trepar a ese viejo árbol del patio. Yo tenía que regañarles. Lin era el más inteligente –la señora Tang abrió una pipa con los dientes.

–¿Qué tal le va a Chen el Poli últimamente?

–Está con el mismísimo mandamás. ¡Figúrate! Se encarga de los desplazamientos diarios del presidente Li Peng.

La mujer de ojos de pez de acuario dejó escapar una risilla. La señora Tang se volvió. Chen el Poli venía hacia ellas luciéndose con un pitillo entre los dedos.

–Buenas tardes, señoras, buenas tardes, señora Tang –saludó con la cabeza.

–¿Es de usted el Volkswagen plateado que está aparcado a la entrada del patio? –le preguntó la mujer de la permanente.

–Sí. 150 caballos, 5.000 revoluciones por minuto, turbo.

Las mujeres soltaron una risa tonta, sin entenderlo.

–Permítame que me presente. Soy Chen Xiaolei. La gente de por aquí me llama Chen el Poli –le ofreció la mano a Mei. Mei se la estrechó.

–Yo soy Mei Wang.

–Es amiga de Lin –dijo la señora Tang.

–¿Ah, sí? –Chen el Poli alternó los pies–. Él y yo éramos amigos de la infancia.

–¿Es usted Gordi?

A él se le demudó el color de la cara:

–Yo detestaba ese apodo –murmuró–. ¿De qué conocía a Lin? –preguntó, aspirando de su pitillo y dejando salir luego un pulmonar de humo.

Fuera sonó un fuerte lamento, anunciando una nueva llegada al cuarto del altar.

–De la universidad –dijo Mei.

Chen el Poli se la quedó mirando. Mei se dio cuenta de que no la había creído.

–Pero usted es pekinesa.

La puerta se abrió, dejando entrar una corriente fría. Ayudaron a una persona muy vieja, muy menuda, muy seca y frágil, a entrar en la sala.

–¡La Anciana Señora Guo! –exclamó la señora Tang. Empujó a su paso a todo el mundo para ir a tomar del brazo a la anciana mujer.

La gente se puso de pie, murmurando.

–Llevaba años sin verla.

–No sabía que aún estuviera viva.

–No sabía que pudiera andar.

–No por mucho tiempo, según dicen. Tiene ochenta y ocho años.

–Dicen que está sorda como un puchero.

La señora Tang y la mujer joven que había estado quemando dinero fantasma en el cuarto del altar llevaron a la Anciana Señora Guo, medio en volandas medio a rastras, hasta la mesa de naipes. La gente se abalanzó sobre ella: las mujeres querían tocarla para que les diese buena suerte. La señora Tang pidió a gritos a su marido, un hombre menudo que estaba en un rincón, que trajera té de flor de crisantemo (*ju hua*).

Hubo una persona que no se inmutó. Chen el Poli se mantenía apartado de la escena, observando. Un poco después, la mujer joven del cuarto del altar se deslizó hacia él y le susurró algo al oído. Mei la vio que miraba hacia ella.

La señora Tang carraspeó:

–Anciana Señora Guo, es un honor tenerla a usted en mi casa.

–He venido a decir adiós al abuelo Wu –la voz de la anciana era asombrosamente clara.

La velada siguió adelante. La gente empezó a estar borracha y a armar jaleo.

El sonido de las fichas de *mah-jong* al deslizarse sobre la mesa se alzaba sobre un mar de ruido cuyos ecos rompían en el techo bajo. La Anciana Señora Guo, que se había quedado dormida, roncaba. Al final la sacaron de la estancia y aquella fiesta se acabó.

A la salida del número 19 del *hutong* del Molino de Tofu, algunas estrellas parpadeaban en el frío cielo de invierno. A lo lejos, la Torre del Tambor parecía un fantasma. Mei se sacó del bolso una linterna y la encendió. Había nieve en el suelo de la calleja. El *hutong* giraba y se retorcía. Sus pisadas producían ecos por las paredes oscuras.

Al final del *hutong* del Molino de Tofu había un cruce de calles. Una tienda se alzaba bajo un árbol esquelético, con la puerta cerrada. Torció por otro callejón. Allí oyó pasos que no eran los suyos. Apagó la linterna y la oscuridad se cerró a su alrededor.

Presa del pánico, empezó a andar muy deprisa. Apareció otro *hutong* con sus revueltas hacia uno y otro lado. Aquello a oscuras era como un laberinto. Todo parecía reconocible –casetas destartaladas y paredes desconchadas– y sin embargo nada le resultaba familiar. ¿Dónde estaba la salida? Miró a su alrededor con desesperación. La Torre del Tambor, que al principio estaba a la derecha, ahora se veía a la izquierda.

En la cabecera de un *hutong*, Mei se detuvo. Aspiró una honda bocanada de aire frío, y se dejó arrastrar por sus pensamientos. Quienquiera que la estuviese siguiendo debía de haber notado también que estaba perdida, pero no se había acercado. Mei tragó saliva. No estaba en peligro inmediato de ser atacada. Su perseguidor iba tras ella por alguna razón.

Mei empezó a andar sin perder de vista la Torre del Tambor. Se tomó su tiempo. Diez minutos después logró ver el débil resplandor de las farolas de las calles. Se dirigió hacia ellas y pronto estuvo fuera del *hutong*, en la calle Oeste de la Torre del Tambor.

Pasaban pedaleando algunos ciclistas con las caras tapadas por los sombreros de invierno. Un autobús nocturno bajaba ronroneando por la avenida. Mei vio su propio coche estacionado al otro lado de la calle.

Corrió calle arriba y torció, para volver a meterse en el *hutong*. Aguardó en la oscuridad. El tiempo transcurría gota a gota. Entonces vio, perfilándose contra la tenue luz de las farolas de la calle, a Chen el Poli que andaba a toda prisa de aquí para allá, buscando; al final se marchó hacia la Torre del Tambor.

Con la linterna todavía apagada, Mei se fue dando traspies por el *hutong*. Cuando una calleja terminaba, otra empezaba. Al volver una esquina tropezó con una bicicleta que habían dejado apoyada en la pared. Poco a poco la vista se le fue acostumbrando y vio

las formas imprecisas de sillas abandonadas, montones de pilas de basura y los tejados de hojalata de las prolongaciones de las casas.

Unas cuantas curvas después estaba de vuelta en el *hutong* del Molino de Tofu. Como antes, los faroles blancos se balanceaban encima de la entrada del número 19. Mei dio un empujoncito a la puerta medio abierta; chirrió. Dentro de la casa del abuelo Wu, una pálida luz se extinguió.

Mei abrió la puerta de par en par. Encendió su linterna y la apuntó hacia el interior de la habitación oscura. Los ojos asustados de Liu el Padrino le devolvieron la mirada.

—¿Qué está usted haciendo? —le espetó ella.

—Chsss. Mejor no hablamos aquí —murmuró Liu el Padrino—. Apague la linterna, por favor.

Mei no se movió.

—¡Nos podría ver alguien! —siseó él—. Por favor, se lo suplico, venga a mi casa. Se lo contaré todo.

Mei escrutó aquella cara y aquel lunar. Entrecerró los ojos. ¿Podía fiarse de él? Apagó la linterna.

Al salir de la casa del abuelo Wu, Liu el Padrino echó el cerrojo.

—Él me dio la llave. Estaba enfermo y yo me ocupaba de él —explicó.

Fueron al final del patio, donde la más pequeña de las casas. Había un triciclo, con el manillar retorcido en un ángulo curioso, aparcado bajo la ventana. Liu el Padrino apremió a Mei para que entrara.

Tiró de un cordón, y una bombilla en medio del techo iluminó el cuarto. Había muebles apilados a los dos lados de la puerta. Cajas de cartón, palanganas, cuencos y cazuelas formaban un revoltijo encima de un arcón y por el suelo. La habitación olía a tofu encurtido.

Liu el Padrino despejó una silla tirando una pila de objetos al suelo. De una bolsa se escapó una docena de ciruelas pasas.

Mei se acercó a la silla, la única en la habitación.

—¡No! —exclamó él—. No puede sentarse ahí. Trae mala suerte.

Llevó la silla al otro lado del cuarto y la volvió de cara a la puerta.

—Siéntese aquí —dijo—. Yo me pongo en la cama.

La cama ocupaba toda la pared del fondo. Al lado había una mesa pequeña, con periódicos viejos, tarros de cristal, tazas de té y un cuchillo de cocina del tamaño de un ladrillo cubriendo el tablero. Liu el Padrino escarbó entre el batiburrillo en busca de un paquete de tabaco. Cuando lo encontró, revolvió todo una vez más, buscando una caja de cerillas.

—¿Qué andaba usted buscando en casa del abuelo Wu?

Liu el Padrino empujó las sábanas a una esquina de la cama y se sentó.

—No buscaba nada. Estaba devolviendo cosas.

—¿Qué cosas?

Liu le dio una calada al pitillo.

–Dinero. No soy un ladrón, si eso es lo que está pensando. Nunca ofendería al abuelo Wu. Fue mi amigo durante sesenta años. Pero ¿por qué dejar que el dinero se pudra debajo del colchón; o, peor aún, que lo encuentre otro? He cuidado de él durante años. Me merezco una compensación.

–¿Cuánto dinero?

–Miles de yuanes. Se lo dio la amiga de Lin. Él no lo quería, pero ella insistió. Le dije al abuelo Wu que ésa tenía que ser una novia, o si no ¿por qué iba a venir a verle y darle dinero? Él dijo que era rica.

–¿Cuántas veces vino?

–Dos o tres veces, y todas lo dejó muy alterado. A él no le gustaba hablar de Lin.

–¿Qué le ocurrió a Lin?

Liu el Padrino se quitó el pitillo de la boca.

–Yo pensaba que usted era amiga suya.

–No le he visto nunca.

–Pero Chen el Poli pensaba que usted era... –se detuvo, mirando a la ventana.

Mei escuchó. La noche estaba silenciosa, salvo por el zumbido de la bombilla por encima de sus cabezas.

–¿Qué fue lo que le dijo?

Liu el Padrino se agitó nervioso, retorciendo el pitillo entre los dedos. Mei recordó lo que había dicho en el local de *qipei* sobre sus cotilleos. A los cotillas les encanta tener algún secreto que contar.

–Dijo que usted había estado con él. Dijo que usted está en contacto con Lin.

–¿Y qué le hizo pensar eso?

El gesto de Liu el Padrino se tornó solemne.

–Las mariposas de papel.

Eso explicaba por qué la había seguido, pensó Mei. Pero ¿qué habría querido decir con lo de que estaba «en contacto con Lin»? ¿Pensaba que ella le iba a guiar hasta él?

–¿Usted sabe quién soy yo? –Mei decidió ser franca con Liu el Padrino. Él era un cotilla supersticioso y podría ser justo la persona que la ayudase a apalancar el secreto hasta abrirlo de par en par.

Él la miró intensamente:

–El espíritu del abuelo Wu está alterado. Primero vinieron las mariposas de papel, y luego usted. Usted es la mensajera de él. Cuando la vi esta noche con la señora Tang, decidí que tenía que devolver el dinero. Le he hecho unos *kowtows* al abuelo Wu y le he suplicado que me perdone.

–¿Cree usted que yo soy un espíritu?

–No. Pero usted es una señal. Las coincidencias no existen. Todo ocurre por alguna razón.

–En eso estoy de acuerdo con usted, pero yo no soy la mensajera del abuelo Wu.

Estoy aquí para resolver el misterio de las mariposas de papel. Quiero, como usted, averiguar de dónde han venido y quién las ha hecho –Mei le entregó una tarjeta de visita–. Mi trabajo consiste en resolver los problemas de la gente.

Liu el Padrino leyó la tarjeta, pero no parecía muy convencido.

–No creerá de verdad que fue el espíritu del abuelo Wu quien colocó las mariposas de papel –dijo Mei.

–Lo creo.

–Entonces será que lo cree porque no tiene otra explicación. Déjeme que yo la encuentre. Yo le puedo ayudar.

Liu el Padrino fumó de su pitillo, y luego exhaló humo. Al parecer no estaba muy seguro.

Mei le apremió:

–Pero, para que yo le ayude, usted tiene que decirme lo que sabe. Cuanto más, mejor.

–¿Qué quiere usted saber?

–Todo. Primero, ¿qué le contó el abuelo Wu sobre la antigua novia de Lin?

–Fue hace unos meses. Dijo que una amiga de Lin de la universidad había venido a verle. Que era curioso que fuera a venir ahora, después de tantos años. Luego ella vino un par de veces más y le trajo dinero. Supongo que le tenía lástima. El abuelo Wu llevaba enfermo desde que el tiempo se puso frío. Él no quería el dinero, pero ella se lo dejó de todos modos.

–¿Qué más?

–Dijo que ella lamentaba haber tardado tanto en venir; que había preguntado por Lin. Pero, desde luego, el abuelo Wu no había tenido ninguna noticia desde que Lin fue detenido. Y de eso hace... nueve años.

–¿Por qué lo detuvieron?

–Fue el 4 de Junio. El insensato del chico se fue a la plaza de Tian'anmen. Se tuvo que haber ido de noche sin decírselo a nadie. Cuando volvió al día siguiente venía hablando de sangre y de muerte. Sea lo que fuese lo que allí pasó, le impactó en lo más profundo. Le dijimos que lo dejara estar, pero él volvió... todos los demás días. Decía que quería ayudar... no supimos a quién. Los soldados patrullaban por las calles. El abuelo Wu estaba muy preocupado. Temía que Lin fuera detenido y no regresara. Una noche la policía hizo una incursión en esta corrala. Fue pasada la medianoche, y yo estaba durmiendo. Cuando salí afuera, ya se habían llevado a Lin. El abuelo Wu se volvió loco. A sus setenta y un años y con bastón, se fue a todas partes intentando conseguir noticias de su nieto. Unos cuantos meses después nos enteramos de que habían condenado a Lin a diez años de trabajos forzados. Eso fue lo último que supimos de él. El abuelo Wu se puso enfermo. La salud se le iba deteriorando a cada año que pasaba. Al final estaba casi completamente postrado en la cama. Los vecinos cuidábamos de él.

–¿Cuándo murió?

—Pensamos que fue la noche de la ventisca. La señora Chen encontró su cuerpo a la mañana siguiente. Dijo que había muerto en paz; que hasta parecía feliz. El pobre hombre había tenido una vida muy dura. Todos los años pensábamos que no pasaría del invierno, pero todos los años pasaba, más melancólico que un fantasma. La noche después de que muriera, los vecinos se reunieron en casa de Chen el Poli. Nos dijo que iba a llevar él el cuerpo al crematorio. Al día siguiente por la mañana me levanté a coger agua del grifo del patio y había una mariposa de papel en la nieve al lado de mi puerta. Puede usted imaginarse el susto.

Liu el Padrino se apagó el pitillo en la suela del zapato y tiró la colilla al suelo.

—Estaba tan asustado que me fui derecho a casa del abuelo Wu a comprobar si de verdad se había muerto. Se lo conté a la señora Chen. Trabaja a media jornada en el supermercado de Long Fu. Pero no le preocupó, creyó que era una broma. Dijo que aquellos pensamientos supersticiosos míos eran estúpidos y que yo no debería creer en fantasmas.

—¿Qué dijo Chen el Poli de la mariposa?

—Estaba de muy mal humor, y creyó que le estaba diciendo tonterías sobre espíritus. Pero les dije: «Somos viejos vecinos. Tenemos que hacerle un velatorio al abuelo Wu, o si no su espíritu estará siempre disgustado con nosotros y no se marchará nunca». Chen el Poli estuvo de acuerdo, aunque dijo que él no creía en supersticiones. La señora Tang dijo que todo era una tontería, pero se empeñó en organizar ella la fiesta —Liu el Padrino tragó saliva—. Ahora que ya hemos hecho el velatorio y yo he devuelto el dinero, confío en que su espíritu se calme y quede apaciguado —sacó otro pitillo y se puso a buscar la caja de cerillas.

—¿Vio usted algo sospechoso cuando encontró la mariposa de papel, como huellas de pisadas? —preguntó Mei.

—Tenía tal ataque de pánico cuando corrí a casa del abuelo Wu que si hubiese habido huellas las habría estropeado.

—¿Sabía alguien más que él tenía dinero?

—Puede que yo se lo dijera a la señora Chen. Qué cotilla soy... A veces me dan ganas de abofetearme a mí mismo. Pero nadie más sabía dónde escondía él el dinero. En cualquier caso, dudo que los Chen lo quisieran. Chen el Poli se las arregla muy bien por sí mismo —Liu el Padrino hizo una pausa, con la mirada centelleante—. No estará usted pensando que alguien anda detrás de ese dinero.

Mei miró su reloj. Era más de medianoche.

—Gracias. Volveré en otro momento —dijo.

Liu el Padrino se puso de pie.

—Yo lo que hago es cortarle el pelo a la gente. Eso no da dinero. Hoy en día la juventud prefiere ir a los salones de peluquería modernos. Yo no tengo hijos. Cuando sea viejo y no pueda trabajar, ¿quién va a cuidar de mí? No soy un ladrón.

Mei se detuvo en la puerta. Había pisado algo blando y lo había aplastado con los pies.

Miró y vio la ciruela pasa.

Al día siguiente había un largo fax de Jing Jing y una nota de Gupin esperando a Mei cuando llegó a la oficina. Primero leyó el mensaje de Gupin.

–¡Bien hecho! –dijo en voz alta, y sonrió.

El fax de Jing Jing era una lista de las llamadas hechas desde el móvil de Kaili. Mei se llevó las hojas a su escritorio, copió algunos números en un papel en blanco, señaló, contó y tachó. Al final encontró los tres números a los que Kaili había llamado con mayor frecuencia antes de desaparecer. Dos eran de móviles. Miró en su agenda y vio, como esperaba, que uno era el del señor Peng. Llamó al segundo. Desconectado. El tercero era de un fijo. El teléfono sonó dos veces y una voz de mujer joven contestó:

–Abogados Huan Chun, buenos días.

–Buenos días. Me llamo Mei Wang. Llevo una pequeña consultoría de información. Puede que necesite representación legal.

–¿Quiere hablar con alguno de nuestros socios? –preguntó la linda voz.

–Sí, por favor.

Al cabo de unos minutos, habló un hombre.

–Me ha recomendado sus servicios una amiga mía –le dijo Mei–. ¿Conoce a Kaili, la cantante? Me gustaría hablar con su abogado. Me dijo el nombre, pero lo he olvidado.

El hombre fue a comprobarlo. Mei esperó.

Volvió pasados unos minutos.

–El abogado que la lleva a ella es Li Bo. Por desgracia está en una reunión en este momento. ¿Quiere que le diga que la llame cuando esté libre?

–Le llamaré yo más tarde –dijo Mei.

Después de colgar, Mei llamó al detective Zhao.

–Ya no me sirve de nada la información –le dijo él malhumorado–. Los del distrito se han hecho cargo del caso de Kaili, pero un viejo amigo de la academia me ha dicho que no lo van a seguir investigando. Subestimé el poder del señor Peng.

–Pues yo no me voy a rendir. Ni usted tampoco debería. Todos los jefes tienen por encima a otros jefes. ¿Quién dice que los del distrito tienen la última palabra? Tanto si quieren que se investigue como si no, si lo resuelve usted aún tendrá crédito, especialmente cuando arreste, digamos, al culpable.

–Pero no tengo ningún respaldo –dijo el detective Zhao.

–Podemos trabajar juntos, pero tendremos que tender la red con cuidado. Va a ser

difícil pero vale la pena intentarlo –hizo una pausa y luego siguió–. Creo que he encontrado algo que podría ser útil, pero necesito su ayuda.

El detective Zhao no dijo nada.

Mei se imaginó que estaría sopesando sus opciones.

–No va a dejar que el señor Peng se salga con la suya, ¿verdad?

–¿En qué puedo ayudar? –dijo al fin el detective.

–Mi ayudante ha descubierto que falta un trabajador de provincias de la Fábrica 958. Podría ser el hombre que usted busca. Lo llaman Joven Gansú. ¿Puede conseguirme una descripción, y quizá incluso una foto? Tengo aquí unos cuantos nombres de gente que está dispuesta a hablar con usted.

Mei le leyó en alto al detective Zhao los nombres de la nota de Gupin para que los apuntara. Luego le habló del abogado Li.

–Me gustaría saber qué quería Kaili con él. A mí probablemente no me lo contaría, pero no tendrá más remedio si se lo pregunta usted.

–Iré esta tarde a verlos.

Se dijeron adiós y Mei marcó otro número.

–Ministerio de Seguridad Pública –dijo una mujer.

Mei le dio un número de extensión. El teléfono sonó largo rato antes de que contestaran.

–¿Sí? –dijo una voz adormecida.

–¿Eres Yang Chao?

–Sí –de golpe la voz se despertó.

–Soy Mei Wang, tu antigua colega de Relaciones Públicas.

–¡Mei! –exclamó él–. ¿Cómo estás? Oí que te habías pasado al sector privado. ¿Cómo te va? Vaya lección que les has dado a esos fantasmas retorcidos –Chao soltó una retahíla de palabrotas–. Siento no haber mantenido el contacto. Tenía intención de llamarte –él era de los poquísimos del ministerio que habían apoyado a Mei durante la campaña organizada contra ella por su jefe, que finalmente la llevó a dimitir.

–Yo tampoco te llamé –dijo Mei.

–Fue culpa mía. No debí dejar que mi ex novia me intimidara –dijo Chao.

Mei la recordaba: llevaba las cejas pintadas con lápiz, además de un montón de maquillaje. Había examinado detenidamente a Mei desde detrás de sus lentes enmarcadas en alambre fino.

–¿Cuándo lo habéis dejado?

–Hace siete meses. Ha sido lo mejor. En realidad, nunca encajamos. Creo que al final la decepcionaron mis perspectivas profesionales. Desde que te fuiste apenas he progresado en el departamento. Pero las cosas están cambiando. El viejo se retira.

Mei sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo como una corriente eléctrica. Su antiguo jefe se iba.

–Me alegro mucho de oírte –dijo Chao–, pero supongo que no llamabas sólo para

saludar. ¿En qué puedo ayudarte?

Mei sonrió. Por un lado le daba apuro su franqueza, pero por otro la sorprendió agradablemente lo relajado y coherente de su postura. Había cambiado, pensó Mei. La imagen de un testarudo jovencito de veintidós años se recompuso en su mente.

–¿Podrías hacerme una consulta sobre dos personas? –le dio los nombres de Lin y Chen el Poli y le contó la historia de los dos.

–Haré lo que pueda. ¿Cuándo necesitas el resultado?

–Cuanto antes, mejor.

–¿Hasta qué hora te puedo llamar?

–Hasta la hora que sea –dijo Mei.

Las palomas arrullaban dentro de jaulas oxidadas sobre los tejados de las casas del patio. A doscientos metros de la oficina del Comité Revolucionario de la Calle y el Hutong, los adictos al juego se colaban en una última sala clandestina de *qipei*. Una joven asomó la cabeza por una puerta, y, viendo sólo a Mei, vertió un barreño de agua sucia contra una pared medianera en la que se había pintado un letrero: «Estrictamente prohibido tirar basura».

Los triciclos de paseo silbaban al paso, haciendo sonar los timbres. Las viejas subían por el *hutong*, engordando sus cestas de la compra. En la superficie todo parecía normal. Luego un grupo de mujeres de mediana edad pasó a toda prisa por el callejón, cuchicheando unas con otras, y Mei notó algo extraño. Los vecinos se reunieron en las puertas de los patios, las cabezas juntas, la expresión ansiosa. Estaban mandando a los niños a casa. Entonces Mei oyó una reverberación de voces por las callejuelas congeladas.

–¿Que no está? ¿Qué quieres decir?

–Ha desaparecido. Dicen que ha sido todo en diez minutos. Estaba jugando en su *hutong*. Cuando ha salido su madre a buscarla, ya no estaba.

–¿Qué Pequeña Flor?

–La de Madre Chen, la de las trenzas.

–El comité está organizando una batida.

–¡Ming, Ming, vete a casa!

Mei se detuvo. Pequeña Flor... ya no estaba... desaparecida...

Vieron a Mei.

–¿Qué quieres? –le gritó una mujer pecosa con una chaqueta guateada gris.

Mei sacudió la cabeza y salió a toda prisa de allí. A su espalda oyó susurros recelosos.

En lo alto del *hutong*, la calleja se curvaba y se ensanchaba. Se encontró a sí misma delante de la tienda de la esquina. Compró dos paquetes de petardos de los de la Fiesta de la Primavera.

–¿Se ha enterado de lo de la niña de Chen el Poli? –preguntó.

–No se puede ni creer –dijo el dependiente, cogiendo un pitillo a medio fumar y metiéndoselo entre los labios.

–¿No le parece que...? –Mei cortó la frase deliberadamente.

Él asintió con gravedad.

–Uno oye todos los días que secuestran a niños pequeños y los venden a familias ricas que quieren un hijo, pero parece que nunca cogen a niñas. Muchos vecinos han salido a buscarla.

–¿Cree que la encontrarán?

El dependiente negó con la cabeza.

–Alguien tiene que haber visto algo –dijo Mei.

–Hay gente extraña por todas partes últimamente. Desde que remodelaron el Houhai, hemos tenido de todo por aquí. Nunca sabe uno quién es bueno y quién es malo.

–A lo mejor se ha perdido.

–Estaba jugando a la puerta de su propio patio. Conoce el *hutong*. No podría perderse. Chen el Poli se ha ido ya para la comisaría.

Mei le dijo adiós y se encaminó al *hutong* del Molino de Tofu.

El portal del número 19 era ancho. Mei entró. Un silencio fantasmagórico gobernaba el patio. La casa del abuelo Wu estaba candada. El chamizo que había bajo el arce, que los Chen habían añadido hacía algunos años a modo de cocina, estaba a oscuras. La estufa de carbón no se había encendido.

La puerta de la casa de Chen el Poli estaba entreabierta. Mei la empujó. Dos de las mujeres de la noche anterior estaban allí, con unas toallas. La señora Tang estaba sentada a la mesa diciendo algo con urgencia, en voz queda. Su pequeño marido estaba de pie en una esquina, la cara en sombra.

La señora Chen se volvió bruscamente. Los ojos se le iluminaron un segundo, luego se le oscurecieron otra vez; cayeron lágrimas.

Mei entró y cerró la puerta a su espalda.

–Hermana Chen, no llores. La encontraremos –dijo la mujer de la permanente. Le ofrecía una toalla, pero la señora Chen no se movió.

–La encontrará la policía –dijo la mujer de ojos de pez de acuario.

La señora Chen se encogió. La palabra «policía» parecía haberle tocado una fibra sensible. Recurrir a la policía significaba aceptar que su hija había sido secuestrada. Era evidente que la sola idea le rompía el corazón.

La puerta se abrió de golpe. Liu el Padrino entró disparado.

–He oído lo de Pequeña Flor en casa del viejo Fang; ¿es cierto?

La señora Tang asintió, adusta.

–¡Es un castigo del cielo! –chilló él.

–¡Tonterías! –replicó la señora Tang.

–Ya sabes tú de qué hablo.

–Y sé que eres un viejo loco y supersticioso. Pero los espíritus y los fantasmas son antirrevolucionarios.

La señora Tang salió de las sombras y le trajo a Liu el Padrino una silla. El viejo sacudió la cabeza.

–Todos vosotros –sacó un dedo tembloroso y los señaló, frenético–. ¿No lo veis? Es la venganza del cielo –apuntó al techo.

–Vete a casa, Liu. Necesitas descansar –la voz de la señora Tang era fría como el hielo.

La señora Chen había dejado de llorar. Las dos mujeres del vecindario lo agarraron por los brazos, diciéndole palabras tranquilizadoras, sumergiendo su histeria en sus voces como cacareos de gallina. El señor Tang gritó algo. Liu el Padrino intentó liberarse y retrocedió hacia la mesa, volcándole una taza de té caliente encima a la señora Chen. Ella chilló.

En medio de la conmoción, la señora Tang permanecía inmóvil, los labios apretados, los ojos vidriosos.

Llevó un rato acallar a Liu el Padrino. Poco a poco fue dejando de sacudirse, se le aquietó la mirada. Dio un gemido grave, luego agarró su cartera de barbero, que había tirado en la puerta cuando entró, y se marchó.

–¿Qué le habrá entrado? –dijo la mujer de ojos de pez de acuario.

La señora Tang la interrumpió con un gesto de la mano.

–El presidente Mao tenía razón. La gente de la vieja sociedad es peligrosa. Realmente no pueden reformarse. El Partido Comunista lo ha intentado. Nosotros lo hemos intentado. Yo me he pasado treinta años lidiando con gente pequeña –la antigua presidenta del Comité Revolucionario de la Calle y el Hutong resplandeció de pura determinación.

Mei conocía a gente como la señora Tang. El comunismo era su vida. En su mundo, la gente pertenecía a uno de dos bandos: el revolucionario y el antirrevolucionario. A Mei siempre le había parecido extraño que la generación de su madre tuviera esa fe ciega en el sistema. Cuanto más habían sufrido, más firme era su creencia.

La señora Tang se volvió a Mei.

–Tú eres algún tipo de investigadora, ¿verdad? Quizá puedas ayudar a encontrar a Pequeña Flor.

–Para eso estoy aquí. Señora Chen, por favor, cuénteme qué ha pasado –dijo Mei.

La señora Chen se secó los ojos con una mano.

–Mi nena ya no está. Mi tesorito... Íbamos a ir a comprar el relleno para unas empanadillas hervidas. A Pequeña Flor le encanta ayudar en la cocina. Yo estaba haciendo sopa de tallarines para comer. Ella salió a jugar a la entrada. Siempre jugaba allí. Tenía una peoncita. La compramos juntas en la Feria del Templo la semana pasada –las lágrimas le volvieron a brotar. Se atragantó–. ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo voy a poder vivir?

–Señora Chen, encontraremos a Pequeña Flor. No pierda la esperanza –la señora Tang apoyó las manos en el hombro de la señora Chen.

Las mujeres del vecindario fueron a buscar toallas limpias y algo de agua. La señora

Tang se deslizó fuera del cuarto, que se iba quedando a oscuras a medida que avanzaba la tarde. Nadie se molestó en encender la luz.

Mei se marchó diciendo que volvería por la mañana. No le pareció que la señora Chen estuviera en aquel momento en situación de darle ningún dato útil.

Una descolorida luna creciente pendía del cielo. A cada lado del *hutong*, las puertas del patio estaban ya cerradas. Las bajas paredes grises se prolongaban, vacías e inmóviles. Había una fina niebla invernal al final de la calleja. Mei se imaginó a las familias reunidas cenando. Hablarían de Pequeña Flor y lo que había pasado en el vecindario. Hablarían de la gente que conocieron, de casas que ya no están.

De repente se sintió sola. Podía pasear por el *hutong* de esa gente, pero a ella no le pertenecía. Ella era el público de aquel drama. Desde fuera de la ventana, contemplaba a Pequeña Flor, el brillo inocente de sus ojos, su suave voz. Y entonces se desvaneció. Mei no pudo hacer nada por evitarlo.

Los dos faroles blancos de la noche anterior pendían aún burlones sobre la entrada del *hutong* del Molino de Tofu número 19.

En cuanto Mei llegó a casa, entró en la cocina y sacó del congelador una bolsa de empanadillas congeladas. La vació en una sartén con aceite y encendió el fuego. Salió una llamarada azul. Esperó a que las empanadillas crepitaran, entonces echó agua en la sartén. Se elevó una nube de vapor y ella le puso la tapa.

Sonó el teléfono.

–Tengo la información que querías –dijo Chao.

A Mei le dio un brinco el corazón.

–Primero, deja que te cuente de Lin. Fue al Instituto Número 6 del Distrito Oeste de la Ciudad, después a la Universidad de Qingdao a estudiar biología marina. Fue detenido en junio de 1989 por participar en el movimiento del 4 de Junio. Tenía veinte años. Según el acta, era miembro de una banda local de antirrevolucionarios. Participó en la quema de coches militares y en el ataque a un soldado del Ejército de Liberación Popular cerca de la plaza de Tian'anmen. Se opuso a la forma en que el Partido estaba manejando lo del 4 de Junio. La lista sigue. Fue condenado a ocho años de trabajos forzados y lo soltaron el verano pasado, después de haber cumplido la pena. Seguimos con Chen Xiaolei –continuó Chao–. Fue a la academia de policía pero lo dejó a principios de 1989. Fue condecorado por valentía y talante revolucionario tras la crisis del 4 de Junio. Tres años más tarde volvió a la academia y terminó el adiestramiento. Lo pusieron a cargo del control del tráfico del Distrito Oeste de la Ciudad y lo elogiaron por sus dotes de mando durante los Juegos de Asia. Hace un año lo ascendieron a director del equipo que se ocupa de los desplazamientos diarios del presidente Li Peng.

–Parece muy joven para haber llegado tan alto –dijo Mei.

–Sí, ha sabido posicionarse.

Mei se preguntaba si la desaparición de Pequeña Flor tenía algo que ver con esos éxitos.

–¿Estás decepcionada? –preguntó Chao.

–No, sólo distraída.

–Hay más –dijo Chao–. Las actas muestran que Chen Xiaolei fue el artífice del arresto de Lin y el testigo principal en el juicio. Su nombre salía en todos los archivos del caso.

–¡No! –Mei no podía creer lo que estaba oyendo. ¡El mejor amigo de Lin había ayudado a detenerlo y había testificado en su contra! Qué traicionado se tuvo que haber sentido.

–Entonces –Chao volvió a hablar, más íntimo que antes. Sonaba inseguro–, ¿hay alguna posibilidad de que cenés conmigo el sábado? No me ofenderé si no puedes.

–Me gustaría.

–¿Sí? Estupendo. ¿Hablamos el sábado por la mañana para ver a qué hora? ¿Qué tal en el Río Suzhou? Por supuesto, si tú prefieres otro restaurante...

–El Río Suzhou será delicioso.

–¿A las siete? ¿O más tarde?

–A las siete es perfecto –dijo Mei. Una sonrisa le rizó las comisuras de los labios.

Entonces Mei olió problemas: un olor fuerte, almizclado. Venía de su cocina. Se despidió precipitadamente y corrió.

La sartén estaba echando humo. Apagó el fuego y trató de quitar la tapa, que le quemó los dedos. La soltó y el humo le nubló la cara. Tosió, sacudiendo con todas sus fuerzas las manos. Las empanadillas se habían convertido en carbón. Fue al salón y abrió una ventana. Había poco tráfico allí abajo, en la carretera de circunvalación. El aire frío se coló dentro.

Lo que Chao le había dicho no encajaba con las teorías con las que estaba trabajando. Se preguntó si el abuelo Wu se habría enterado de lo de Chen el Poli..., o cualquier otro, para el caso. La señora Chen, Liu el Padrino, la señora Tang. ¿Qué pasado habían interpretado?

¿Y cómo se había metido Kaili en él?

Fue al dormitorio y se echó en la cama. Más preguntas invadían su mente. ¿Qué le había pasado a Pequeña Flor? ¿Dónde estaba Lin ahora? Poco a poco fue derivando hacia el sueño.

29

Sonó el teléfono; parecía una sirena. A Mei se le abrieron los ojos de golpe y salió dando traspies de la cama.

Saltó el contestador automático en el salón.

–Soy el detective Zhao. Quería dar con usted antes de que saliera de casa. Tengo la información. ¿Está despierta? –estaba gritando.

Mei cogió el auricular.

–¿Qué hora es? –escrutó la oscuridad del otro lado de la ventana.

–Las cinco y media de la mañana.

Mei gruñó.

–¿Qué ha descubierto?

–No adivinaría lo que hizo Kaili... Yo no me lo creía cuando me lo dijeron, así que les hice enseñarme los papeles. Compró una tumba en el camposanto de la Montaña del Oeste. ¿Eso qué significa? ¿Cree usted que sabía que iba a morir?

–No puedo pensar antes de tomarme un café –dijo Mei.

–Llámeme a la comisaría lo antes posible.

Mei colgó el teléfono y fue a la cocina. Se hizo una taza de café, le puso leche y se la bebió. El cielo estaba clareando. Mei llamó al detective Zhao.

–¿Qué pasa con el trabajador de provincias? ¿Consiguió una descripción?

–Tengo una fotografía. Es una foto de grupo, pero se lo ve claramente.

–Voy para allá.

–Estaba a punto de ir por algo de desayuno a la tienda que hay al lado de la comisaría.

–Le veré allí.

Mei corrió al cuarto de baño y se salpicó la cara con agua. Se ató la larga melena en una cola de caballo, cogió el bolso, metió en él las cartas de Lin a Kaili, se puso el abrigo y salió.

Una sinfonía de luz y color estaba siendo interpretada en el horizonte. El amanecer se elevaba a través de la niebla de la mañana.

Por la mañana temprano Dashanzi tenía un aspecto estéril. Edificios abandonados, chabolas destartaladas y árboles desnudos surgían de la oscuridad como monstruos. Mei condujo por la calle principal. El viento levantaba restos de papel, de plástico, rasas de pescado y una lata vacía, que voló cruzando el haz de sus faros.

Dejó el coche bajo un poste de electricidad inclinado y salió. Enseguida el viento

helado la despojó de tibieza. En la miseria de detrás de la comisaría bullían las sombras.

La tienda del desayuno parecía ser el único lugar abierto. Había una gran olla en la parte de atrás que aromatizaba el aire con el dulce olor de la leche tibia de soja. El dueño de la tienda, un tipo despierto de unos treinta y tantos años, le estaba dando instrucciones a un ayudante lleno de granos para que friera *yo bing* (tortas de aceite).

El detective Zhao la saludó al verla. Ante él, en la mesa, había un cuenco vacío y un *yo bing* a medias en un plato.

–Acabo de terminar, pero ¿quiere usted desayunar?

–Sí, por favor –Mei se sentó enfrente. Después de haber quemado su cena, estaba hambrienta.

El detective Zhao llamó al jefe para que le trajera a Mei lo mismo que había tomado él.

Mei engulló el *yo bing* y, para pasarlo, la leche de soja.

–No coma tan rápido –dijo el detective Zhao–. Le va a doler el estómago.

–¿Puedo ver la foto? –preguntó ella.

El detective Zhao se sacó un par de papeles del bolsillo y se los dio.

Ella estudió las caras.

–Es él.

–¿Quién?

–Vamos –dijo Mei, dando un salto–. Tenemos que ir rápido.

–¿Adónde?

–A la Torre del Tambor.

El sol, con un millar de rayos, espolvoreaba un fino velo dorado sobre los tejados de las casas del patio. La Torre del Tambor brillaba por encima de la niebla matinal como un castillo flotante, tan vieja e indestructible como el propio tiempo. La ciudad estaba tranquila, aunque Mei sentía su energía brotando de los antiguos palacios y callejones, de los suburbios que crecían como hongos y los nuevos bloques de apartamentos relucientes.

Dos policías del vecindario y el bedel del Instituto Número 6 del Distrito Oeste de la Ciudad esperaban al detective Zhao y a Mei en el portón. Los policías llevaban sus uniformes verde oscuro de invierno. El bedel era un hombre barrigón de unos cincuenta años con una pierna coja. Los policías tiritaban dentro de sus abrigos. Saludaron al detective Zhao. Un agente alto y flaco se presentó como jefe de grupo.

–Como se me ordenó, he puesto hombres en todas las entradas.

–Bien.

–¿Qué vamos a hacer? –preguntó el jefe de grupo.

–¿No recibió la llamada de su jefe de distrito?

–Sí. Pero el camarada no dijo...

El detective Zhao lo interrumpió con un gesto impaciente.

–¿Dónde está la puerta del bedel? –le preguntó Mei al bedel.

–En la parte de atrás.

–¿Está cerrada con llave?

–Sí. La escuela ha estado cerrada por las vacaciones de invierno.

–Enséñenos la puerta –dijo Mei.

El detective Zhao les dijo a los dos policías que se quedaran de guardia. Mei y él siguieron al bedel a la parte de atrás.

Había un policía joven de pie, fumando, junto a una pequeña puerta de madera baja y medio escondida tras un árbol torcido. Cuando vio al detective Zhao, tiró la colilla y saludó.

El detective Zhao le devolvió el saludo.

El bedel cojeó hasta la puerta y se detuvo bruscamente. El candado había desaparecido. Le dio un empujón a la puerta, pero no se abrió.

–Está cerrada por dentro –resolló.

El joven policía dio un paso al frente y forcejeó con la puerta, tratando de abrirla.

Traqueteó, pero siguió cerrada.

–¡Para! –siseó el detective Zhao–. Estás haciendo mucho ruido.

Mei echó un vistazo a la puerta y al muro. Ya era demasiado tarde para ir a buscar otra entrada. El muro no era allí tan alto como en la fachada del instituto, pero aun así no dejaba de tener un par de metros.

–¿Puede trepar al árbol y saltar al otro lado? –le preguntó al policía joven.

Él miró el árbol, luego el muro.

–Yo creo que sí.

El detective Zhao lo aupó, y él pasó. Un minuto después, Mei oyó el pestillo y la puerta se abrió.

–¿Dónde está el cuarto de calderas? –le preguntó al bedel.

–Al fondo a la izquierda, en el primer anexo.

Mei corrió.

–¡Diles a todos que entren enseguida! –ordenó el detective Zhao.

El joven policía salió corriendo. El detective Zhao siguió a Mei.

Daba la impresión de que por la parte trasera del instituto no había pasado nadie. Bajo los árboles sin hojas la nieve estaba virgen. Una docena de planchas de madera tapaba un boquete del muro. Una carretilla rota se hundía bajo un montón de ladrillos.

El anexo tenía un tejado plano alquitranado y dos puertas. Una llevaba a un almacén y la otra al cuarto de calderas. De los ganchos colgaban candados sin usar. Mei giró el pomo, pero la puerta del cuarto de calderas estaba trancada por dentro.

–¡Abra ahora mismo! –gritó el detective Zhao, dándole patadas a la puerta–. ¡Policía!

Mei abrió la puerta del almacén y se tropezó con cubos, fregonas y malla de alambre. Buscó y por fin encontró un hacha.

Se la pasó al detective Zhao, que se aplicó duramente con ella contra la puerta del cuarto de calderas. Se resquebrajó y volaron las astillas por los aires. Se oyó un grito infantil. El detective Zhao volvió a descargar el hacha, más fuerte. El agujero se ensanchó y la tranca cayó al suelo con un golpe seco.

La luz entró en el cuarto de calderas. Goteaba al suelo el agua de dos grifos calientes que habían sido envueltos con tiras de trapo. Había un fuerte olor a metal mojado. Pequeña Flor tiritaba en una esquina bajo un abrigo guateado de invierno.

Mei se arrodilló a su lado y abrazó el cuerpecito tembloroso. A Pequeña Flor se le habían deshecho las coletas y su pelo era un amasijo de nudos. Tenía los ojos muy abiertos del miedo. Mei la acarició y le susurró:

–Ahora estás a salvo. Ya pasó todo.

Entonces volvió la cabeza y lo vio a él, tan inmóvil y silencioso que parecía fundirse con el fondo. Había una taza de lata oxidada en el suelo junto a sus pies. Tenía la mirada vacía. Mei se estremeció, sobrecogida.

El detective Zhao saltó sobre él y lo tiró al suelo; aterrizó como un peso muerto, sin

expresión en la cara. Cuando el detective Zhao le puso un par de esposas en las muñecas, él simplemente bajó los ojos.

Mei cogió en brazos a Pequeña Flor, que gimoteaba, y la sacó del cuarto de calderas. Detrás de ellas, el detective Zhao empujaba al hombre esposado. Cuando salieron a la luz clara del sol, Pequeña Flor escondió la cara en el pecho de Mei.

Un grupo de policías corrió hacia ellos, el jefe de grupo al frente.

–¡Han encontrado a Pequeña Flor! –jadeó—. ¿Es él el que...?

–Sí.

El jefe de grupo agarró al preso del cuello de la camisa.

–¿Por qué? –le gritó. El hombre ni levantó los ojos ni respondió—. ¡Habla! –chilló el jefe de grupo, poniéndoselo la cara roja. De repente levantó un pie y le dio una patada al hombre.

El otro policía se le unió.

–¡Paren! –gritó el detective Zhao—. ¿Es que no tienen sentido de la disciplina?

El prisionero yacía en el suelo, indefenso, magullado y sangrando.

–¿Quién les ha dicho que le peguen? –bramó el detective Zhao—. ¿Qué tipo de jefe de grupo es usted? Llévese a Pequeña Flor con su madre. Está esperando.

El jefe de grupo recogió su gorra, que se le había caído al suelo. Mei le dio a Pequeña Flor.

–Dígale a la señora Chen que iremos a hablar con Pequeña Flor cuando se haya tranquilizado –dijo.

El jefe de grupo se fue con la niña en brazos, con dos de sus hombres siguiéndole.

–¡Levántate! –dijo con voz ronca el detective Zhao al hombre que estaba en el suelo.

–Llévemlo a una de las aulas y limpiémoslo –dijo Mei al detective Zhao—. Como prometí, se lo explicaré todo.

Fueron a la primera aula de la planta baja y Mei cerró la puerta.

–¡Siéntate! –el detective Zhao empujó al hombre a una silla.

–¿Le importa quitarle las esposas? –preguntó Mei—. No es peligroso.

–¿Qué?

Mei se trajo arrastrando una silla y se sentó.

–Hola, Lin –le dijo.

Los ojos de él se movieron tras los párpados hinchados. Mei recordaba los retratos que había visto en casa del abuelo Wu. El hombre que tenía delante apenas se parecía al apuesto joven Lin.

–Siento lo de tu abuelo. Qué triste debes de estar. Yo fui a su velatorio. Muchos viejos amigos y vecinos acudieron a velarlo.

A Lin le salía sangre de un corte en la cara. Mei le ofreció un paquete de clínex, pero él no lo cogió. En lugar de eso, se restañó la sangre con la mano.

El detective Zhao le quitó las esposas. Lin se frotó las muñecas. Tenía las manos sucias y agrietadas.

–¿Te apetece un desayuno? Debes de estar hambriento. Me temo que podría ser el último que tomes fuera –dijo Mei.

–¿Un desayuno? ¡Pero si es un asesino y un secuestrador! –protestó el detective Zhao.

–Yo no he matado a nadie –dijo Lin.

El detective Zhao lo ignoró:

–No entiendo. ¿Qué tiene que ver la muerte de Kaili con la pequeña?

–Es una larga historia. Un desayuno ayudaría –dijo Mei.

El detective Zhao gruñó. Fuera, en el patio del recreo, los tres policías que quedaban estaban jugando a tú la llevas. Abrió una ventana.

–Tú –llamó al más joven–. ¿Nos puedes traer algo de desayuno? Leche de soja y *yo bing*.

Mei fijó sus ojos en aquellos párpados amoratados y trató de sentir la vida tras ellos. Lin sólo tenía veintinueve años. Unos años antes se había levantado contra el viento a gritar con la temeridad y la insolencia que sólo la juventud se puede permitir: «Aquí estoy. Voy a triunfar. Vais a ver».

Pero Mei no logró encontrar ya en sus ojos nada de aquello. Lo que vio era pura decadencia. Se sacó la mariposa de papel del bolso y la posó sobre la mesa.

–¿Dónde has encontrado eso? –preguntó Lin.

–En el apartamento de Kaili.

Lin se echó hacia delante y miró a Mei.

–¿Eres amiga suya?

–Me gustaría poder decir que lo era... de Kaili o tuya. Me siento como si lo fuera... pero soy investigadora privada. La compañía discográfica de Kaili me contrató para buscarla cuando desapareció. Siento que todo haya terminado así –Mei hizo una pausa–. Ojalá hubiera podido ayudarte. Ojalá alguien te hubiera ayudado en todos estos años –la voz se le quebraba al acordarse de la plaza de Tian'anmen, del sonido de los tanques bajando por el paseo de Chang'an y de la bala que le pasó silbando junto a la oreja. Inclino la cabeza en señal de respeto y admiración por un compañero estudiante que había estado en la plaza en aquella noche fatídica.

A Lin le rechinaron los dientes. Le volvió a sangrar la herida de la cara. Esta vez se la restañó con un clínex.

Mei continuó:

–Si mi mejor amigo me hubiera traicionado y me hubiera enviado a la cárcel, yo también habría querido vengarme. Pero ¿secuestrar a Pequeña Flor? No, Lin. Ella es inocente.

–¿Inocente? ¡Pásate tú ocho años de *lao gai* si quieres, y luego vienes a hablarme de inocencia!

–Lo siento.

–¿Que lo sientes? Yo tenía veinte años, estaba enamorado y estudiando en la universidad. Tenía todo el futuro por delante. Chen Xiaolei me lo destrozó para poder

progresar él: *shang guan fa cai*. Ahora él tiene la carrera brillante que quería, un coche nuevo, dinero. Tiene mujer y una hija. Pero ¡mírame a mí! –se puso de pie de un salto.

El detective Zhao lo empujó otra vez a la silla.

–He perdido todo y a todas las personas que quería –a Lin se le quebró la voz–. De qué inocencia me hablas, cuando hay un tipo que le ha hecho eso a otro. Gordi y yo éramos amigos desde niños. Yo se lo conté todo. Se lo conté a la señora Tang. Confiaba en ellos. Inocente era la gente que había muerto esa noche, gente joven, de dieciocho, diecinueve o veinte años. No tendrían que haber muerto. Tendrían que haber estado en casa cenando con sus madres, sus novias o sus novios. Yo quería que Gordi y la señora Tang comprendieran qué tragedia había sido aquello... que vieran la sangre y la muerte. Pero ellos me traicionaron. La señora Tang estaba tan convencida de que yo era un antirrevolucionario que se aseguró de que yo estuviera en casa cuando vino la policía.

–¿Y Liu el Padrino?

–Ése hace más daño con la lengua que otros con un cuchillo. Pero pobre abuelo, él no sabía nada de esto. Él creía que sus vecinos eran amigos suyos –Lin miró por la ventana–. Aquí es donde solíamos pasar el tiempo que teníamos para estar juntos. Todas las mañanas yo entraba temprano con el abuelo a barrer el patio y encender las estufas. Aquí he crecido y le he visto envejecer. No dejó nunca de trabajar, ni siquiera cuando estaba enfermo. Me metió en la escuela y me apoyó en todo lo que hice. Cuando me mandaron al *lao gai* siguió viviendo sólo para poder volver a verme cuando me soltaran... La noche de la tormenta de nieve, pensaba que había matado a Kaili... No con mis manos, pero ella murió por mi causa. Yo estaba enloquecido y completamente perdido. No tenía ningún otro sitio al que ir, así que fui a casa del abuelo. Él estaba muy enfermo... Cómo desearía haber vuelto antes, pero me reconcomía el pensamiento de la venganza y quería poner las cosas en su sitio antes de ir a verlo.

–¿Qué le pasó a Kaili? –preguntó Mei.

–Yo volví a Pekín hace unos meses, en otoño, con ganas de castigar a todo el mundo. Estuve dando vueltas por mi barrio muchas veces, tratando de determinar qué podía hacer. Un día vi a Pequeña Flor con Chen Xiaolei y me vino la idea. Quería herirle tanto como él me había machacado a mí. Me llevaría su amor máspreciado. Pero ocurrió algo inesperado que me estropeó los planes.

–Te encontraste con Kaili –dijo Mei.

–Sí. ¿Pero tú cómo lo sabes?

–Cuando ella desapareció fui al Estadio de la Capital. No había forma de salir de la zona de los camerinos, salvo por la puerta de artistas, a menos que fuera uno por la parte que estaba en obras. Fue por eso por lo que nadie la vio marcharse. Pero quienquiera que la hubiera hecho salir por allí tenía que conocer bien la zona en obras. No comprendí que era contigo con quien se había encontrado hasta más tarde.

–Yo llegué a Pekín con un grupo de trabajadores de provincias que había conocido en el tren –dijo Lin–. Me junté con ellos y alquilábamos la cama en Dashanzi. Estábamos

trabajando en las obras del Estadio de la Capital cuando vi unos carteles del concierto de Kaili. No la había visto en nueve años. En las fotos no parecía ni un día mayor que entonces, y estaba aún más guapa.

Esa noche me colé por la zona en obras para verla. Ella se llevó tal sorpresa que se echó a llorar. Dijo que había ido a ver al abuelo y que últimamente no lo encontraba demasiado bien. Le pedí que viniera conmigo y lo hizo. Fuimos a Dashanzi, a uno de los edificios abandonados. Ella era mía, mi amor, mi secreto. No quería que nadie más la viera. No quería que viniera la policía y se la llevara. Pasamos dos días juntos, como si nunca hubiéramos dejado de amarnos. Hasta hablamos de buscar un apartamento y volver a empezar otra vez. Pero entonces ella empezó a ponerse nerviosa. Dijo que se había equivocado al venir conmigo. Dijo que estaba dolida porque su novio tenía un lío con otra. Echaba de menos su apartamento, su estilo de vida. Dijo que su novio la había metido en la droga. Yo le dije que la ayudaría a salir de eso, pero me respondió que ya era tarde. Dijo que había cambiado, que ya no teníamos futuro; pero que estaría encantada de darme algo de dinero. Forcejeamos. Ella quería irse. Traté de detenerla. Se puso a gritar. A mí me entró el pánico. Quería hacerla parar. Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, la solté. Ella se cayó hacia atrás por las escaleras y se dio en la cabeza con el borde puntiagudo de un escalón. Cuando llegué abajo, ya estaba muerta. Yo no sabía qué hacer. Me dolía la cabeza... Llevo años con jaquecas. Le quité las joyas para que pareciera un atraco y me esfumé. No sabía adónde ir, así que cogí el autobús a la ciudad. Estuve dando vueltas en mitad de la nieve. No tenía adónde ir y no había nadie que pudiera ayudarme. Cuando el abuelo me vio, lloró. Lloramos los dos. Lo encontré débil y envejecido, noté que sólo le quedaba un hilo de vida. Me había estado esperando. Le toqué la cara, lo abracé y me tumbé a su lado. Lo único que quería era estar allí y sentir otra vez cómo me quería. Pero no pudo ser. Él había esperado demasiado y estaba exhausto. Murió esa misma noche. Yo estaba desconsolado, loco de dolor y de odio. Si tenía alguna duda sobre la venganza, me la borró la muerte del abuelo. Hice mariposas de papel y las dejé en las puertas de las casas de mis enemigos. Quería que supieran que iba a vengar todas las injusticias que han cometido con nosotros. Había perdido a la última de las personas a las que amaba. Ya no me quedaba nada que temer.

—¿Dónde has pasado los días que siguieron a la muerte de tu abuelo? ¿Qué hiciste? —preguntó Mei.

—Me di de alta en una de las empresas de triciclos de paseo. Tenían muchas vacantes, porque los trabajadores de provincias se van a sus casas por las Fiestas de la Primavera. Me alquilé un cuartito por la zona para poder hacer mis planes.

Llamaron a la puerta. Era el desayuno: leche de soja y *yo bing*.

El detective Zhao lo cogió y le dio las gracias al policía. Lo puso encima de la mesa, y Lin se lo comió a dos carrillos.

—Háblame de Pequeña Flor. ¿Qué pasó? —preguntó Mei cuando Lin hubo terminado de

comer.

–Había pensado en llevármela, pero no sabía cómo hacerlo. Pasaba todos los días con el triciclo por el *hutong* del Molino de Tofu, a veces con turistas en el asiento, a veces yo solo, maquinando. No me reconoció ninguno de los vecinos. Pensaron que era uno de los trabajadores de provincias. No me había atrevido a volver a nuestra casa después de haber repartido las mariposas de papel. Tenía miedo de que Gordi sospechara. Pero oí lo del velatorio y me enfadé. Ellos que habían traicionado al abuelo, ahora iban a fingir que lloraban su muerte. Al día siguiente estaba de vuelta en el *hutong*. La visión de los faroles blancos me dio náuseas. Entonces, como si el cielo me estuviera concediendo una ocasión, vi a Pequeña Flor jugando sola fuera. No había nadie cerca. Aproveché la ocasión. Ya había hablado con ella otras veces, así que no fue difícil convencerla de que viniera a darse una vuelta en mi triciclo. Pero yo sabía que no se iba a estar mucho tiempo ahí sin decir nada, así que la traje aquí. El abuelo fue el portero de este instituto durante años. Yo lo conocía bien, y tuve la suerte de encontrar la llave todavía escondida en una grieta del muro en la entrada de la portería. El abuelo la ponía siempre ahí. Sabía que el cuarto de calderas nunca se cerraba con llave y que allí por la noche se estaría caliente. Cuando Pequeña Flor se resistió y gritó, la até. Luchó un montón y tardó mucho tiempo en dormirse. Yo pensaba salir a buscar comida al amanecer.

–¿Y qué planeabas hacer con Pequeña Flor? –interrogó el detective Zhao.

–No había pensado en eso.

–El secuestro es un delito muy serio, especialmente cuando afecta a un policía –dijo el detective Zhao.

Lin bajó la cabeza.

–¿Qué castigo puedo temer? No tengo nada que perder ni nada que ganar. Esto es el fin. La vida no tiene ningún sentido. Ninguno. Pero yo no maté a Kaili –Lin levantó la cabeza–. Tienen que creerme. Fue un accidente. No quiero que me condenen por una cosa que no he hecho.

–De eso no tienes que preocuparte –dijo Mei echándole una mirada al detective, que estaba medio sentado en una mesa, con las largas piernas extendidas. Sus ojos se encontraron. Él estuvo de acuerdo.

Entraron más policías de uniforme en el patio del colegio. El detective Zhao se puso de pie.

–Me temo que esto es todo –volvió a ponerle las esposas a Lin–. Será mejor que vengas conmigo.

Dos días antes de la Nochevieja china, los padres de Kaili llegaron a Pekín para llevarse a su hija a casa. Mei fue a reunirse con ellos y con Manyu en el cementerio. Ya habían terminado el papeleo y estaban esperando la urna.

Ambos andaban por la cincuentena, pero parecían más viejos. El padre, el señor Kang, era un hombre bajo de cara adusta pero agraciada. La señora Kang era todavía más baja que su esposo y regordeta. Llevaban puestas chaquetas Mao de color gris.

Mei se presentó y les dio el pésame. El señor Kang inclinó la cabeza y su esposa sollozó. Mei se sentó al lado de ellos en el banco. Les preguntó si habían estado en Pekín antes.

–Ésta es la primera vez –dijo la señora Kang lloriqueando.

–¿No se van a quedar un par de días para ver la ciudad? –preguntó Mei.

–No podemos –dijo bruscamente el señor Kang–. Este viaje nos ha costado ya mucho dinero.

–Yo lo pagaría con gusto –dijo Mei–. A Kaili le encantaba Pekín.

–Eso es lo que dijo el señor Peng. Qué hombre tan amable. Dijo que había tratado de ayudar a nuestra Kaili; imagínese, con lo importante que él es. Dijo que le van a hacer un álbum conmemorativo. Pero tenemos que volver a casa –dijo la señora Kang.

Manyu explicó que Kaili tenía un hermano de dieciséis años.

Se quedaron un rato en silencio.

–Kaili era una estrella. Debían de estar ustedes muy orgullosos de ella –dijo Mei.

–No tenemos televisión, y no tenemos costumbre de escuchar ese tipo de música –replicó el señor Kang.

La señora Kang miró a su marido con timidez. Le asomaban más lágrimas a los ojos. Volvió la cara al otro lado para que él no se las viera.

Un grupo grande de gente, encabezado por un hombre que llevaba, adornada con cintas negras, la fotografía de una señora anciana, entró en el vestíbulo. Fiel a la tradición, el hombre lloraba en voz muy alta. Era, probablemente, el hijo de la difunta. El grupo continuó hasta el mostrador, donde les enseñaron varias urnas que podían adquirir.

–Hemos comprado un cerdo para la Fiesta de la Primavera –dijo la señora Kang–. Nos toca ser los anfitriones de la cena familiar. Dos pares de abuelos, tías y tíos –y siguió con una explicación de cómo debían cocinarse las diferentes partes del cerdo: la cabeza como

mejor quedaba era cocida, cosa que llevaba mucho tiempo, pero las orejas salían deliciosas marinadas en salsa de soja con ajo.

–¡Kang Kaili! –llamó alguien.

Todos se sobresaltaron. La señora Kang miró a su esposo con ojos desorbitados.

–¡Su urna está lista! –gritó de nuevo el hombre de detrás del mostrador.

El señor Kang y Manyu se fueron hacia él. Volvieron con una pequeña y sencilla caja negra.

La señora Kang se levantó para ir a cogerla. Las manos le temblaban como hojas de otoño. El señor Kang se la entregó y ella se vino abajo.

Él se la volvió a quitar.

–¡Basta! –le ladró a su mujer–. No tuvo una muerte digna. Se cayó borracha por las escaleras. Te lo he dicho cien veces; tal como iba por la vida, se veía venir que tenía que pasarle algo así. Y ahora vámonos. Sólo nos falta perder el tren.

La señora Kang lanzó una última mirada al vestíbulo donde las vitrinas exhibían sencillas urnas de madera junto a otras de marfil.

Manyu y Mei los llevaron a la estación. Aquello era un pandemónium. Todos los años por las Fiestas de la Primavera el gobierno autorizaba a los trabajadores de provincias a viajar sin papeles, para que pudieran ir a casa por vacaciones. Miles de ellos habían acampado a la entrada de la estación. En cuanto se abrió la barrera, cargaron hacia dentro, arrastrando grandes sacos y empujándose unos a otros.

Mei y Manyu se abrieron paso a brazo partido, con los padres de Kaili. La señora Kang agarraba la urna de su hija con tanta fuerza que Mei temió que pudiera romperla.

Mei quería comprar billetes de andén para poder acompañarlos ella y Manyu hasta el tren, pero ellos no lo permitieron. Se dijeron adiós en la barrera. Mei los miró alejarse. El señor Kang iba con la espalda inflexiblemente recta, mientras que su esposa, un paso por detrás de él, andaba encorvada.

Manyu y Mei salieron de la estación.

–Qué día más loco –exclamó Manyu–. ¡Y qué hipócrita! No me refiero a la madre, sino al padre de Kaili. La ha puesto a caldo, pero bien que se ha llevado su dinero.

Anduvieron un rato sin decir palabra.

–¿Cuándo es el juicio de Lin? –preguntó por fin Manyu.

–Dentro de dos meses.

–¿Qué posibilidades tiene?

–Pueden condenarlo a muerte.

Volvieron conduciendo juntas al centro de la ciudad. Faroles rojos lucían por las anchas avenidas. Había bloques de oficinas de muchos pisos iluminados, y explotaban cohetes, echando chispas, en el cielo. Por todas partes resonaban tambores, platillos y trompetas. Las fiestas del Año Nuevo acababan de empezar.

Post scriptum

Bajo el cielo azul y las blancas nubes de algodón el paisaje era verde. El aire olía a primavera.

Mei y Gupin treparon por el sendero hasta el camposanto de la Montaña del Oeste. No hablaron mucho. Por el mismo sendero, delante y detrás de ellos, había familias que habían acudido a la *Qing Ming* (la Fiesta de Difuntos). Los padres llevaban a caballito a niños minúsculos, y jovenzuelos reacios ayudaban a andar a los abuelos.

A Lin lo habían sentenciado a dieciséis años de cárcel por raptar a Pequeña Flor. El juez le había dicho que tenía que agradecerse a Chen el Poli, porque no había solicitado la pena de muerte. Mei visitó a Lin antes de que lo enviaran a Dongbei. Él le pidió que cuidara la tumba de su abuelo, que Kaili había comprado para él. Ahora Mei la estaba arreglando, y colocó frente a la lápida una corona de flores de papel que llevaba el nombre del abuelo Wu en mandarín y en manchú. Gupin empezó a quemar dinero fantasma en una jofaina de aluminio. Dos tumbas más allá, una mujer con una banda blanca en la frente sollozaba ruidosamente: «¡Mamá!».

Mei se volvió. El valle se prolongaba a sus pies en vastas llanuras, atravesadas por los caminos. Luego venía la ciudad, una extensión infinita de estructuras y vidas.

Mei se preguntó si Lin volvería algún día.

Metió la mano en el bolso y sacó la mariposa de papel que había encontrado en el piso de Kaili. Se la acercó a los ojos y la volvió con cuidado. El sol se prendió en las vetas doradas. Tras el resplandor, sólo pudo distinguir algunos lugares conocidos: el Campanario, la Torre del Tambor, la torre de la televisión.

Le volvió al pensamiento su última conversación con Lin. Ella le había preguntado qué significaba la mariposa de papel. Él le había contestado con suavidad: «Es tu guía en el otro mundo. La que te conduce a las puertas del paraíso».

Desde detrás de los montes se elevó una brisa tenue; le levantó las alas a la mariposa. Mei la dejó caer en la jofaina donde ardía el dinero fantasma. Aleteó un instante, y luego la consumió el fuego.

- 1 En las palabras chinas se han mantenido la transcripción y la interpretación de la autora. (*N. de la T.*)
- 2 Véase, de la misma autora, *El ojo de jade*, Siruela, Madrid 2007. (*N. de la T.*)

Título original: *Paper Butterfly*

Edición en formato digital: abril de 2011

© The Eye of Jade Limited, 2008
© De la traducción, Lola Diez, 2008
© Ediciones Siruela, S. A., 2008
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-760-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Prólogo	7
Primera parte	11
Segunda parte	72
Post scríptum	158
Notas	159
Créditos	160